

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA SPINOLA

LA TRADICION GALLEGA

PRÓLOGO

DE

RAMÓN OTERO PEDRAYO

MADRID

I 9 4 4

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66

MADRID

B0171

LA TRADICION GALLEGA

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA SPINOLA

Catedrático en la Universidad de Salamanca

LA TRADICION GALLEGA

M A D R I D

1 9 4 4

Para

RAMON OTERO PEDRAYO

PROLOGO

Con gratitud y alegría escribo para LA TRADICIÓN GALLEGA, de Francisco Elías de Tejada Spínola, estas palabras, más que de presentación, de bienvenida. Peregrino de Santiago, atraído por el poder de evocación de la tierra occidental elegida por el Apóstol para el templo de redentoras Saudades de su sepulcro, el autor, al cruzar los umbrales de Galicia, percibió la fragancia inmortal de la madre selva de la Tradición en el humilde camino labriego, en los ábsides encendidos en alboradas de las iglesias, en el acento del habla, en el canto de los poetas, en el desplegarse de los horizontes que le guiaban al sonreír maravillosamente consolador que el hijo del Zebedeo dedica en el Pórtico de su basílica a los puros y acendrados devotos de su nombre y promesa. Y así, el libro nació del camino incomparable maestro. Amigo y compañero que no ceda a sus fieles ningún íntimo tesoro, les llevó a todas las puertas del Espíritu, les sienta a todos los

hogares encendidos en lumbres nunca apagadas. No fué culpa del peregrino si una sola vez la senda, extraviada en su generosidad, le guió hasta mi puerta y hogar, con la ilusión de que la llama encendida por mí y desde su primer fulgor próxima a morir en olvido y piedad de ceniza, lucía y calentaba algo más que la de cualquiera de los hogares ante los que el camino pasa sin detenerse. Perdonen los lectores de LA TRADICIÓN GALLEGA el lapsus de la vieja y experimentada ruta que nunca despistó, conscientemente, a nadie. Piense que la dedicatoria del libro y los párrafos entusiastas y sentidos dedicados por Francisco Elías de Tejada a mi nombre y escritos son errores de bondad, nacidos del candor juvenil del autor y del agradecimiento del noble camino de Santiago y de Galicia hacia quienes, como yo, lo veneran y sueñan cada noche en seguirlo en la próxima mañana con nueva emoción. Olviden los lectores la desabrida posada de un momento en gracia a las altas torres, los profundos jardines del recuerdo, los puertos de embarque para las rutas de infinita esperanza a los que les guía el libro de Francisco Elías de Tejada.

Yo he sido su primer lector. Debo a este privilegio satisfacciones en tal grado hondas y afectivas, que no sabría reflejarlas sin disminuir su intimidad.

Algunas veces, relejendo las páginas de LA TRADICIÓN GALLEGA acude a mí el recuerdo de Ozanam. El fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl fué también peregrino de Santiago y de Galicia, aunque la débil salud del cuerpo elegido para temporal morada de un alma ardida en tal fuego de caridad que algún día ha de llamar desde los altares por la oración de los cristianos, no le consintiera pasar de Burgos.

Descontadas las variaciones impuestas por las diferentes patrias, tiempo y formación literaria, el posible libro «gallego» de Ozanam tendría, de haber sido escrito, contactos sustanciales con el de Francisco Elías de Tejada. Es éste un libro que Galicia esperaba. Con reconocimiento le doy, como antes escribí, la bienvenida. No es la vanidad achaque de mi Tierra, ni puede ofenderla el que cualquiera de sus hijos leales tome un instante, para un noble y justo fin, su representación y nombre.

Francisco Elías de Tejada alcanzó en plena y generosa juventud lo que significa para casi todos el premio de largos años; en él, la cátedra de la Facultad de Derecho y la serie de granadas publicaciones son las primeras formas de una actividad creadora de escritor y maestro. No ha dejado, nunca dejará de ser, un estudiante. Le anima la pasión, le acom-

nida en los horizontes y cielos gallegos, como en los capítulos bellamente rotulados «El Día medieval», «El despertar romántico», «El descubrimiento del Paisaje Gallego». Separando con segura intuición, fortalecida por el exacto saber, la entraña gallega y el dogmatismo de la forma retórica, Francisco Elías de Tejada exalta en los poetas de los Cancioneros la realidad campestre y marinera, el comercio con la naturaleza despojada de panteísmo y de artificio, y al final, graba con novedad interpretativa no exenta de un fondo de melancolía, la figura de Juan Rodríguez del Padrón, ya no el «gran druida» del sentimiento gallego y sí el vate que cediendo al creciente imperio de un arte extraño, lega en su obra de despedida la primera teoría exacta del Reino de Galicia. Se ha llamado «valle de los adioses» al del Sar en su lenta y matizada confluencia con el del Ulla. Francisco Elías de Tejada percibió delicadamente las campanas de Bastabales, y el rumor con que bate la marea en las torres del Oeste —lo prueba su visión de Rosalía—; pero tampoco las saucedas elegíacas del río y la vieja calzada de las madreselvas que descende en busca del amparo de Herbón le negaron el secreto de la vida y estilo del poeta de «Fuego del divino rayo».

Francisco Elías de Tejada revive con singular

emoción, que no turba el reflexivo estudio de cada rasgo y figura, la época apasionante que llamó para siempre de los «Precursores» la pluma maestra en suscitar íntimos pasados de D. Manuel Murguía. El poeta de la «Sirena del Norte», Faraldo, Vicetto, Freire Castrillón, Rosalía, Pondal... En la pléyade de amados nombres, más de un lector se extrañará de oír el de Freire Castrillón. Significa una estricta conciencia de investigador y un justo sentido de la realidad el recuerdo de Freire Castrillón en páginas esenciales para la tesis de Francisco Elías de Tejada. Escribe el autor: «Vicetto llegó a darnos, como hasta entonces nadie supo hacerlo, la definición tradicional de la admirable y amada gente de Galicia». Reviviendo lecturas inolvidables de la adolescencia, me complazco en copiar este juicio sobre un aspecto del historiador y novelista al que Vicente Risco dedicó uno de sus mejores estudios. Vicetto ha ejercido, y sin duda ejerce aún hoy, una influencia callada y nostálgica, semejante a la de la música de un grande y lejano maestro, en la juventud de Galicia, aunque muchos hayan querido olvidar a aquel hidalgo confidente de sus horas de estudiantes.

Con el nombre de Pondal se enlaza la pasión de los románticos con algo profundo y sustancial como es el pleno sentido del Paisaje. En este punto, y

ante la sugestión de la tierra de Xallas, la puente Arantón, los blancos escollos de Camelle, el volar de las «pillaras» hacia las islas Sisargas, de cualquier lugar, playa, camino o instante de minutos y siglos de los consagrados por el bardo criado al lado del estuario del Allons a la vista del fantasmal Monte Branco, entre la himnica de los pinares y las ondas, ¿quién pudiera renunciar al propósito indicado y dejarse llevar por la estela de pensamientos e imaginarios trazada por Francisco Elías de Tejada? Sería indispensable entrecomillar pasajes enteros. Otros puntos del libro, todo su conjunto y clara estructura, reclaman la atención. Pero no quisiera dejar el tema del Paisaje sin señalar la justicia y verdad con que el joven profesor de Salamanca destaca el nombre y acento de Victoriano García Martí, fraterno y antiguo amigo.

La integridad y pureza con que Francisco Elías de Tejada plantea y resuelve la tesis, le fuerza a sacrificar algunos prestigios también tradicionales, nombres no por discutidos menos amados, y muy especialmente por mí, que en éste, como en todos los momentos del prólogo, escribo con lealtad, que espero hará menos apreciable al lector lo ingrato de mi prosa. A la vista de la enhiesta roca de la Frouseira, en el silencio de las tardes de Mondoñedo, la

presencia del «Mariscal» y el cortejo de dolorosas saudades y gratitudes del alma popular que la circundan, ha penetrado demasiado profundamente en mi espíritu para que la autoridad, siempre un poco relativa, del documento y aun la ejemplaridad de algunas grandes leyes históricas, logren ahuyentarla o disminuirla. En otra esfera de pensamientos, me he preguntado a veces: ¿por qué Fray Benito Jerónimo Feijóo, nacido en el amparo eglógico del país del Miño, bien tejido de vides, no lejos de la gentil puente orensana, y profeso en el ilustre Monasterio de Samos, cuyo claustro parece el esquema del grave círculo de cumbres que lo envuelven hasta no dejarle casi otro horizonte que el cielo, dejó la prelación, cátedra y silla coral de Samos, de S. Martín Pinario, o de otro rumoroso Monasterio gallego, prefiriendo el ovetense de San Vicente? La pregunta pudiera juzgarse ociosa, tratándose de un monje, de un religioso de estricta Regla. Pero formulada, exige una respuesta, que podría ser la de que el Padre, maestro del puro perfil conceptual, el escritor de los claros Ensayos, el apasionado de la Medicina, temía la acción del misterio céltico, indefenible, de Galicia, sobre la preparación, y por lo tanto, la eficacia de la empresa elegida. Sobre los motivos de ella, cuya fortaleza prueban la decidida y no mo-

mentánea o caprichosa valentía y el tesón en la polémica, no cabría discurrir aquí. Es posible que un desglosarse de lo considerado con exceso como circunstancial y una completa acentuación en lo «europeo», condición no adjetiva de lo gallego, contribuyan a explicar el escaso galleguismo del Padre Feijóo. Que Francisco Elías de Tejada siente y precisa en cada época los caracteres de «lo gallego» lo demuestra el tratamiento de figuras como la del primer cura poeta de Fruime; lo demuestra el libro entero.

Para relacionar un sólo punto de vista, siquiera sea fundamento y ejemplo definitivo, más aun ley íntima y constante, me atrevo a solicitar del lector que se detenga y confirme con la experiencia que posea de Galicia, el capítulo dedicado a los orígenes de la conciencia gallega «en los días ásperos de la Reconquista» ante la presencia «del gran reactivo árabe». He aquí la Tierra románica y compostelana, del camino y el Santuario, la cadencia de la frase del latín eclesiástico, la aldea nutricia, de vivir acompañado a las horas canónicas, el paisaje sentido como inspirado retablo, las almas recibidas con amor y caridad en la relación diaria, en la intimidad de los vivos. Todo lo anterior, por grande, singular y poético que parezca y sea, es condición, espera, larga

y anhelante, de este momento solemne, trascendental, para siempre fijado, como la mayor conquista y gloria de este Reino, que en la expresión barroca del P. Segúin, en la ornamentación de un crucero, en el silencio nocturno de las plazas compostelanas, en la entraña de las lentas florestas, en la intimidad del alma popular, al fondo intraducible del arte, conserva y guarda la esencia medieval para siempre, contra todos los embates de los tiempos y las modas, en su paisaje, en sus poetas, en la eterna aspiración de los caminos de la Saudade.

Aquí termino, por exigencias de espacio y de respeto al lector, las consideraciones, para mí gratísimas, de un prólogo, con el que he intentado corresponder a la gentileza de Francisco Elías de Tejada Spínola y manifestar el íntimo contentamiento que me causa su libro. Es el primero, a mi parecer, en el que un escritor no gallego alcanza la entraña de Galicia con amor, saber y esperanza, sintiéndola en la integridad de la significación histórica, en el suceder y en la pureza del recóndito anhelar. Se percibe el gusto y recompensa del autor en la aureola de espontaneidad con que se envuelven sus conceptos y palabras. Es el premio más alto de la fe y la voluntad, de lo imaginado lejos de Galicia y plenamente conseguido por el estudio a las órdenes de

un método magistral nunca desamparado de la intuición certera e irremplazable. De todo corazón felicito a Francisco Elías de Tejada enviándole con estas últimas líneas el abrazo que aun no he tenido la ocasión de darle en persona.

RAMÓN OTERO PEDRAYO

Trasalba (Orense), enero de 1944.

PRELIMINAR

Este libro no es una filosofía de la historia de Galicia, ni un bosquejo de la cultura gallega, ni lo que se suele entender por narración histórica, ni siquiera un ensayo de esos que tanto abundan ahora en imitación de los de Ortega y Gasset, y en los que la sazónada profundidad de las ideas del maestro anda sustituida por un vacío que en vano intenta encubrir dorada capa de flores literarias. Es un cuadro de sistemas y opiniones que abren camino a la postrera que el autor hace suya, sobre la idea de lo gallego a lo largo de los tiempos.

Para evitar torcidas interpretaciones extremistas en la negación y en la exageración afirmadora, hay que agarrarse a la historia del pensamiento y argumentar con la exactitud real, casi matemática, con que hablan los hechos y los libros. He querido trazar una línea ideológica en la que sea posible seguir por los caminos del pasado, debidamente acotados y puestos en crítica, la marcha del concepto de Galicia. No quise hacer una interpretación; ésta brota al final como colofón y consecuencia. He puesto la mano a empresa más modesta, pero de mayor

eficacia: la de historiar cómo nace y crece el concepto de uno de los pueblos españoles.

Al lado de los estudios de historia secamente doctrinal, este otro consagrado al desarrollo de la evolución conceptual de un pueblo nuestro, es también una parte de la temática que cultivo: la historia de las doctrinas filosófico-políticas.

Salamanca, octubre 1943.

PRIMERA PARTE

La Historia externa

CAPÍTULO PRIMERO

LOS CAMINOS DE LA HISTORIA

1. *Los pueblos de Occidente*
2. *Los elementos del alma gallega*
3. *Cuando nace Galicia*
4. *Los orígenes*
5. *La baja Edad Media*
6. *Edad Moderna*
7. *Nuestros días*
8. *El nombre de Galicia*

1.—Los pueblos de Occidente.

Las modernas naciones de Occidente se han gestado en la larga noche medieval; son el producto de una decantación espiritual dimanada de diversas causas, pero cuyo alumbramiento tiene lugar en los días del alto medievo, diferenciación lenta, pero segura, dentro del gran todo, herencia de Roma que se venía llamando la Cristiandad.

En este proceso de diferenciación, los ingredientes son varios: la raza y la geografía, sobre todo, plantan la realidad de la existencia de unas razones por las que cada hombre se siente parejo o diverso del vecino. No excede la importancia que haya de concedérseles a la que se da a las circunstancias externas, porque la matización de los grupos regionales es cuestión de mera historia; una sangre o un río nunca crean un pueblo. El pueblo nace como consecuencia de una serie de coincidencias actuantes sobre la masa humana que le constituye; mas cada una de estas circunstancias carece de la fuerza decisiva precisa para imprimir un sello diferenciador a un grupo humano con exclusión de las demás.

La raza o la geografía preparan o hacen posibles los acontecimientos de cuya suma el pueblo sale. Cada conjunto presenta, por ende, la marcada influencia de estos datos, pero ninguno puede ser definido por la mera apreciación de esos criterios.

Este fenómeno de diferenciación dentro de una gran unidad religioso-cultural que agrupe a masas humanas de raza distinta en espacios de diversa condición, se repite varias veces a lo largo de la historia. Hoy día estamos asistiendo a él dentro del inmenso mundo islámico con la aparición de nacionalismos escisionistas, unas veces francamente henchidos de particularismo racial, como en Turquía, otras con criterios geográficos cual en Egipto, y algunas por razones meramente dinásticas como en el caso de la Arabia saudita.

Momento semejante es la alta Edad Media, en un desenvolvimiento parejo al del Islam contemporáneo, favorecido aún más por los compartimentos estancos de cultura que suponía la mayor dificultad en los medios de comunicación. Los pueblos occidentales son hijos de esta segmentación espiritual de la herencia romana; al igual que en lo mahometano, unas veces predominan las notas raciales, en ocasiones la geografía e incluso en algunas el principio político de las fronteras trazadas entre pro-

vincia y provincia por la administración de Roma; pero yendo siempre lentamente por el camino de la particularización que prepara una disgregación mayor.

Centrado así el problema en relación con todo el mundo europeo, es como han de valorarse los ingredientes que contribuyen a crear la idea de Galicia; ingredientes, no hay que olvidarlo, cuya validez está en sus repercusiones históricas y no en ellos mismos, porque en nuestra investigación no excedemos jamás las lindes de la historia.

2.—Los elementos del alma gallega.

La historia de Galicia no comienza hasta los días ásperos de la Reconquista. Antes de esta data todo son preparaciones, hechos geográficos, raciales o administrativos, que en manera alguna crean concepto de grupo nacional.

El primer factor es, sin duda alguna, el geográfico. Desde el Duero hasta el Cantábrico, y en un cuadrilátero cuyos otros dos lados son la costa atlántica y una línea recta que arrancara desde la desembocadura del Eo hasta llegar a las márgenes del

Duero, hay un territorio de características uniformes, con flora, fauna y relieve sensiblemente iguales. Tierras de perenne verdor en contraste con las castellanas y portuguesas limítrofes, llenas de una blandura de paisaje opuesta tanto a la fiera montaña asturiano-leonesa como a las estepas llanas de la planicie y de la cuenca del Tajo.

Estas tierras estuvieron habitadas desde tiempos antiguos por gentes celtas que, tuvieran o no la condición de aborígenes, lograron amoldarse al terreno y hacerse un factor fundido con el paisaje. No hay que exagerar la importancia del elemento celta hasta confundirlo con el alma misma de Galicia, cual a lo largo del siglo pasado fué moda y lugar común entre escritores. Antolín Faraldo identificaba Irlanda y Galicia bajo este adjetivo racial (1), Florencio Vaamonde hace en *Os calaicos* sea un bardo céltico quien entone las glorias patrias (2) y Murguía atribuía a residuos de colegios druídicos la fundación de los estudios compostelanos, como herencia de la tesis celta de identificar la ciencia con la religión (3). Y en nuestro siglo, Ramón Cabanillas define a Galicia como «terriña celta» (4), Lisardo Barreiro entona su rítmico.

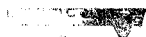
Eu son d'a terra celta d'as néboas e d'os fumes (5)

y Jaime Quintanilla aspira a dar catalogación etnológica al hombre gallego diciendo es el único europeo entre todos los de la península (6).

Entre los factores que contribuyeron a alumbrar Galicia es el celta el más importante, pero en modo alguno el decisivo y excluyente. Pervive en los usos y costumbres del pueblo una larga serie de concomitancias que es dado explicar utilizando la herencia celta; pero todas esas secuelas no bastan para entender su peculiaridad. La peculiaridad gallega es histórica y no meramente racial, por mucho que la raza haya aportado al logro de aquella diversidad a lo largo de los tiempos.

Esas pervivencias son de muy varia condición. En primer término, las observaciones hechas en los capítulos siguientes denotan la continuidad de una concepción religiosa, casi pseudo-mística, de la naturaleza, que va desde los poetas de los cancioneros, bruscos de rudeza medieval, hasta las exquisiteces delicadas de una Rosalía (7).

Después, la toponimia celta grita a voces la lejana ascendencia hasta en los más inesperados nombres de lugares (8). Y en la masa informe de las leyendas populares, aun sin aceptar el extremado criticismo de Manuel Losa, que ve en la historia jacobea repeticiones de viejas narraciones célticas, ver-



dad es que los gallegos ponen seres alados con papel de genios protectores habitando alcázares ocultos por las movibles aguas de los ríos, encantados y encantadores en sus cámaras mágicas de palacios fabricados con rocas cristalinas. Un cuento de esta especie recogió el P. Sarmiento sobre el río Barbanza, y otro sobre el pozo de Bradomil, y la paciente búsqueda de Murguía puso de relieve cuánto hay aún de la vieja mitología ancestral en el culto campesino a las aguas, al fuego, a los astros, a la naturaleza inanimada, a los seres sobrenaturales que habitan los lares, a las hadas de la tierra, a las doncellas de los arroyos, a los fantasmas y «canouros» de los bosques, a los «mouros», «ouvas» y nigromantes huéspedes de antros y cavernas, amén de las «meigas» o brujas y de los «vindouros» o adivinos (9). Hasta de los ritos del culto druída restan nombres y detalles, cual la veneración al muérdago, basada en la creencia de que si se cubre un helecho con una servilleta blanca en la noche mágica de San Juan, al día siguiente está llena de gnomos, e incluso del valor medicinal de esos ritos, como la opinión de que para curar las hernias a los niños es suficiente hacerles pasar a través del corte hecho en el tronco de un árbol sagrado, tal por ejemplo el roble (10).

3.—Cuándo nace Galicia.

Estos dos elementos, raza y tierra, unidos en una coyuntura histórica propicia a otros no menos importantes: aportación sueva; demarcación provincial romana, lucha de la Reconquista, rivalidad entre Braga y Santiago, etc., determinaron la constitución de un cuerpo popular, a las veces robusto y otras casi yerto, que se llamará Galicia. Porque lo cierto es que fué precisa la conjunción de tantas circunstancias y que con anterioridad a la ocasión de la Reconquista los organismos políticos o culturales allí existentes no tienen nada de común ni forman continuidad con el pueblo gallego. El celta, el celtorromano o el suevo, son eso, y solamente eso: celtas, romanos o suevos; carentes de lazos de solidaridad con el vecino, su presencia es la de la vecindad siempre en sordo y receloso acecho; fué el turbión arrollador de la morisma lo que creó en el yunque doloroso del peligro un sentimiento superador de las abismáticas barreras y la noción de una unidad cristiana y gallega anuladora de las diferencias de casta y condición.

Otra manera de ver las cosas es pura fantasía. Fantásticos eran los cronicones antiguos al sostener

que Galicia fué fundada, así como pueblo aparte, desde el principio de los tiempos, nada menos que por Gomer, primogénito de Jafet y nieto de Noé (11), o que los frigios del Asia Menor derivan de los «brigyos», a su vez colonia fundada y poblada por gente brigantina (12). -Genealogías absurdas y ridículas, hasta el punto de haber libros que ya para la no muy adelantada crítica dieciochesca resultaban imposibles de tolerar, cual aquella crónica de Bernardo Hervella de Puga, intitulada *Genealogía analítica de los antiguos régulos de Galicia*, conservada manuscrita en la Real Academia de la Historia, y que en 17 de abril de 1769 esta docta corporación mandaba recoger y quemar, porque las deformidades y anacronismos que la enojaban eran de tanta gravedad que subían hasta atentar al decoro y prestigio nacionales.

Hablar de Galicia en tales tiempos es error de bulto, propio, a lo más, de poetas. Florencio Vaamonde tuvo por glorias gallegas a Indortes e Istolacio (13), a aquel Briatio que combatió con Aníbal en Cannas,

*e con él os fortísimos galegos
espanto dos romanos estrategos (14),*

a los defensores desesperados del Monte Medu-

lio (15) y a Requiario con su cohorte de suevos (16). Y la autorizada pluma de Ramón Otero Pedrayo enumera como gallego a aquel Lucio Pompeyo Reburro, natural de Cigurros, hoy Valdeorras, que llegó a escalar puestos relativamente importantes en las milicias romanas (17). Pero en ninguno de ellos cabe hallar otra cosa que coincidencia geográfica o racial, que nacieron, lucharon o murieron en tierras de la actual Galicia; mas nada de conexión espiritual, de ese hilo conductor de pasiones que prende de corazón a corazón la certidumbre de una comunidad de vida. Decir esas aseveraciones es cosa parecida a sustentar que un Séneca, criado en Roma, viviendo para la grandeza del Imperio, metido en itálicas intrigas y que para nada se acuerda de la ciudad nativa, sea un escritor español; porque para aquel entonces, ni Galicia ni España habían nacido todavía.

Los historiadores que hacen de celtas, romanos y suevos, etapas de la historia de Galicia, cuales el P. Felipe de la Gándara (18), Martínez de Padín (19), el dicho Vaamonde (20), Rodríguez González (21) y Ramón Villar Ponte (22) entre otros muchos, pecan de igual defecto, tomando por gallegas a gentes pertenecientes a muy distintos núcleos de integración cultural, a los hombres del ama-

sijo prerromano animados de odio hacia el vecino con quienes viven en luchas permanentes; a los uncidos al yugo latino, mal avenidos y superficialmente ligados por la civilización que violentamente imponían cohortes y manípulos; o a los rubios suevos, raza invasora y superpuesta, fundida luego con las anteriores sin dejar tras sí huella ninguna de existencia en lengua o en derecho, ni más ni menos que los visigodos que la sucedían, ambas vencidas por la superioridad de los pueblos subyugados. Incluso el ensayo suevo de un Estado católico no es un ensayo gallego, sino el organismo creado por una estirpe conquistadora para asegurar frente a las próximas apetencias visigóticas el espacio que les correspondiera al reparto del botín peninsular.

En todos estos momentos no hay Galicia, pero sí circunstancias que la preparan. Al lado de los dos factores metahistóricos y esenciales de la región geográfica y del substratum celta, el suceder histórico ha ido añadiendo el círculo cultural formado por la coincidencia de fronteras entre la población que edificó los castros, la «Gallaetia» romana y la monarquía sueva; sin mayor importancia que una delimitación ocasional, pero que en lo futuro y a presencia del gran reactivo árabe, dará lugar a un nú-

cleo occidental, del que han de nacer Galicia y Portugal en la Edad Media.

4.—Los orígenes.

Las armas de Alfonso I (739-757) alcanzaron la línea del Duero liberando todas las tierras pertenecientes a la «Gallaetia» romana, que pasaron a formar parte del reino astur, acrecentado así en gran manera. Ya desde sus orígenes, el condado lucense pertenecía a ella, pues el propio Don Pelayo, de creer a Vicetto, acaudilló huestes entre el Masma y el Eo, merodeando en torno a las ruinas de Mondoñedo (23).

Al fundar Fruela I (757-768) a Oviedo, centróse en las montañas astures la vieja monarquía, camino ya de la corte leonesa; con lo que surgió la inevitable rivalidad entre las dos partes, gallega y asturiana, a la que quisieron poner coto los reyes astures enviando a Galicia al príncipe heredero, estado de cosas que dura casi un siglo: la segunda mitad del IX y primera parte del X. Tratábase de un régimen especialísimo, destinado a contener a los preteridos nobles occidentales, y en el que el príncipe heredero gobernaba al reino en calidad de

asociado al trono; parece dictaban despachos incluso en nombre propio, o a lo menos tal puede deducirse de algún documento de Alfonso III concediendo mercedes a la Iglesia compostelana (24). Bien entendido que no se trataba de ninguna escisión política —como quiere hacer ver Villar Ponte (25)— sino de un expediente de gobierno.

Unida a la corona astur-leonesa siguió la región galaica, bien que individualizada con el título y condición de reino aparte; posición que seguirá invariable durante todo el Medievo, lo mismo cuando teorías patrimoniales justifiquen el escisionismo personal, como la que liquidará Alfonso VI aprisionando a su hermano García en 13 de febrero de 1073, como si la posible separación se deba a rivalidades rebeldes, cual la del infante Don Felipe al intentar alzarse por rey de Galicia durante la minoría de Alfonso XI. No fué parte de Castilla, sino que los reyes de ésta apellidábanse reyes de Galicia, cumpliendo la fórmula política tradicional que liga lo vario con lo uno. Ya desde la alta Edad Media la ordenación gubernamental prescribía el reconocimiento, de un lado, de la personalidad de Galicia, y del otro, su condición de reino hispánico.

La erección de Compostela en centro religioso, mediante un largo caminar que arranca del

traslado por Nicolás I (858-867) desde la sede de Iria-Flavia a Santiago, a petición del obispo Adulfo II y por haber arruinado los normandos la iglesia de la capital, cuyos primeros pasos se marcan por el traslado definitivo de Iria a Santiago, decretado por Urbano II a 5 de diciembre de 1095, por los viajes de Gelmírez a Roma, donde recibe el palio en la basílica de San Lorenzo a 31 de octubre de 1104, y concluye con la decisión de hacerla metropolitana decretada por el vicario de Cristo a 25 de julio de 1120, son pasos decisivos; el decreto de 1120 es la partida de bautismo del reino de Galicia. Obra todo de la tenacidad de aquel prelado, pues tantas fueron las consecuencias de este ensalzamiento del sepulcro del apóstol que quien lo llevó a cabo ha podido ser calificado de la más alta figura de la historia gallega (26).

Las consecuencias de la empresa de Gelmírez fueron inmensas. La fundamental, romper la integridad del occidente peninsular. Venía notándose desde el siglo IX una diferencia entre las zonas alta y baja de la «Gallaetia» antigua, diferencia definida por estar la norteña abrigada de las incursiones árabes y ser la inferior tierra fronteriza de escaramuzas y combate cotidiano. Hacia 841 se distinguen corrientemente ambas fajas de terreno y el sentimiento de

separación alumbra definitivamente a través de la rivalidad entre las sedes de Santiago y Braga, de tantos efectos dado el tono religioso de la época. A Gelmírez se debe la definitiva separación espiritual que unos años más tarde trasladará en escisión política en la primera ocasión que se le presente la decidida voluntad de Alfonso Enríquez (27).

Tras la huella de Diego Gelmírez, Galicia duerme un largo sueño político de cuatro siglos de pasar tranquilo, sin otras alteraciones que las rivalidades entre los nobles, degeneradas a veces en pequeñas luchas civiles; que tal es cosa sabida en país de multiforme nobleza, donde cada señor es un reyezuelo en miniatura.

5.—La baja Edad Media.

No se libró Galicia de las alteraciones sociales con que los vasallos oprimidos intentan romper el yugo de la servidumbre. Los *irmandinos* del siglo XV, que tan revueltas tuvieron las tierras de Galicia, fueron una protesta viva contra los abusos señoriales (28), extremados hasta límites desconocidos en las demás regiones españolas, y a los que solamente hubo de poner coto la dura mano de los Re-

yes Católicos, decididos a realizar una política que les hiciera únicos reyes en sus reinos. Todas las reformas consisten, sencillamente, en un cortar apetitos a la sed de desmanes de los nobles; basta leer la larga lista que detalladamente enumera López Ferreiro (29) para convencerse de que no era otra la intención de Isabel y de Fernando.

Uno de los más agresivos, rebeldes y decididos a resistir las órdenes reales fué el noble Pedro Pardo de Cela, mariscal por anteriores hechos y hombre el más poderoso de Galicia. Declarado en abierta bandera de resistencia contra los mandatos de los soberanos y tras una enconada porfía frente a los enviados para cumplirlos, fué apresado y ajusticiado en la plaza pública de Mondoñedo en el mes de diciembre de 1483.

Para el romanticismo y sus secuelas Pardo de Cela vino a ser el mártir de la libertad, el conuenero por excelencia, el defensor de la Galicia libre, el asesinado a traición (30) por enemiga al cesarismo (31), el gran sacrificado a las ambiciones del trono (32), el apóstol de la independenciam y de la gloria de los suyos (33), etc., etc., tan grande en su desgracia, que basta para llenar un siglo de historia de Galicia (34). Estas interpretaciones son propias para la fantasía de un poeta o para las interesa-

das opiniones de un político con predeterminadas intenciones; pero no resisten a la crítica del historiador. Pardo de Cela, sublevado contra el rey, opresor de sus vasallos, odiado por las hermandades populares, enemigo de todos, saqueador y aguerrido, es uno de tantos tiranuelos feudales como en aquellos tiempos asolaban las tierras gallegas; lo que los Reyes Católicos hicieron, no fué sacrificar a un mártir, sí poner coto a una revuelta amparada en el miedo que inspiraban vejaciones y tropelías (35). La muerte de Pardo de Cela no fué un asesinato que aniquilaba la libertad gallega, sino una pura y simple operación de policía.

Lo cual es tan cierto, que el máximo creador del mito romántico que aureoló al mariscal con arreboles de inocencia y palmas de sacrificio, el mismo Benito Vicetto que en su novela *Los hidalgos de Monforte* le canoniza por separatista y republicano (!!) (36), puesto como historiador frente a la escueta realidad que los hechos dicen, no puede por menos de reconocer que Cela fué el responsable de «aquella perturbación constante del país» (37).

Pedro Pardo de Cela es un caso típico de desvirtuación de la verdad histórica.

6.—Edad Moderna.

La ordenación política de Galicia siguió siendo la de un reino aparte entre los diversos que componían la Corona hispánica. Recogiendo las directrices medievales y pese al aumento del poder real que traían consigo las nuevas corrientes ideológicas, la mano de los reyes respetó cuanto había de peculiar y salvó la construcción tradicional nuestra.

La pieza fundamental fué en Galicia la Real Audiencia, que, sobre todo a finales del siglo XVI, constituía un verdadero gobierno. A tenor de la pragmática de 27 de diciembre de 1486 formaba una delegación permanente para hacer cuanto conviniera al servicio de S. M.; convocaba juntas del reino, se cuidaba de los abastos, atendía al orden interior, procuraba reparar caminos, vigilaba cárceles y cobraba impuestos. Hasta en lo judicial tenía funciones extraordinarias, conociendo en lo criminal sin apelación a Valladolid, salvo las imposiciones de pena de muerte; y en lo civil sin apelación en ningún caso, al menos hasta 1564 en que Felipe II estableció el tope de mil ducados; sin admitir, salvo esas apelaciones concretas, otro recurso contra sus decisiones que uno de súplica ante ella misma, re-

gulado por una real cédula de 1494. Incluso a lo militar llegaban sus atribuciones, como lo prueba lo sucedido cuando en 1571 se temieron ataques a las costas y que desde 1538 tuviera Galicia una escuadra propia.

El gobernador y siete vocales eran el centro del poder. Cada una de las provincias de que entonces constaba Galicia elegía su representante, a saber: Santiago, Coruña, Betanzos, Lugo, Mondoñedo, Orense y Túa. En Betanzos se guardaba el archivo. Los repartos de impuestos se hacían por la Junta, y alguno de los publicados, como el hecho en 1650, muestran que las decisiones eran discutidas con calor (38). Bien que el funcionamiento de este supremo organismo se resintiera del constante mal de la historia política gallega: apartamiento del pueblo y predominio exclusivo de la nobleza, sólo atenta a conservar privilegios y derechos; la manifestación dirigida por los nobles a Doña Mariana de Austria reclamando un justicia al estilo de Aragón para defensa de sus particulares intereses, dice lo bastante a este respecto.

El siglo XVIII, la hora de la modorra nacional, no sufre excepción en Galicia. Tras la guerra de sucesión, apenas sin efecto (39), una administración absolutista que comienza a ser centralizadora y que,

precisamente por buscar la uniformidad, «divide más que la tan cacareada opresión feudal», al decir de un gran escritor gallego.

7.—Nuestros días.

El uniformismo prosigue bajo patrón liberal durante el siglo XIX. El viejo reino de Galicia queda partido en cuatro provincias, que desde Madrid se gobiernan; aparece una Universidad cuyos planes de enseñanza y cuyos profesores se señalan desde una covachuela madrileña, y un sistema de caciquismo que supera en injusticias al mismo antiguo desorden feudal.

El proyecto de estatuto aprobado en la asamblea celebrada por los Ayuntamientos en Santiago durante los días 17, 18 y 19 de diciembre de 1932, no logra eludir la mácula uniformista por dos razones: la primera, tener presente el «nunc» sin consideración al pasado, apoyándose sobre el voto presente de un puñado de hombres que deciden sin frenos ni cortapisas independientemente del obrar de los que les precedieron; la segunda, por ajustarse a un patrón previo, determinado en un documento con menosprecio de la variedad forjada por la his-

toria. Todas las elaboraciones jurídico-políticas de esta índole, edificadas sobre cimientos democráticos, no pasan de un contrasentido por significar el empeño de sujetar el ayer a una decisión de gentes de ahora. El sistema tradicional que forjó la personalidad histórica de Galicia era el pasado, actuando sobre el hoy; la fórmula estatutista, una alegre —y a menudo inconsciente— decisión del hoy, sin el pasado; allí las cosas vienen por el camino de una historia, aquí por el de una elección.

Una generación no es dueña de la Tradición que ha recibido. No la recogió para dilapidarla, sino para entregarla acrecentada a las generaciones venideras. Y es absurdo creer que una colección de hombres uniformemente valorados, siendo así que muchos carecen de la conciencia suficiente para entender la historia, puedan solucionar un juicio que incluye tarea de siglos. Si no todos tienen la razón para saber el «quid» gallego, mal pueden todos disponer de la voluntad decididora que ha de resolver la suerte de Galicia.

Mucho menos es dado sujetar todo un quehacer histórico de sucesivas generaciones a las reglas de una previa norma constitucional, porque ya ni siquiera se ata a los muertos por el voto de sus descendientes vivos, que en un momento concreto con-

tinúan la comunidad a través del tiempo, sino que se les liga a la irresponsable mayoría de hombres extraños, dadores de una fórmula en la que, quiérase o no, debe enmarcarse la ordenación política gallega. Procusto enmendando las leyes naturales, no cometió mayor delito ante los dioses. Error dimanado del equívoco liberal que parte del Estado hasta el individuo, en contra de la tesis tradicional que asciende orgánicamente por las vías de la familia, del municipio y de la región, diputándolos anteriores al Estado.

8.—El nombre de Galicia.

El nombre de Galicia, que actualmente sirve para designar al pueblo cuya Tradición vamos a estudiar, comenzó a usarse en la época romana para designar a la región en que Caracalla agrupó, bajo el nombre de Nueva España Citerior Antoniniana, a los tres conventos jurídicos de Astúrica, Bracara y Lucus Augusti, hoy Astorga, Braga y Lugo, respectivamente. Con el nombre de «Gallaetia», constituía esta región en tiempos de Diocleciano una de las noventa y seis provincias en que se dividía el imperio (40).

Etimológicamente, la determinación de las raíces del nombre Galicia son harto dudosas. Los antiguos escritores, muchas veces sin otro prurito que el de la apología, hacían derivarlo del griego *Κάλλος* = hermosura, con lo que aquella zona venía a ser tenida por la más linda del orbe (41), fuente a la que parece inclinarse asimismo el P. Sarmiento al hablar de un cambio de K en G a través de la C romana (42); con lo que, más o menos, se pasaba del sustantivo griego *Κάλλος* al adjetivo latino *callaici populos*, y de éste al actual nombre geográfico Galicia.

Tal etimología griega, apoyada en alguna alusión isidoriana, fué resucitada pintolescamente en nuestro siglo por un erudito lucense (43), que sostenía no provenir el gallego del latín, sino de una mezcolanza de celta y griego, más no pocas gotas de hebreo; para lo cual, resaltaba la supuesta analogía, más fonética (!!!) que otra cosa, de ciertas frases gallegas con otros sonidos helénicos, tales como las de «tí teis dous pantalois», «o loureiro xa cay», «os treis xamois» y otras por el estilo. De cuya seriedad científica se habrá hecho cargo el lector sin perder el tiempo en mayores aclaraciones.

Tampoco añade gran cosa el entronque en otro vocablo heleno, el adjetivo *Καλαξίς* — *εσσα* — *εν* =

blanco lechoso, que aporta Domingo Díaz de Robles (44), porque bajo tal advocación cabría entender toda la Galia entera, amén del país gálata situado en el Asia Menor. Los autores griegos designaron bajo el nombre de γαλατικός y λαγατική supuestos antecedentes de «gallego» y «gallega», a gentes de todas esas comarcas; e imposible parece buscar conexión seria que permita individualizar, siquiera terminológicamente, a la Galicia que estudiamos.

Más atinado nos parece incidir en la fuente celta de este vocablo, de los que ya el propio Díaz de Robles aporta dos posibles orígenes: «Kalekia», o excelente montaña, y «Ga-li-cia» = tierra de labor (45). Sin ahondar en disquisiciones filológicas, que nos veda nuestro desconocimiento del gaélico, creemos que más que suponer sea lo gallego el calificativo que a los griegos merecieron los rubios celtas de piel blanca como la leche, estamos ante un nombre céltico, pronunciado y escrito de manera corrompida al pasar a romanos y godos. No es el nombre «Galicia» creación de Grecia; griegos y romanos repiten de manera tal vez equivocada el apelativo con que ya los celtas pobladores conocían a la región noroccidental de España. Los afortunados que manejen la lengua de los bardos tienen

aquí un camino para dar con la etimología de Galicia.

(1) Antolín Faraldo: *Galicia antes de la invasión romana*. En *El recreo compostelano*, 11 marzo 1842, págs. 68-72.

(2) Florencio Vaamonde: *Os calaicos*. Poema en cuatro cantos. Habana, La Universal, 1894. Canto IV, estrofa 4, pág. 46.

(3) Manuel Murguía: *Galicia*. Barcelona, Corteza y C.^a, 1888, página 433.

(4) Ramón Cabanillas Enríquez: *Vento mareiro*. s. l. 1915, página 198.

(5) Lisardo R. Barreiro: *Eu son da terra celta...* En *Nos*, 25 xulio 1926, págs. 9-10.

(6) Jaime Quintanilla: *Razas loiras e razas morenas*. En *Nos*, 1 xaneiro, 1923, págs. 5-6.

(7) Vicente Risco: *O sentimento da terra na raza galega*. En *Nos*, 30 outubro 1930, págs. 4-9; habla de un «evangelio da natureza» como símbolo de la raíz religiosa de Galicia, pág. 9.

(8) Lo apunta Manuel Murguía en la pág. 17 del tomo II de su *Historia de Galicia*. Coruña, Carré.

(9) M. Murguía: *Galicia*, 165 y ss.

(10) M. Murguía: *Galicia*, págs. 239-240.

(11) Es tesis del jesuita P. Juan Alvarez Sotelo en su *Historia general del Reyno de Galicia, repartida en cinco libros, en que se trata de los pobladores después del dilubio (sic) universal, antigüedades y guerras civiles desde la entrada de los suevos en España hasta que fué dominada por los árabes*, manuscrito de 212 folios, guardado en la Real Academia de la Historia de Madrid. Cita al fol. 13.

(12) P. Juan Alvarez Sotelo: *Op. cit.* fol. 101 vto.

(13) F. Vaamonde: *Os calaicos*, III, 4, pág. 35.

(14) F. Vaamonde: *Os cal.*, III, 5, pág. 35.

(15) F. Vaamonde: *Os cal.*, III, 6, pág. 35.

(16) F. Vaamonde: *Os cal.*, III, 7, pág. 35.

(17) Ramón Otero Pedrayo: *Ensayo histórico sobre la cultura gallega*. Santiago, Nos, 1933, pág. 42.

(18) Padre Maestro Fr. Felipe de la Gándara O. S. A.: *Armas i triunfos. Hechos heroicos de los hijos de Galicia. Elogios de su nobleza, i de la maior de España, i Europa. Resumen de los servicios que este reyno a (sic) hecho a la Magestad del Rei Felipe IV, nuestro señor*. Madrid, Pedro Vall, 1662

Trata de los primitivos (cap. I, págs. 1-8), cartagineses (cap. II, páginas 8-16) y suevos (cap. VI, págs. 54-57).

(19) Leopoldo Martínez de Padín: *Historia política, religiosa y descriptiva de Galicia*. Madrid, A. Vicente, 1849.

En el tomo I dedica el libro I a la época anterior a la invasión romana y el II a la dominación de Roma.

(20) Florencio Vaamonde: *Resume da historia de Galicia*. A Cruña, Carré, 1899.

Incluye en la historia gallega a los celtas (libro I, págs. 7-17) y suevos (libro II, págs. 19-23), aparte ocuparse de los escritores de aquellas edades, sin omitir a Paulo Orosio, en el libro III, páginas 50-51.

(21) J. Rodríguez González: *Compendio de historia general de Galicia*. Santiago, tip. de «El eco franciscano», 1933.

Las 80 primeras páginas se consagran a estos tiempos previos.

(22) Ramón Villar Ponte: *Historia sintética de Galicia*. 2.^a ed. Santiago, 1932, págs. 1-76.

(23) Y era, según el mismo autor, de Túy, luego gallego.

Benito Vicetto: *Historia de Galicia*. Ferrol, Taxonera, siete tomos. Cita al III, 195.

(24) M. Murguía: *Hist. de Gal.*, IV, 341, nota.

(25) R. Villar Ponte: *Op. cit.*, 108.

Como asevera rectamente Antonio López Ferreiro en la pág. 153 del tomo II de su *Historia de la santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago, imp. y enc. del Seminario conciliar central, 1898 y ss., las causas del nombramiento del príncipe heredero por rey de Galicia son varias; y no la menor entre ellas la necesidad de poner las costas en estado de defensa contra las agresiones de los normandos.

(26) Lo dice Manuel Murguía: *Don Diego Gelmírez*. Coruña. Carré, 1898, pág. IX.

(27) Vide Damião Peres: *Como nasceu Portugal*. Porto, Partucalense editora, 1942, 103 págs.

(28) M. Murguía: *De las guerras de Galicia en el siglo XV y de su verdadero carácter*. En *Galicia*, 15 enero 1861, págs. 118-120.

(29) A. López Ferreiro: *Galicia en el último tercio del siglo XV*. 2.^a ed. La Coruña. Andrés Martínez. Dos tomos, 1896 y 1897. Cita a I, 5-44.

- (30) «Validos de traidores
a noite de Frouxeira
a patria escravizaron
uns reises de Castela».

canta Ramón Cabanillas en *Da terra asoballada*. Arousa, Imp. de Galicia Nueva, 1917, pág. 72.

- (31) «Do gran Pardo de Ceta as energías
erguido contra o torpe cesarismo
a patria defendendo...».

F. Vaamonde: *Os calaicos*, pág. 40.

(32) Es opinión del ponderado Alfredo Brañas: *El regionalismo. Estudio sociológico, histórico y literario*. Barcelona, Jaime Molinas, 1889, pág. 246.

(33) Valentín Lamas Carvajal: *Pedro Pardo de Ceta*. Soneto en página 71 de *Espiños, follas e frores. Versos gallegos*. Orense, Imp. de «La Región», 1927. 198 páginas.

(34) Félix Alvarez Villaamil: *Apuntes biográficos sobre el mariscal Pardo de Ceta, y consideraciones acerca de sus hechos y su causa*. En *Galicia* de 15 de enero de 1861, págs. 114-118.

(35) M. Murguía: *De las guerras de Galicia en el siglo XV y de su verdadero carácter*. En *Galicia*, 15 febrero 1861, páginas 145-149.

También con criterio rectificador López Ferreiro: *Galicia*, cit. I, 240.

(36) Benito Vícetto: *Los hidalgos de Monforte (Historia caballerisca del siglo XV)*. 5.^a ed. La Coruña, Andrés Martínez, dos tomos, 1903, 1904.

Infinidad de lugares; vr. gr. I, 162 y 190; II, 52, 54, 56, 150, 153, 404, etc.

(37) B. Vicetto: *Historia*, VI, 175.

(38) Votaron en contra Coruña y Betanzos, y en favor las otras cinco. El texto en la *Revista jurídica y administrativa de Galicia*, editada por D. José María Maya y Barrera y D. Benito Pla y Cancela. La Coruña, 1852, páginas 153-157.

(39) José Couselo Bouzas: *La guerra de sucesión en Galicia*. En el *Boletín* de la Real Academia Gallega, tomo XV, 1926.

(40) Marcelo Macías: *Aportaciones a la historia de Galicia*. Madrid, Ciap., 1929, págs. 163-165.

(41) P. Juan Alvarez Sotelo: Op. cit. folio 20.

(42) Fr. Martín Sarmiento: *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales, y de su pública utilidad. Y del modo de dirigirlos, demarcarlos, construirlos, comunicarlos, medirlos, adornarlos, abastecerlos y conservarlos*. En el *Semanario erudito* de Valladares, tomo XX, Madrid, Blas Román, 1789, pág. 43.

(43) Euquerio V. Senra: *Literatura regional. El gallego no es hijo del latín*. En el *Boletín* de la Real Academia Gallega, 20 de enero de 1907, págs. 203-208.

(44) Domingo Díaz de Robles: *Galicia. Etimología de su nombre*. En *Galicia*, 15 de marzo de 1863, págs. 81-83.

(45) Domingo Díaz de Robles: Loc. cit.

SEGUNDA PARTE

La tradición gallega

CAPITULO II

EL DIA MEDIEVAL

1. *La cultura galaico-portuguesa medieval*
2. *Los cancioneros*
3. *El galleguismo en los cancioneros*
4. *Lo no gallego en Juan Rodríguez del Padrón*
5. *La idea de Galicia en Juan Rodríguez del Padrón*
6. *El crepúsculo vespertino*

1.—La cultura galaico-portuguesa medieval.

Calcada sobre el desenvolvimiento histórico externo y posterior, cual siempre lo son las manifestaciones culturales respecto de los acontecimientos políticos, hay una etapa de la España medieval en la que Galicia florece con propios bríos y enarbola la bandera de una personalidad fuerte y vigorosa. Es la edad de oro del clasicismo gallego, cuando la lírica se hace chorros de rima en las cantigas, y el genio nostálgico del noroeste se vuelca en las más altas cumbres de nuestros gritos medievos de amor y de querer.

No es nuestro objeto analizar con intentos de crítica literaria la masa de producciones de ese tipo, sino deducir de ella los motivos típicos en que aparezca la impronta del genio gallego. No basta el empleo del idioma, pues también están incluidos en la línea tradicional gallega escritores que usan el castellano; lo que nos interesa es aquilatar hasta qué punto asoman, entre la maraña de lirismos y cadencias, las peculiaridades del alma de Galicia.

El centro de la literatura galaicoportuguesa medieval está en Galicia. Dos hechos lo demuestran: en primer término, la lengua empleada, nacida en la alta Gallaetia, al amparo de las torres de Santiago; en segundo lugar, los sitios citados o aludidos en las trovas, en su mayoría enmarcados en la zona que va desde el Atlántico hasta el Duero, a un lado y otro de las riberas del Miño (1).

Bien es verdad que el uso de la lengua gallega para temas líricos gozó de gran favor en toda la Península, y que en gallego trovaron reyes y pueblo, todos los que en composiciones ligeras se ocuparan. Si la épica comenzó siendo desde luego castellana, fueron redactadas en gallego las cantigas de amor y de amigo y las de escarnio y maldecir, hasta cuando los autores procedían y tenían su auditorio del vulgo (2). Como asimismo es cierto provenir de muy diversas tierras los que trovaron; basta hojear los cancioneros para topar con un Péro García, burgalés (3); un Pero Barroso, sevillano (4); un Gómez García, «abade de Veladolido» (5); el Arce-diano de Toro (6); Don Pero González de Mendoza (7); el Marqués de Santillana (8); Gómez Manrique (9); Gonzalo de Torquemada (10), o Alfonso X de Castilla; sin que falte algún extranjero, como el genovés Bonifacio Calvo (11). Mas tam-

bién es verdad que la mayoría hace referencias a Galicia, cuando no declara paladinamente su patria, cuales Juan Romeo, de Lugo (12); Juan Ay-ras (13) y Roy Fernandes, de Santiago (14), por ejemplo.

Es Galicia, la gran Galicia a que antes aludíamos, el centro de este florecimiento literario, y el historiador ha de ver en estas trovas medievales lo mejor del alma gallega de aquel tiempo. Y hasta cierto punto, dentro de lo lírico, de toda la española; tenía razón Otero Pedrayo cuando escribía que «la filología románica ha descubierto —por mano de los Monaci y las Michaelis— un nuevo primado de Galicia en Occidente» (15).

2.—Los cancioneros.

Pero ¿toda la poesía de los cancioneros es puramente gallega? O, dicho de otro modo, los motivos que la informan ¿vibran a compás del alma campesina y marinera de aquel pueblo mariñán y rústico?

He aquí nuestra interrogante ante la lírica blanda y amorosa de los cancioneros: ¿Son gallegos por el espíritu o por el azar de comodidades lingüísti-

cas, en la que el gallego, dulce y suave, era propio para rimas cortas, en tanto el bronco y rudo castellano guardaba aptitudes para la épica recia y endurecedora?

A esta interrogante ha de responder la contextura misma de las trovas.

Dos son las fuentes de donde manan: el modelo provenzal y las danzas y canciones populares.

Lo provenzal se impuso por modelo a las diversas partes de la cristiandad, hasta que su artificial floreo de sentimentalismos falsos vino a quedar suplantado por el brillo de la alegoría dantesca y petrarquista. El primer impulso para los versificadores del occidente peninsular hubo de venir de la Provenza, como unánimemente se reconoce; si no bastaran los juicios antiguos de Varnhagen, lord Stuart o Lopes de Mendoza (16), o los modernos de Doña Carolina (17) y de Eugenio López-Aydiello (18), nos responderían los versos en que Alfonso el Sabio increpa a Pero da Ponte por no rimar a la usanza provenzal (19), o las pretensiones de D. Dionis de Portugal, jactándose de seguir las reglas de la escuela (20).

El segundo manantial y origen nos lo da la corriente popular que desde antiguo venía transmitiéndose por la cadena secular de padres a hijos, de

una manera tan anónima cuanto viva (21); corriente que hacia finales del siglo XIII pasa a informar las sabihondas composiciones anteriores. llenando los salones palacianos con la risa alegre de las callejas y caminos.

3.—El galleguismo en los cancioneros.

En la producción resultante ¿hay atisbos de galleguismo? ¿O es que desapareció todo en el amaneramiento de los imitadores de la lengua del *oc*?

Lo dirán la letra y las imágenes en que cuaja el ritmo íntimo del que escribe. A nuestro intento basta referir un aspecto, inédito para los escritores de corte provenzal y que es donde mejor se muestra el sentido profundo de algunas de esas trovas: la visión de la naturaleza.

Sea o no auténtica, trátase tal vez de un fraude literario, siempre la poesía ossiánica tendrá el mérito de recoger el alma de la gente celta; y siendo la gente celta de Galicia un pueblo campesino y marinero, no es de extrañar orne su condición de vida con el brillo de los giros ossiánicos. Nuestra misión estará en separar las imágenes ancestrales

de la forma provenzal de las composiciones literarias de los cancioneros, en función de la realidad natural que cantan.

Hay, por ende, tres elementos:

a) Forma provenzal. Salvo en una serie de textos del *Cancionero de la Vaticana*, es a los escritores provenzales a quienes se imita. Los trenos de libre estilo son los menos en número, ya que no en galanura; y, en todo caso, su aparición ulterior denota que el punto de arranque de donde nació el impulso espiritual que dió vida a aquella literatura está en las cantigas de amor al uso de Provenza. Las provinientes de anteriores producciones populares vienen a ser un añadido, cuando ya habrá reinado en los salones sin rival durante siglo y medio la manera rimada del sur de Francia.

b) Realidad. Es campesina y marinera, por ser estos los dos pilares sobre que se asienta la vida de la Galicia medieval. El maestro Menéndez y Pelayo puntualizó sobradamente cómo ese contorno cotidiano empuja a las plumas de los poetas, incluso sin olvidar las obligadas quejas y situaciones amorosas (22).

c) Una imaginación exclusiva del alma gallega, que asoma entre la modulación, tantas veces forzada,

de las palabras. Subrayemos tres detalles de indudable sabor celtogallego:

a') El mar, tan vivo en los cantos ossiánicos, con sus tempestades y sus brumas, sus lejanías y su misterio.

Meendinho elogia a la superficie líquida por donde viene su amiga (23), lo que a distancia repite Nuno Porco (24). Martín Codax, el gran vigués (25), invita a mirar las ondas con el mismo rito, mitad sagrado y mitad poético, que sentimos leyendo al vate irlandés:

«Mha irmana fremosa treydes comygo
ala igreia de uigo
hu e o mar salido
emiremolas ondas» (26).

Y ya Filgueira Valverde ha subrayado cuanto de laquismo hay en aquella de Fernán Desquyo, que principia:

«Vayamos irmana uayamos dormir
nas rybas do lago hu eu andaruy
alas aues meu amigo» (27).

b') La luna, compañera inseparable en las noches drúidicas, testigo de los conjuros atávicos y señora de las melancolías celtas, con tan profunda eficacia que once siglos de Cristianismo no pudieron

borrar el místico influjo de sus rayos plateados sobre los pechos temerosos que, más con el corazón que por los ojos, seguían oteando el «luar» entre «brétemas» y «bruar» de pinos.

Roy Páez de Ribela amonesta a una doncella vizcaína para que comparezca en la noche ante la luna clara:

«Adonzela de bizcaia
aidarma preyto saya
denoyte ou luar.
Poys magora assy desdenha
aídamha pito uenha
denoyte luar.
Poys de la soo mal treito
aidami uenha a preito.
denoyte luar» (28).

c') El diálogo con la naturaleza; no una charla fría, sino íntima, buscando proximidades y puntos de contacto, diálogos que son casi monólogos por una identificación que no tiene nada de panteísta, puesto que el alma no se diluyó en la naturaleza, antes que es cariño con afanes de atractiva y sugeridora comprensión, contar los secretos propios y escuchar los misterios de la selva o del mar, comunicación y no fusión.

El rey Don Dionis traza a este respecto una querrela en la que la amada inquiere de su amado a

las flores del verde pino (29), y Martín Codax cuenta sus secretas angustias y pide consuelos a las ondas del mar, como si fuesen almas animadas, con vestido azul y blanco de aguas y de espumas:

«Ay ondas que eu uin uer
se mi saberedes dizer
porque tarda meu amigo
sen mi.

Ay (d) onas q̄ eu uin mirar
semi saberedes contar
por q̄ tarda meu amigo» (30).

Este contacto con la naturaleza está tan lejano de una confusión panteísta cuanto de los pulidos y afectados giros de salón o artificios de escritores; hay allí una apasionada cercanía por la naturaleza, un respeto a los seres animales o vegetales en quienes se supone alma y pasión, que el tono en el cual va a interrogárseles es lo más dispar que pensarse pueda de las amaneradas preguntas con que se enfrentarán con la naturaleza los poetas de la corte de Don Juan II. En las trovas gallegas, la naturaleza mantiene su condición aparte, replica con la misma vida que el sentimiento del poeta la reconoce; en los escritores del segundo tipo, los pájaros, las flores y las olas no tienen espíritu vivo y parlanchín de tales, sino que son la máscara con que vistió su

voz de ventrílocuo poético el rimador, que las hace responder a sus preguntas o describir la belleza de la amada. En los trovadores gallegos de raigambre céltica los objetos irracionales hablan como seres provistos de una peculiar razón, que el corazón del poeta va adivinando en cada caso, traduciendo su lenguaje alado e incomprensible; en los últimos es el propio artista quien les hace decir las personales ocurrencias.

Para convencerse de esto no hay que salir siquiera de la lírica galaica. Léase el diálogo de Alfonso Alvarez de Villasandino con un ruiñeñor, y en el que este pájaro elogia las prendas de Doña Juana de Sosa, dama cordobesa (31), para convencerse de la diferencia entre estos dos distintos modos de contemplar y sentir las cosas naturales, incluso como instrumento poético. Mientras que en él la naturaleza es careta del enamorado versificador, en los versos de un Don Dionis o de Martín Codax, por ejemplo, no hay fusión ni falseamiento literario de las cosas, sino una cariñosa comprensión. Las olas o los pájaros, la onda azul o el verde pino hablan como tales; pero muy cerca, íntimamente, a los oídos de ese traductor semimístico que es el poeta. El trovador viene a ser casi un sacerdote de la vida, oferente de las cosas naturales, de las

que sabe el verbo y palpa el alma. Ni naturaleza falseada ni omnipotente; sí el agua y la planta con ánima y poderes propios, de los que el poeta es el administrador, el gran druida.

En semejante interpretación pervive el alma de Galicia. La forma provenzal y la realidad campesina y marinera son los factores externos que dan el contenido y la forma de las trovas; pero lo que a nosotros nos interesa recoger de los cancioneros es esta urdimbre bien tejida, de cuyas recias y suaves ataduras se formó un eslabón de la cadena de la Tradición gallega, el eslabón inicial en la época en que los pueblos se forjaban allá por los años rudos del medievo.

4. — Lo no gallego en Juan Rodríguez del Padrón.

Cerrando la marcha, como la postrer bandera del cortejo lírico de la Galicia medieval, Juan Rodríguez del Padrón llena los años finales con una versificación hermana de la de Macías, y una vida aventurera de la que poco se sabe (32), preñada de amores que dejan huellas en sus coplas, de viajes por tierras extranjeras que ponen vocablos trans-

pirenaicos en su estilo (33), y de un final monástico, más noble si menos afamado que el de Macías (34).

Sus obras, como su vida, son confusas (35) y escritas en castellano, no obstante ser el gallego la lengua nativa, de seguir la opinión del Padre Sarmiento (36). Escritos que denuncian un momento posterior a la poesía ágil y provenzalésca de los cancioneros, en cuanto señalan el paso del alegorismo italiano y la influencia de los gustos petrarquistas, al menos en el fondo y lujo de las ficciones simbólicas (37).

No es misión nuestra apuntar el carácter autobiográfico o circunstancial de cada una de sus obras, ni siquiera aquel sentimentalismo apasionado que, a juicio de Menéndez y Pelayo, denotaba desde el primer momento sus orígenes y patria (38); son cuestiones de índole literaria ajenas a nuestro intento, y por eso reduciremos nuestras observaciones presentes a como repercute en él el alma de Galicia.

De creer a D. Marcelino, en sumo grado. Basta ver cómo, a juicio del maestro, vive en Rodríguez del Padrón un sentido vibrante de la Naturaleza. «Es el primero —decía— de nuestros escritores en quien, aun vagamente, comienza a despuntar el sentimiento poético de la Naturaleza» (39). Vagas

se nos antojan a su vez las palabras del crítico magno; porque una de dos: o ese sentimiento de la Naturaleza es el afectado sentido de salón a que nos referíamos ocupándonos de los cancioneros, y en ese caso nada dicen al objeto de nuestro estudio, o, por el contrario, responde a la esencia nativa.

Creemos erró el maestro, y estamos por la primera hipótesis. Juan Rodríguez de la Cámara es escritor amanerado y huero, imitador de modelos ajenos a él y a su patria, totalmente desarraigado de la tierra que le viera nacer, para la que apenas guarda unas meras alusiones, y eso por venir a cuento en la narración novelada de la propia biografía. Las imágenes que maneja, las alusiones que endereza, el sentido entero de la producción literaria que se le adjudica no tienen nada de gallego.

Probemos a observar el tema clave, la interpretación de la Naturaleza. Lo natural es en sus manos tema frío, artificialidad rebuscada, instrumento puramente erudito. Como en las visiones dantescas, la vía de la imaginación discurre por supuestos caminos y selvas verdes y sombrías. En la *Cadeira del honor* nos habla de que «la montaña de los buenos deseos es la selva del afán, en fyn de la qual es el vergel del merescimiento» (40), compa-

ración que no tiene ya nada de gallega, ni siquiera de provenzal, y sí mucho de toscana.

Igual sentido tiene su diálogo con la Naturaleza en el *Triunfo de las donas*. La «sacra fuente» que le habla repite lo que él diría en homenaje a las prendas femeninas (41); es el poeta, y no la fuente, quien a sí mismo se sirve de interlocutor.

Ni más ni menos las alusiones al paisaje campesino, jamás visto directamente, antes sobre el calco de los modelos de la docta antigüedad. Hay en su mente estampas de arrayanes y olivares; pero de arrayanes consagrados a Venus y olivos dedicados a Minerva (42).

En una palabra, el ámbito conceptual de Rodríguez de la Cámara está plagado de temas nuevos y de imágenes que el mundo de los cancioneros desconocía por entero. Asoma en los escritos del postrero de los trovadores un aire de novedades peregrinas; lo que quizá no pudo ni aun sospechar es que ese viento de frondas peregrinas entrañaba la muerte de la cultura gallega medieval.

5.—La idea de Galicia en Juan Rodríguez de la Cámara.

Porque Juan Rodríguez cierra una etapa del alma gallega. Escribe en castellano y goza con imágenes prestadas que en alas del clasicismo venían desde las tierras italianas. Autor más castellano que gallego, y al corriente de las tendencias de la época, lo que le queda del suelo patrio son recuerdos entretreídos en la casi leyenda del *Siervo de amor* y un sentimentalismo racial, blando y dulce, que no lograron borrar viajes ni afecciones extranjeras.

Mas si nada o apenas nada resta en su estilo y sentido de reflejos gallegos, es el primer escritor que formula una teoría exacta de Galicia. Parece como si, en el momento de desaparecer y por mano del postrero de sus representantes, la Galicia medieval de los versos y las trovas quisiera despedirse perfilando una tesis que excede a la literatura para entrar en la política: la del reino de Galicia con personalidad aparte y miembro de la corona castellana.

Y es curioso cómo para el de Padrón tiene importancia la afinidad lingüística entre Galia y Galicia, que han de subrayar otros modernos. Galicia es la segunda Galia, la «pequeña Francia» (43), fór-

mula que por mitad le sugirieran noticias clásicas y viajes europeos. Pero una parte de España y el cuarto entre los reinos de la corona de Castilla (44).

De este modo, cuando la cultura gallega medieval moría, quedaba constituida la Tradición de aquel pueblo con contornos definidos. Y el mérito de Juan Rodríguez del Padrón fué ser intérprete y colofón de esa etapa de la evolución espiritual de los suyos.

6.—El crepúsculo vespertino.

En toda Europa es el siglo XV hora de penumbra y transición. En la cristiandad es el momento de las disputas conciliares, que tanto rebajarán el prestigio del Papado, abriendo caminos a las rebeldías de Lutero; en la Península, el final de la dispersión multiforme, que hacía un mosaico del suelo ibérico, y el comienzo de la gran expansión ultramarina y europea. Cierre de una edad y alborada de otra, tiene el aspecto pardo y confuso del crepúsculo.

¿Cuáles son sus consecuencias para la Tradición gallega? En el aspecto externo, un robustecimiento del poder real que acaba con las anárquicas hazañas de la nobleza neogótica, semiindependiente y pen-

denciera; en el terreno literario, la muerte del gallego como lengua culta, para quedar relegada a idioma cotidiano del vulgo, entrando así en «completa decadencia» (45). Incluso los documentos redactados en gallego que hasta nosotros han llegado, como la colección de escritos privados recogidos puntualmente por Andrés Martínez Salazar (46), o los histórico-legendarios al estilo de la *Crónica Troyana* (47), no dicen nada que permita seguir el hilo de la ruta del alma de este pueblo. Se abre un período de casi tres siglos, en el que Galicia conservará su personalidad política y será reino en el cuadro de la monarquía federativa hispánica: pero durante el cual culturalmente apenas pequeños atisbos denotarán un espíritu que, sin embargo, se mantendrá vivo en las capas populares.

Pero esa es ya la segunda etapa de la Tradición gallega.

(1) «A maior parte pertencia ás regioes de Galliza leonesa e da portuguesa, aquí e além Minho, ou digamos do mar até ao Doiro e Mondego». Carolina Michaelis de Vasconcelos: *Cancionero de Ajuda*. Halle a. S., Max Niemeyer, 1904. Dos tomos. Cita al II, 604.

(2) Vide al Maestro en t. I, pág. 223, de su *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*. Madrid, Suárez.

(3) *Il conzionere portoghese della Biblioteca Vaticana*, messo a stampa da Ernesto Monacci. Halle a. S., Max Niemeyer, 1875. Cantigas 250 y 251, pág. 95.

En el *Cancionero de Ajuda*, cantigas 82-110, tomo I, páginas 173-226.

(4) *Cancionero de la Vaticana*, cantigas 333-335, págs. 131-132. *Cancionero de Ajuda*, cantigas 222-223, tomo I, págs. 427-430.

(5) *Canc. de la Vat.*, cantigas 512-513, págs. 186-187.

(6) *Cancioneiro gallego-castellano. The extant Galician poems of the Gallego-Castilian lyric School (1350-1450)*. Collected and edited with a literary study, notes and glossary by Henry R. Lang, professor of Romance Philology in Yale University. New-York-London, 1902. Cita en páginas 15-25.

(7) *Canc. gallego-castellano*, 1-4.

(8) *Canc. gall-cat.*, 95-97.

(9) *Canc. gall-cast.*, 117-120.

(10) *Canc. gall-cast.*, 121-124.

(11) *Canc. de Ajuda*, cantigas 265-266, tomo I, págs. 519-523.

(12) *Canc. de la Vat.*, cantiga 1.145, pág. 400.

(13) *Canc. de la Vat.*, muchas.

(14) *Canc. de Ajuda*, núms. 308-310, t. I, págs. 617-623.

(15) Ramón Otero Pedrayo: *Ensayo*, 133.

(16) Citados por doña Carolina Michaëlis: *Op. cit.*, II, 686-687.

(17) Carolina Michaëlis: *Op. cit.*, II, 775-776.

(18) Eugenio López-Aydllo: *El siglo XIII en los cancioneros gallego-portugueses*. En el *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, Hernando, 1925, II, 619-631.

(19) Contra Pero da Ponte en cantiga 70 del *Cancionero de la Vaticana*, pág. 33.

(20) Cantiga 123, pág. 52 del *Canc. de la Vat.* También la 127, pág. 53.

(21) M. Menéndez Pelayo: *Hist. poesía cast.*, citada, I, 230.

(22) M. Menéndez Pelayo: *Hist. Poesía cast.*, citada, I.

(23) *Canc. la Vat.*, cantiga 438, pág. 163.

(24) *Canc. de la Vaticana*, cantiga 719, pág. 253.

(25) Vide Carolina Michaëlis: *A propósito de Martín Codax e das suas cantigas de amor*. En *Revista Filología Española*, 1915, II, 258-273.

(26) *Canc. de la Vat.*, cantiga 886, pág. 302.

(27) Xosé Filgueira Valverde: *A paixaxe no Cancioneiro da Vaticana*. En *Nos*, 15 febreiro 1927, pág. 11 a.

La cantiga en página 306 del *Canc. de la Vat.*

(28) *Canc. de la Vat.*, cantiga 1.045, pág. 363.

(29) *Canc. de la Vat.*, cantiga 171, pág. 69.

(30) *Canc. de la Vat.*, cantiga 890, pág. 303.

(31) En las páginas 47-48 del *Cancioneiro de Lang*.

(32) Lo apunta Hugo A. Rennert en la pág. 544 de su artículo *Lieder des Juan Rodríguez del Padrón*, en la *Zeitschrift für romanische Philologie*, Halle, 1893, XVII, 544-558.

(33) Vide a este respecto las observaciones de Miguel López y Atocha en la pág. 32 de su *Memoria doctoral acerca de Juan Rodríguez del Padrón*, Madrid, Ambrosio Pérez y C.^a, 1906.

(34) Bellas y eruditas anotaciones las que hace al P. Fidel Fita a la pág. 48 de sus *Recuerdos de un viaje a Santiago de Galicia*, Madrid, Lezcano y C.^a, 1880.

Parece que gracias a la munificencia de nuestro hombre se concluyó el monasterio de Herbón, donde profesara bajo el nombre de Fray Juan de Herbón.

(35) Es juicio del Conde de Puymaygre en la página 85 del tomo I de *La cour littéraire de don Juan II, rei de Castille*. París, A. Franck, 1873.

(36) P. M. Fr. Martín Sarmiento: *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*. Madrid, Ibarra, 1775, pág. 313.

(37) No obstante, Bernarso Sanvisenti juzga que sólo conjeturalmente cabe admitir una influencia italiana sobre *El siervo libre de amor* (*I primi influssi di Dante, del Petrarca e del Boccaccio sulla letteratura spagnuola, con appendici di documenti mediti*. Milano, Hoepli, 1902, pág. 332).

(38) M. Menéndez y Pelayo: *Hist. poesía castellana*, II, 200.

(39) M. Menéndez y Pelayo: *Orígenes de la novela*. Madrid, Bailly-Bailliére, 1905. Tomo I, páginas cccvi-cccvii.

Asimismo, el P. Atanasio López, O. F. M.: *La literatura crítico-histórica y el trovador Juan Rodríguez de la Cámara o del Padrón*. Santiago, Tip. de «El Eco Franciscano», 1918, pág. 35.

(40) Juan Rodríguez del Padrón: *Cadira del honor*, páginas

131-173 de las *Obras*, edición Paz y Melia, Madrid, Sociedad de bibliófilos españoles, 1884. Cita a la pág. 132.

(41) Juan Rodríguez del Padrón: *Triunfo de las donas*. En *Obras*, págs. 86 y 123 ss.

(42) Juan Rodríguez del Padrón: *El siervo libre de amor*. En *Obras*, 47-48.

(43) Juan Rodríguez del Padrón: *El siervo*. En *Obras*, 56 y 73.

(44) Juan Rodríguez del Padrón: *El siervo*. En *Obras*, 57. También pág. 71.

(45) Antonio López Ferreiro: *Galicia en el último tercio del siglo XV*, I, 372.

(46) Andrés Martínez Salazar: *Documentos gallegos de los siglos XIII al XVI*. La Coruña, imp. de la Casa de Misericordia, 1911.

Son 72 documentos desde 1234-1236 a 1516 sobre asuntos de derecho privado: pleitos, rentas, constituciones de foros, etc.

(47) *Crónica troyana, Códice gallego del siglo XIV de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Con apuntes gramaticales y vocabulario por D. Manuel R. Rodríguez. Publicado a expensas de la excelentísima Diputación de esta provincia Andrés Martínez Salazar. La Coruña, Imp. de la Casa de Misericordia, 1900. Dos tomos.

CAPITULO III

UNA NOCHE DE CUATROCIENTOS AÑOS

1. *El Guadiana gallego*
2. *Fray Gerónimo Bermúdez*
3. *Trillo y Figueroa*
4. *El siglo XVII*
5. *Un teórico de Galicia: el conde de Lemos*
6. *Un erudito europeo: Feijoo*
7. *Un erudito gallego: Sarmiento*
8. *Un gallego: Cernadas*
9. *La Galicia de los historiadores dieciochescos*

1.—El Guadiana gallego.

El período de casi cuatrocientos años que va desde mediados del siglo XV al XVIII es un paréntesis en la historia de la cultura gallega, apenas interrumpido por algún que otro espejismo o por la imagen real de raros oasis que apaguen la sed de datos que acomete al fatigoso caminar del historiador. Entre los espejismos, supuestos brotes de fontana gallega trocados en seco arenal extraño, están un Gerónimo Bermúdez, un Francisco Trillo y Figueroa y un Benito Jerónimo Feijóo; entre los oasis, unos condes de Gondomar y de Lemos, un Sarmiento y un cura de Fruime. De todas maneras, la tarea que nos toca se reduce a airear una serie de figuras inconexas, imposible de atar en la cadena de afinidades espirituales que se llama una cultura; son monolitos y mojones que rompen la monotonía de la llanura, no trabado armazón de fábrica ideológica.

2.—Fray Gerónimo Bermúdez.

El primero de todos, cronológicamente, es Fray Gerónimo Bermúdez, fraile de la Orden dominicana, que brilla y escribe al doblar el tercer cuarto del siglo XVI, y autor de dos tragedias de corte clasicista, consagradas a narrar la bárbara aventura de Doña Inés de Castro, e intituladas, respectivamente, *Nise lacrimosa* y *Nise laureada* (1).

Por el nacimiento, Fray Gerónimo es un escritor gallego, y por tal le tienen el anónimo estudioso de *El recreo compostelano* (2), el portugués Mendes Dos Remedios (3) y la respetable autoridad de Murguía (4); pero nada hay en sus escritos de espíritu gallego, y bien pudiera escribirse una historia del alma de su patria nativa prescindiendo por entero de él. Sus escritos nos lo van a demostrar.

La tragedia *Hesperodia*, destinada a cantar las empresas del gran duque de Alba, está escrita a espaldas de Galicia (5), y de sus dos obras dramáticas, la *Nise lacrimosa* es apenas algo más que un arreglo castellano de la *Castro* de Antonio Ferreira, en tanto que la *Nise laureada* no pasa de pobre imitación de los modelos patrocinados por Sá de Miranda, cual lo muestran infinidad de detalles.

a veces anacronismos, y siempre el desmedido afán de modelar las farsas sobre modelos de persona y coturno: el que Pero Coello, uno de los asesinos de Doña Inés, es tratado de senador (6); que el guardián sea un «plutónico ministro» (7); que los matadores de la dama estén en la prisión «quales Hircanas fieras en leonera», habiendo actuado «quales hambrientos buitres de Teseo» (8); que el verdugo al cumplir su oficio les dé recados para Carón (9), etcétera.

Nada, absolutamente nada de gallego hay en este fraile de gustos clasicistas y aficiones literarias, de acuerdo con la moda reinante en los días en que escribió.

3.—Trillo y Figueroa.

En D. Francisco de Trillo y Figueroa ocurre cosa parecida. Arrancado desde los once años de La Coruña, donde naciera, transcurre su vivir por tierras andaluzas y a temas meridionales consagra los mejores empujes de su bien cortada pluma. Salvo una *Historia y antigüedades del reino de Galicia y su nobleza*, citada por Adolfo de Castro como inédita, y que no hemos podido ver (10), la única huella de Ga-

licia está en ocho décimas que compusiera defendiendo al reino patrio de las censuras de Góngora, por el cómodo sistema de achacar mayores defectos a Andalucía (11). Ni en el resto de sus poesías ni en el poema intitulado *Neapolisea*, dedicado a cantar las hazañas del Gran Capitán, y que es la principal de sus obras, hay nada que abone afectos hacia Galicia (12).

4.—El siglo XVII.

Los comienzos del siglo XVII presentan igual vacío que las obras de los dos escritores enumerados. Salvo el soneto en gallego con que Pedro Vázquez de Neira llorara la muerte de la reina Doña Margarita de Austria, acaecida en El Escorial el 3 de octubre de 1611 (13), y que ofrece una valía exclusivamente anedóctica, sólo cabe citar el donoso alegato que en mérito de las hazañas de los gallegos hace el embajador de España en Londres D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, en carta dirigida a 27 de enero de 1614 a Andrés de Prada, secretario de Estado de Felipe III, y que se conserva manuscrita en la Biblioteca Universitaria de Santiago (14).

De igual índole que la carta del conde de Gondomar es el libro *Armas i triunfos*, que en 1662 diera a la estampa el agustino Fray Felipe de la Gándara (15), para refutar la opinión de los que afirmaban que únicamente con ocasión de las luchas con Portugal, bajo Felipe IV, «los gallegos comenzaban a ser soldados» (16). Farragoso libro, lleno de datos abundantes, aunque muchos errados, y que constituye un ejemplo de la manera de hacer historia de los hombres de aquel siglo.

5.—Un teórico de Galicia: El conde de Lemos.

Representando alegóricamente a cada uno de los pueblos peninsulares por diferentes especies de pluma, el conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro, traza una apasionada defensa de Galicia contra los ataques, a menudo injuriosos de puro despectivos, con que afeaban a sus paisanos el resto de los españoles, usando de una leyenda en que popularmente aparecían lo gallegos por las gentes más rudas y groseras de la Península (17).

Bajo el amparo del águila austriaca reúnen a orillas del Manzanares el buho gallego, el tordo viz-

caíno, el cernícalo navarro, el cuco aragonés, el milano catalán, el mirlo valenciano, la golondrina de Murcia, el pavo andaluz, el jilguero portugués, el ganso castellano y el sisón manchego, para disputar sobre la grandeza de sus respectivas patrias. Asevera el buho que por ser Galicia la región más denigrada entre las españolas y serlo España entre todas las naciones, «queda probado que el buho gallego de todas las aves de esta junta es la verdadera ave española, y la que más derecho tiene a este nombre» (18), por cuya tesis le hubieran matado las otras de no aparecer el águila austriaca, poniendo orden y llamando a juicio; síguese una acusación por parte del tordo vizcaíno, replicado por el buho gallego, a quien da finalmente la razón el águila, y una segunda parte en la que el buho arremete especialmente contra el cuco aragonés, «caco» y «aragán»; el jilguero portugués, «ave mosaica», etcétera, etc.

Otros escritos del conde de Lemos, cuales poesías (19), y cierta carta enderezada a Bartolomé Leonardo de Argensola, rector de Villahermosa (20), no tienen importancia para nuestro estudio. Sí la historia del buho, claro ejemplo de puntualización política de lo gallego como parte autónoma dentro de las Españas, en emulación de españolismo con

los otros pueblos hermanos. En este sentido, don Pedro Fernández de Castro es el teórico político de esta época de oscurecimiento, cual Juan Rodríguez del Padrón lo fué en la Edad Media y Antolín Faraldo lo será al venir el romanticismo; al lado de las producciones literarias, es el eslabón central de la cadena de hombres expresadores de la conciencia política de Galicia española.

6.—Un erudito europeo: Feijóo.

Bien distinto es el carácter de los escritos de Fray Benito Jerónimo Feijóo. Todo lo que el conde de Lemos tiene de patriótico arraigo, es en el benedictino pasión de desasimiento; todo lo que hay en aquél de apego al terruño nativo y de tranquila visión del mundo es en Feijóo polémica incitante y empresa combativa. No importa que uno fuese noble y anduviera metido en los tráfigos del mundo, y que el otro pasase la vida en la tranquilidad monástica del claustro; a la postre, la obra de Feijóo es de combate (21), que su vocación demandaba la lucha y la contienda (22), pese a que las circunstancias parecieran exigir lo contrario.

Feijóo no es propiamente un escritor gallego. La

misión que tenía para cumplir era de dimensiones mucho más amplias; no quiso reducirse al ámbito estrecho de Galicia, sino que soñó nada menos que con reformar a España entera. Era capaz de dar nombre a su siglo (23), de imprimirle una dirección nueva marcando con el sello propio a la generación a que pertenecía, de difundir la cultura por los ámbitos populares de una manera auténticamente revolucionaria, porque toda la teoría democrática es una mera aplicación de la del pueblo culto y civilizado, tesis que es la meta central de la empresa de Feijóo; de lo que no era capaz era de encerrarse en el suelo verde orillas del Sil, ni reducirse a cantar los legendarios encantos de los alrededores de Casdemiro, trayendo a colación leyendas seculares.

Es el debelador cabalmente de semejantes fantasías; espíritu realista, práctico, nada tenía de común con la gente crédula que sentía en las venas sangre de celtas embrujados, almas en los bosques, gritos en la selva y rumor de misterios en el río. Indiferente para con las cosas populares, orladas de supersticiones que arrancar, no para mientes en el alma de su pueblo.

Mira al futuro, no al pasado. Por eso toda la línea que pudiéramos llamar «progresista» de la cultura española le tiene por corifeo y maestro (24), en

tanto que la contraria ve en su quehacer una faena de pobres resultados negativos (25), en ningún modo un genio civilizador y extraordinario (26). El mismo nos declara que siempre estuvo «enemistado con la máxima de gobierno que condena toda innovación» (27). Proyectado en la vía de las reformas, quiere cambiar, no mantener; y el cambio es, según el modelo de su siglo, a la regla del patrón francés, abstracto y universal.

De ahí que ame la generalidad y desdeñe lo particular; que escriba para todo el mundo, no en y para los gallegos. Feijóo es, juntamente con la Pardo Bazán, uno de los raros escritores de aquella tierra que tiene ambiente cosmopolita, de los pocos cuyas obras se traducen y provocan discusiones. En el *Mercure de France* de junio de 1731 se hacen grandes elogios del *Teatro crítico* (28), y en la Biblioteca Nacional de Madrid se guarda un tomo de ensayos sacados del mismo y puestos en inglés, a más de darse cuenta de otras traducciones a la misma lengua (29). El índice de la gran polvareda que levanta es la mejor prueba de la amplitud de aquel hombre, desasido de la estrechez lugareña, tal vez un poco rústica, de la Galicia del siglo XVIII.

Y, sin embargo, los gallegos suelen tenerle por suyo y honrarse con el nombre de paisanos. Sin sa-

lir del siglo XVIII, el cura de Fruime le elogia como prez y honra patrias, haciendo de él argumento en defensa de las gentes del noroeste:

«¿Quién de tantos españoles
eruditos, como hoy vemos
en el orbe literario,
se cuenta entre los primeros?» (30).

Un anónimo le considera como el filósofo gallego por excelencia en las páginas de *El recreo compostelano* de 11 de febrero de 1842 (31), en las cuales Antolín Faraldo le diputará por «la mayor gloria de la literatura gallega» (32), y Añón (33) y Lamas Carvajal (34) no dejarán, precisamente por su nacimiento, de ofrendarle el incienso poético de los versos.

Pero Feijóo no responde a ese sentido regional. Ve a Galicia con ojos fríos, de simple erudición, sin atisbos de pasión alguna. En la ocasión en que más se acerca a ella es al ocuparse de temas tan áridos como los filológicos, valorando a la lengua gallega como equivalente a la portuguesa y hermana de las castellana, francesa e italiana, en cuanto hijas de la latina (35), y aseverando ser Galicia, y no Portugal, la cuna de la lengua galaicoportuguesa (36). Pero no pasa de ahí. El idioma principal y más

prestante es, a su juicio, el francés, porque es la vía de la cultura y de las ciencias (37); nuevo índice del afán abstracto y universalizador de aquel gran europeizante y progresista que el buen benedictino era; el gallego es lengua ruda, particular; el francés, en cambio, el instrumento de la civilización única para todos los hombres y el camino por donde llegar al conocimiento de las luces. Tal es el esquema en donde se ahoga el supuesto galleguismo de Feijóo.

Lo demuestra que ese galleguismo no pasa a ninguno de sus émulos. Ni lo notó la cuidadosa inquisición de su paisana Concepción Arenal (38), ni lo recoge el puntual Marqués y Espejo, que, eso sí, subraya la importancia del francés, única lección que aprende del maestro. «Para todo género de literatura, entre todas las lenguas, la inteligencia que más nos importa es la de la francesa. La razón es porque todas las ciencias y artes útiles hablan y escriben en francés, o el francés habla y escribe todas las artes útiles» (39). Del gallego ni la más mínima alusión; tal es la herencia que deja tras de sí.

Que luego proteste contra la común opinión que tenía a los gallegos por rudos e incapaces para el cultivo de las ciencias (40) no implica nada de afec-

to patrio. Era una más entre las muchas opiniones vulgares cuya destrucción era meta de su vida.

Es, pues, el siglo XVIII, pero no el siglo XVIII gallego. Se equivocó Antolín Faraldo cuando le tenía por un enciclopedista orensano. Feijóo no era gallego, ni bajo la capucha del benedictino, ni amparado en la peluca del enciclopedista.

7. — Un erudito gallego: Sarmiento.

Siendo discípulo confesado y defensor ardiente de Feijóo, la postura de su hermano de cogulla el Padre Sarmiento tiene matices diferentes. En él chocan los dos influjos contrapuestos de lo tradicional y lo moderno, cuya batalla es la esencia de nuestro siglo XVIII; pero sin triunfar ninguno plenamente, sin duda porque Sarmiento fué más dado a la soledad del estudio que a las reyertas exteriores, escritor que apenas envía a las prensas lo que escribe, estudioso afanado en atesorar conocimientos que luego a nadie comunica. De la larga lista de trabajos manuscritos que mandara recoger el duque de Medinasidonia y puntualmente copia Emilio Alvarez Jiménez (41), sólo se ha publicado una cantidad ínfima, y, salvo la *Demostración* apologética

en loor de Feijóo, todos son posteriores a su muerte; y es que Sarmiento no pasó de coleccionista de ideas, eso sí, muy numerosas y atinadas, pero sin dársele nada de la repercusión de éstas en los demás.

Las tendencias alumbradoras de corte neofeijoniano las confiesa él mismo en los elogios que hace del corifeo y hermano. Pocos discípulos tan fervorosos como el Padre Martín Sarmiento, y en pequeño número tan apasionados. «No es esta obra —escribirá en el solo trabajo que a la imprenta diera— *Demonstración* de lo que dixo el Padre M. Feijóo. Eso sería demostrar que el sol lucía. Tampoco es respuesta a los insultos, racionios y reparos de sus Zoilos. Eso sería dar a entender que no eran insultos y despreciables, o que podrán imponer con ellos a racional alguno. No es nada de esto. Es demostración palmar, en el sentido de que es capaz la materia, de que todo cuanto se impugnó en el *Theatro* se impugnó porque hasta ahora no se ha entendido» (42). La admiración le hace bajar a la arena y transforma en combatiente al erudito solitario.

Pero la obra del Padre Sarmiento, quizá por este apartamiento y reclusión que le ajenaban a extrañas influencias, contribuyendo a mantener la entereza de la formación adquirida en la niñez pontevedrana, denota un afecto y apego a Galicia que en

Feijóo apenas deja somerísimas huellas. Naciera en Villafranca del Bierzo, como quiere López Peláez (43), o en Galicia, de seguir otras opiniones (44), es lo cierto que las cosas gallegas no se le caen de la boca, y que apenas hay obra en que no aluda a aquélla su verdadera patria espiritual. La lista de sus escritos referentes a Galicia es harto nutrida (45), y en todos no faltan memoranzas, a veces traídas por los pelos. El Montefurado, la fuente de Lozara o las figuras que labra el batir de las olas en las cercanías de Nuestra Señora de la Barca, por ejemplo, son muestras de la constante presencia de Galicia en su memoria; pero sobre todo en los escritos más íntimos, donde trata de cosas personales y el yo se destaca sobre el fondo confuso que tejen las erudiciones, cual *El porque sí y porque no*, las alusiones se truecan en casi permanente cantinela (46).

Mas lo curioso de Sarmiento es que aplica a Galicia las reglas de iluminación cultural que Feijóo extendía a toda España. No sale del ámbito patrio; pero en él se mueve con ideas de la época, en cuyo afanar futurista y gallego a un tiempo está la nota típica de este monje, siempre rústico, hasta en las calles de Madrid y hasta leyendo libros ultrapirenaicos.

A Sarmiento más que lo sucedido en otras eda-

des a la gente gallega, le preocupa la Galicia actual, la que él vivía. Revuelve papeles viejos; pero le resulta mucho más interesante dedicar sus afanes a la Historia Natural con vistas a fomentar la agricultura gallega (47); teniendo por corresponsales a su hermano Javier, residente en Pontevedra, y al prior de Juvia, recogió cuantas plantas y flores hubiese en Galicia para establecer la catalogación técnica correspondiente; viajó él mismo con igual intento, y fué tanto su interés por estas materias, que las noticias por su mano recogidas son aún hoy útiles para el que se ocupe de ellas. La industria no le preocupa menos; en carta a ese Javier pontevedrés, fechada a 20 de diciembre de 1748, detalla un plan completo para industrializar aquella región mediante la introducción de fábricas de jabón, fundiciones de hierro y acero, salinas, telares e incluso el cultivo apícola y la cría de moreras (48). Asimismo, débesele un acabado estudio acerca de las condiciones del comercio gallego (49). De donde se deduce cómo Sarmiento proyectaba el natural afecto para la patria a aquellas cosas que eran *leit motiv* del XVIII, una vez que comenzamos a mirar a la tierra, convencidos de que, como diría el Padre Isla de Alfonso el Sabio:

«... y mientras mide el movimiento al cielo,
cada paso un desbarro era en el suelo.»

He aquí, mezcla curiosa que sólo una época de transición e influjos contrapuestos podía dar a luz, a un fraile dedicado a dar consejos sobre agronomía y comercio y a procurar el florecimiento industrial y económico como motivo de sus preocupaciones patrióticas.

En otros terrenos también apunta su galleguismo, especialmente en el literario. Sarmiento es el primero en reclamar un diccionario de la lengua materna, en pedir se editen los cancioneros medievales y en quejarse de que no haya maestros para enseñar el gallego en las escuelas (50). En ámbitos más eruditos y menos prácticos sigue a Feijóo en sostener la prioridad temporal del gallego sobre el portugués y en ponerle en pie de igualdad con el castellano (51), e incluso abundan desahogos literarios en la lengua dulce y un poco incorrecta del «tío Marcos de Portela» (52).

Pero sobre todo predomina en su labor el sello de las palancas impulsoras. En lo agrícola como en lo comercial y desde la industria a la filología, las palabras de Sarmiento son la voz acuciadora que señala derroteros para el mejor porvenir y el subrayamiento de la personalidad regional.

Y tan vivo sentía el fuego de la adscripción a la «terriña», que de las pocas veces en que trueca su

pluma por el látigo de las injurias es cuando nota sea costumbre general confundir a la galleguía con la rudeza, como si no hubiera rudos y torpes más que entre los paisanos. «En Galicia —dirá lleno de ira— hay rudos, como los hay, y en el sentido que los hay, en las provincias que quisieran jactarse de discretas. Esotro de querer introducir la voz gallego por antonomasia de rudeza, digo, y diré mil veces, que sólo es propio del que es *rudo por antonomasia*» (53).

Es, sí, un escritor que contribuye a que la callada agua del Guadiana galaico asome a la superficie por las rendijas de la peña erudita y dieciochesca. No erraba el cura de Fruime al enorgullecerse de tenerle por paisano (54), porque, fuese debido a motivos de carácter o a razones de inconsciente sentimiento, Fray Martín Sarmiento es antorcha clara en la noche gallega de los tres siglos primeros de la Edad Moderna. Inconsciente, es posible, de que lo era; pero luciendo con el suave brillar, limpio y sereno, con que brillan, junto a las hogueras campesinas, las luces del cuarto del estudioso.

8.—Un gallego: Cernadas.

Lo que en Feijóo fué olvido y en Sarmiento afán erudito con timbres de orientación, en otro personaje del siglo XVIII, el cura de un lugarejo cercano a Santiago, Fruime, va a ser vena poética del mejor estilo y hontanar de gallegas purezas. Es el único escritor del noroeste peninsular en quien late la vena de lo popular, incluso amparándola en tonos eruditos; detrás del artificio de una prosa y de una lírica modeladas sobre troqueles de escuela y gabinete, se ve palpar el alma de un pueblo y la fe íntima que el trato campesino da. Por eso, muy por encima de los otros y aun sin el intento renovador del benedictino, es con mucho la primera figura gallega del siglo XVIII.

El cura de Fruime es el gran versificador gallego, el más alto desde la época de los trovadores, cinco siglos atrás. Su lira da ritmos captados en el idioma de los que le rodeaban, en el dulce y suave dialogar de la rústica parroquia, a veces medio idílica; le prestan giros los feligreses, y por eso, lejos de centros culturales unificadores, es su labor la gran muestra del vivificante regionalismo literario. No puede darse mayor antítesis que entre Feijóo y Cernadas:

el primero quiere fundir a toda España en un patrón universal, de corte afrancesado; el segundo pugna por salvar del naufragio uniformista el alma y las esencias de Galicia. Por eso decimos que Cernadas es el mayor gallego de su tiempo.

En lo literario, subrayo, porque la actividad de nuestro hombre no excede a estos linderos. Los siete tomos de sus obras abundan en composiciones en este idioma; tales son los números XXXIII, XXXIV, XXXV, XXXVII y XXXIX del tomo I (55); la décima que dedica al arzobispo Rajoy, en el II (56); las trece décimas que dirige a la marquesa de Camarasa, en el III, tan vibrante la primera, entre ellas, de patrio espíritu (57); etc., etc.

Mas no para aquí su actividad, sino que traba duras y burlonas polémicas en defensa de los suyos, frente a las maledicencias que ya motejaban Feijóo y Sarmiento, y según las cuales los gallegos pasaban por modelos de estulta descortesía. Tenía razón Florencio Vaamonde al decir fué un «paladín de Galicia» (58), porque nunca rehuyó bajar a la palestra en tales ocasiones, manejando con rara habilidad las armas punzantes de la sátira.

Conocidos son sus elogios para el que juzga primer reino de las Españas, Galicia:

«¿Qué reino en España habrá
que lleve ventaja al nuestro
en fe, lealtad y cultura,
nobleza, valor e ingenio?» (59).

Se crece contra los desprecios castellanos, devolviendo denuestos por denuestos:

«Dexaos de echar más fallos
contra al nación gallega,
y los que andáis en tal brega
entended que, aunque se humilla,
bien sabe lo que es Castilla
el que va de acá a la siega» (60).

En ocasiones se excita, bien replicando a una dama madrileña, llamada Ana (61), bien contra las burlas de los Lobo, Torres Villarroel, Góngora y Quevedo (62), bien contra el duro «soneto» en que describiera a Galicia cierto castellano allá empleado, pintándola como

«reino infeliz, país desventurado,
de España, muladar, rincón del mundo
entre tinieblas siempre sepultado,
áspero, rudo clima, temple airado,
infiel, bárbaro trato, sitio inmundo,
gente sin sociedad, campo infecundo:
en el nombre de Dios santo y eterno
con cuanta fuerza tiene el exorcismo,
te conjuro, y apremio, triste averno,
para que me declares por tí mismo,
si eres en realidad el propio infierno
o si eres retrato del abismo.»

Y al que contesta Cernadas ojo por ojo y diente por diente:

«Es hermosa mi huerta y fértil; pero
viene la oruga, cómela y la afea:
por bien abastecido que lo vea,
viene el ratón y estrágame el granero.
Muy poblada mi viña considero;
viene el marrano vil y la estropea:
gallinas y substancia hay en mi aldea;
viene y las rapa el zorro trapacero.
Oruga el asturiano en su codicia;
razón el castellano desdichado;
marrano el andaluz en su inmundicia;
y zorro el montañés disimulado:
éstos la comen, y hacen a Galicia
reino infeliz, país desventurado» (63).

No eran muy corteses las discusiones en aquellos años. Pero ¡felices los que no conocían otro motivo de discordia que la emulación en el mayor lustre de la monarquía federativa y misionera, lejos de las mezquindades posteriores!

Otros muchos versos tiene de áspera polémica, lindantes ya con la diatriba (64); que solamente una vez ceja en la contienda, tiñendo la tinta con lágrimas de amargura al ver que, no ya un castellano, sino un paisano se atreve a lanzarle a la cara como insulto el apelativo de «cura con resabios de gallego». Las consideraciones en prosa y verso que

tal hecho le sugiere son una de las páginas más emotivas de todos sus escritos (65).

No se le escapa tampoco el buen nombre de Galicia en el largo devenir histórico, especialmente los que contra ella manejaban, a manera de oprobio, el que fuese patria del hereje Prisciliano (66). Es con tal motivo cuando estampa aquellas nobles palabras sobre cómo deben sentirse más que los ultrajes a la propia persona los que se lanzan a la madre Galicia (67), y que debieran formar la corona de su gloria.

¿Qué importa, al lado de todo esto, el estilo amanerado de sus rimas? En último término, el gracejo compensa lo ramplón y prosaico, según ya notó doña Emilia Pardo Bazán (68). Porque por encima de todo el mérito supremo del cura del Fruime fué que trasladó a lo rebuscado el aire de lo popular, y supo encontrar en lo popular el camino por donde sentir el alma de Galicia. En un siglo en que todos renegaban del detalle, buscó en el detalle las secuelas de una realidad histórica; cuando nadie pensaba en la variedad hispánica, la variedad fué lema de su obra: cuando mentes más altas se doblaban ante la influencia extraña, se sintió tenazmente agarrado a su suelo gallego y español. Y es precisamente por este bogar contra la corriente dominante y le-

vantar su grito de protesta frente a lo extranjero abstracto y uniformista por lo que el humilde cura de una aldea santiaguesa merece el primer puesto entre todos los gallegos contemporáneos.

9.—La Galicia de los historiadores dieciochescos.

La idea de Galicia como cuerpo aparte dentro de la monarquía española, implícitamente viva en algunos de los autores reseñados, y sin duda todavía más en la conciencia popular, es patente entre los historiadores de la época. La consciencia de lo aparte se despierta más en el estudio de la historia que en cualquiera de los otros campos de la vida, porque los pueblos se diferencian en virtud de sus tradiciones y las tradiciones se analizan en narraciones históricas.

Ejemplo notorio es la barroca *Historia general del reino de Galicia*, por el jesuita Pascasio de Seguíñ. Como resumen de sus estudios, muchos de ellos fantásticos, el padre alcanza a ver en Galicia una de las naciones españolas (69), recogiendo el sentido de lo gallego como parte distinta dentro de lo hispánico, que es tema de la tradición nuestra.

El orgullo de la distinción se manifiesta en la pureza de la fe, motivo el de mayor mérito para un hijo^o de San Ignacio. Orgullosamente reclama para Galicia el título de primogénita del cristianismo en España, amén de la prioridad en juntar concilios, de apuntar que allá iban a buscar obispos desde las demás tierras españolas, y otros datos de este orden. Llevando su altivez a levantarla, no ya sólo frente al resto de España, sino cotejándola con todos los demás pueblos del universo en este terreno de la primacía católica. «¿Para qué nos cansamos —escribe ingenuamente— en hacer comparación de Galicia con sólo España, pudiendo hacerla a un mismo tiempo con España y con todas las naciones que en el mundo comprendían la vasta gentilidad, y con todo el orbe en muchas cosas?» (70).

Estas eran, aparte lo religioso, la riqueza, la nobleza y la cultura. Las conclusiones del Padre Seguí son un puro elogio, y, de creer a su exaltado patriotismo, fuera la Galicia del siglo XVIII no ya la región atrasada y grosera que estimaban los satíricos contemporáneos, sino el mismo paraíso terrenal acá en la tierra. Pero al trasluz de sus apreciaciones exageradas nos es dado deducir su creencia en la tesis nuestra de Galicia.

Los comienzos del siglo XIX se abren con una

apreciación análoga, por parte del secretario del Consulado de La Coruña, José Lucas Labrada, para quien Galicia es parte de España, un reino, el más occidental de todos los españoles (71).

Así, en los albores del renacer romántico, por encima de las tendencias extranjerizantes y afrancesadas hacia un uniformismo desolador, seguía en pie la idea de Galicia, reino de las Españas.

(1) Publicadas por Juan Joseph López de Sedano, en el tomo VI, páginas 2-190, de su *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos*. Madrid, Sancha, 1772.

(2) Número de 11 de mayo de 1842, págs. 140-142.

(3) En el prólogo, página XXI, a la edición de la *Castro* de Antonio Ferreira, en Coimbra, França Amado, 1915.

(4) Manuel Murguía: *Antología gallega. Colección de escritos escogidos en prosa y verso de los mejores autores gallegos*. Vigo, Campañal, 1862, págs. 36-39.

(5) L. Saralegui y Medina: *Galicia y sus poetas. Poesías escogidas de autores gallegos*. Ferrol, Pita, 1886, pág. 5.

(6) Fr. G. Bermúdez: *Nise laureada*, 157.

(7) Fr. G. Bermúdez: *Nise laureada*, 159.

(8) Fr. G. Bermúdez: *Nise laureada*, 175.

(9) Fr. G. Bermúdez: *Nise laureada*, 183.

(10) Adolfo de Castro: Prólogo al tomo XLII de la Bib. de Rivadeneyra.

(11) *Poesías* en la Bib. de Rivadeneyra, pág. 663.

(12) *Neapolísea. Poema heroyco, y panegirico; al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*. Granada, por Baltasar Bolívar y Francisco Sánchez, 1651. 138 folios. Ocho libros en octavas reales cantando las proezas del Gran Capitán durante la conquista del reino de Nápoles.

(13) Lo traen Eugenio Carré en la página 164 de su *Literatura gallega* y Benito Vicetto, *Historia*, VII, 44.

(14) Editada por Manuel Murguía en las páginas 98-102 de su *Antología* citada.

(15) Reseñada en el cap. I, nota 18.

(16) *Motivos del autor*, en primeras páginas sin numerar.

De Fr. Felipe es también una carta «a su primo don Pedro», impresa por Murguía en las páginas 81-82 de su *Antología*.

(17) Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos: *Historia del buho o historia del diputado gallego con las demás provincias de España*. En M. Murguía, *Antología*, 70-78.

(18) P. Fernández de Castro: Op. cit., 71.

(19) M. Murguía: *Antología*, 80.

(20) Fechada en Monforte a 9 de agosto de 1621. En M. Murguía, *Antología*, 78-80.

(21) G. Delpy: *L'Espagne et l'esprit européen. L'oeuvre de Feijóo* (1725-1760). París, Hachette, 1936, pág. 227.

(22) «Había nacido para la lucha y a la lucha consagra su existencia», dice don Marcelo Macías y García en la página 16 de su *Elogio del sabio benedictino Fr. Benito Jerónimo Feijóo, pronunciado en la solemne función religiosa celebrada en la S. I. Catedral de Orense el 9 de septiembre de 1887, con motivo de la inauguración del monumento erigido a su memoria*. La Coruña, Andrés Martínez, 1887.

(23) Marcelino Menéndez y Pelayo: *Historia de las ideas estéticas en España*. 2.^a edición. Madrid, 1904, página 393.

(24) Francisco de Paula Canalejas: *Del estado actual de la filosofía en las naciones latinas*. En *Estudios críticos de filosofía, política y literatura*. Madrid, Bailly Bailliére, 1872, dice que «en Feijóo comienza el renacimiento del espíritu español» (pág. 45).

(25) Así opina Antolín López Peláez en la página 72 de su libro *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*. La Coruña. Andrés Martínez, 1901.

(26) Vide los juicios magistrales del Maestro en *Heterodoxos*, VI, Suárez, 1930, pág. 80.

(27) Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro: *Cartas eru-*

ditas y curiosas, en que, por la mayor parte, se continúa el desig-
 nio del *Theatro Crítico universal*, impugnando o reduciendo a
 dudosas varias opiniones comunes. Madrid, Gabriel Ramírez, 1765.
 Cita al tomo II, pág. 2. Carta primera.

(28) G. Delpy: Op. cit., 301.

(29) *Three essays or discourses on the following subjects. A
 defence or vindication of the women, Church music, A compa-
 rison between ancient and modern music, translated from the
 Spanish of Feijóo by a Gentleman.* London, Becket, 1778, 187
 páginas.

Al final anuncia estar recién publicado otro volumen con los
 cuatro ensayos: «Voz del pueblo», «Virtud y vicio», «Próspera
 y adversa fortuna» y «La política más fina».

(30) D. Diego Antonio de Cernadas y Castro, cura de Fruime:
Obras en prosa y verso. Madrid, Ibarra. Siete tomos. Cita al to-
 mo I, 1783, pág. 281.

En la página 213 había ya declarado que:

«Feijóo es gallego
 y no admite a su lado
 sino un Sarmiento»,

lleno de orgullo regional.

Igualmente, en las páginas 1-6 del tomo V, 1780, recoge una
*Funeral ofrenda, con que a las solemnes exequias que el muy
 insigne, antiguo y venerable colegio benedictino de S. Vicente
 de Oviedo hizo al muy ilustre señor don fray Benito Gerónimo
 Feijóo... Dedicado a su muy noble, muy respetable y muy amada
 madre la nación gallega.*

(31) Páginas 33-37.

(32) Antolín Faraldo: *Feijóo. Su espíritu filosófico e influjo
 en la civilización española.* En *El recreo compostelano* de 11 de
 mayo de 1842, pág. 138.

(33) Francisco Añón: *Poesías.* La Coruña, Andrés Martínez,
 1889, págs. 121-122.

(34) V. Lamas Carvajal: Op. cit., trae tres composiciones en
 ese sentido: *O nacemento de Feixóo*, (pág. 43-44), *A Galicia*

n'o segundo centenario d'o nacemento d'o sabio Feixóo (páginas 109-112) y En Casdemiro. A Feixóo (pág. 183).

(35) Fr. B. J. Feijóo: *Teatro crítico universal*. Tomo I, Madrid, Ibarra, 1773, pág. 221. En «Paralelo de las lenguas castellana y francesa. Discurso XV».

(36) *Teatro crítico*, I, 324-325.

(37) *Cartas eruditas*, V, 407. Carta XXIII.

(38) Concepción Arenal: *Juicio crítico de las obras de Feijóo*. En *Revista de España*, 1877, tomos LV, LVI y LVII.

(39) Antonio Marqués y Espejo: *Diccionario feyjoniano, ó compendio metódico de varios conocimientos críticos, eruditos y curiosos, utilísimos al pueblo*. Madrid, imprenta de la calle de Capellanes, 1802. Dos tomos. Cita a I, 257-258.

(40) Fr. Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro: *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro Crítico, donde se notan más de quatrocientos descuidos al autor del Anti-Theatro; y de los setenta que éste imputa al Teatro Crítico, se rebajan los sesenta y nueve y medio*. Madrid, Miguel Escribano, 1774.

Cita al «Mapa intelectual. Discurso XXXI», páginas 186-190.

(41) Emilio Álvarez Giménez: *Biografía del R. P. Fray Martín Sarmiento y noticias de sus obras impresas y manuscritas, con indicación de los archivos y bibliotecas en donde se hallan*. Obra premiada en los juegos florales de Pontevedra de agosto de 1884. Pontevedra, José Millán, 1884.

El «Índice de todas las obras inéditas e impresas del Padre M. Fray Martín Sarmiento, sacado de la colección mandada hacer por el duque de Medina-Sidonia a su secretario D. Santiago Sáenz», en páginas 27-40.

(42) Fr. Martín Sarmiento: *Demonstración crítico-apologética de el Theatro Crítico Universal que dió a luz el R. P. M. Fr. Benito Gerónimo Feijóo*. Cuarta edición. Madrid, Domingo Fernández de Arrojo, 1757. Dos tomos.

Cita al I, primeras páginas sin numerar.

(43) Antolín López Peláez: *El gran gallego (Fr. Martín Sarmiento)*. La Coruña, Andrés Martínez, 1895, págs. 15-56.

(44) E. Álvarez Giménez: *Op. cit.*, págs. 10-17 y 45-47, re-

coge argumentos sacados de escritos del Padre Sarmiento en que a sí mismo se tiene por gallego.

(45) Fr. Martín Sarmiento: *Demonstración*, II, 339-340. En «Milagros supuestos. Discurso. XXXVII».

(46) P. Martín Sarmiento: *El porque sí y porque no del... Satisfacción crítico-apologética de su conducta*. En el *Semanario erudito* de Valladares, tomo VI, Madrid, Blas Román, 1787, páginas III-188.

(47) A. López Peláez: *El gran gallego*, 207-209.

(48) A. López Peláez: *El gran gallego*, 212.

(49) A. López Peláez: *El gran gallego*, 213-215.

(50) A. López Peláez: *El gran gallego*, 231-237.

(51) Fr. Martín Sarmiento: *Demonstración*, I, 189-190.

(52) Trae versos suyos en gallego A. López Peláez: *El gran gallego*, 241-244.

(53) *Defensa de las aprobaciones de la Ilustración apologética*, en *Demonstración*, I, 149.

Todo el párrafo quinto «Falsedades contra Galicia», págs. 467-481, es una defensa de ésta.

(54) D. A. Cernadas y Castro: *Motes y poesías para el título del Rmo. D. Martín Sarmiento*. En *Obras*, V. 390-297.

(55) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 315-316, 322-323 y 331.

(56) D. A. Cernadas: *Obras*, II (1778), 42.

(57) D. A. Cernadas: *Obras*, III (1779), 314-318.

(58) Florencio Vaamonde: *Resumen de historia de Galicia*, 62.

(59) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 281.

(60) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 186.

(61) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 148-149.

(62) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 287-290.

(63) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 147.

(64) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 166-170, 171-180 y 215.

(65) D. A. Cernadas: *Trinca tridente*, contra D. Antonio Riobóo y Seixas, en *Obras* IV (1789), 160-267.

(66) D. A. Cernadas: *Vindicias históricas por el honor de Galicia*. En *Obras*, I, 46.

(67) D. A. Cernadas: *Obras*, I, 45-46: «Cuando el amor de

la patria sale a la palestra apadrinado de la verdad, y conducido de la razón, libre ya de la nota de apasionado y pendenciero. Sufrir con silencio los ultrajes de la propia persona, ya cabe en la perfección de una paciencia cristiana; pero callar a la vista de los ajamientos de una madre honrada, cuando la ajan en su pureza, prohibiéndole abortos de infamia, más sería insensatez indigna, que loable tolerancia».

(68) Emilia Pardo Bazán: *La poesía regional gallega*. Discurso presidencial leído en la velada que para honrar la memoria de Rosalía de Castro ha celebrado el Liceo de Artesanos de la Coruña el día 2 de septiembre de 1885. En *De mi tierra*, Madrid, s. a., pág. 24.

(69) Padre Pascasio de Seguí, S. I.: *Historia general del reino de Galicia. Idea de las grandezas, excelencias e historia eterna de dicho reino. Publicada y dedicada al rey don Fernando el sexto*, por D. Domingo López de Carbajal, e impresa en la ciudad de Méjico en el año de 1750. Corregida y aumentada hasta 1843 por D. Bernardo Antonio Lluch y D. Santiago Aenlle, naturales de aquel mismo reino. Habana, imprenta del Faro Industrial, 1847. Dos tomos. Cita al I, 129, entre otros muchos lugares.

(70) P. Pascasio de Seguí: Op. cit., I, 152.

(71) José Lucas Labrada: *Descripción económica del reyno de Galicia*. Ferrol, Lorenzo José Riesgo Montero, 1804, págs. 9-10.

CAPITULO IV

EL DESPERTAR ROMANTICO

1. *El romanticismo en Galicia*
2. *El valor de la historia en N-P. Díaz*
3. *Su desconocimiento de Galicia*
4. *Exitos y Fracazos de Antolín Faraldo*
5. *Faraldo y los sucesos de 1846*
6. *Benito Vicetto*
7. *El ballazgo del "folklore" gallego*
8. *Manuel Freire Castrillón*
9. *Rosalía de Castro*
10. *Castilla y Galicia en Rosalía*

1. — El romanticismo en Galicia.

Si la agitación espiritual de comienzos del siglo XIX repercute en todos los pueblos europeos, especialmente había de conmover la dormida conciencia de esta gente celta, apta como ninguna para recoger en su seno y transformar en pródigas cosechas las románticas semillas. Un historiador de la época diputa a la tierra gallega por tan romántica como Suiza y como Escocia, amén de plagada de viejos recuerdos irlandeses de céltico sabor (1); y en verdad que si lo celta y lo romántico atesoran notorios parecidos (2) pocas ocasiones para aquella ola de literatura ilusionada como esta circunstancia gallega.

Por lo demás, en tales años era casi total el abandono de la lengua gallega como forma de expresión o instrumento de cultura. Algunas veces se encuentran raros textos; pero siempre romances o coplillas de tono menor, cuales la letrilla gallega a las bodas de Fernando VII en 1828, publicada por Armando Cotarelo (3), o aquella otra dedicada a Isabel II en 1843, al ser declarada la mayoría de

edad (4). Tanta era la decadencia, que los mismos promotores del empujón romántico, un Nicomedes Partor Díaz o un Antolín Faraldo, escriben casi exclusivamente en castellano, y ha de esperarse a Rosalía de Castro para recoger los frutos de la vibración romántica en el terreno de la literatura específicamente regional.

Los frutos del romanticismo fueron tres hallazgos que constituyen el punto de partida para la restauración espiritual de Galicia: primero, la determinación de lo histórico como regla social, al estilo en que lo hace Nicomedes Pastor Díaz; segundo, el redescubrimiento de la personalidad de Galicia en un sentido tradicional, avance que se liga a los nombres de Antolín Faraldo y Benito Vicetto, y tercero, hallazgo del «folklore» gallego, anticipo de Freire Castrillón que lozanamente madura Rosalía de Castro.

Las estelas que el romanticismo gallego deja tras de sí son dos: el reencuentro con la intimidad del paisaje, por lejanías en Añón, por separación en Lamas Carvajal y por salto atrás en la intimidad espiritual en Pondal; y la fábrica madura de la Galicia histórica y tradicional en la serie que culmina con la obra de Ramón Otero Pedrayo.

Veamos estos aspectos separadamente.

2.—El valor de la historia en N. P. Díaz.

Nicomedes Pastor Díaz simboliza lo más llamativo del romanticismo gallego; su nombre se enlaza con lo más granado de aquel movimiento en toda España (5). Pero lo que de él nos interesa no está en su obra literaria propiamente dicha, sino en cómo puntualiza el sentido de la Historia.

Díaz opone historia y razón, siglo XIX a siglo XVIII, romanticismo a clasicismo afrancesado, variedad a monotonía. La Historia es atributo de la especie humana, equivalente a la razón del individuo. La Humanidad es un ser histórico, tal cual el hombre es un ser racional. Las especies no humanas carecen de historia, porque ésta implica avance, el avance es mejora progresiva, y sólo el hombre puede progresar.

La legitimidad de las instituciones se toma de la Historia, no a la manera hegeliana, que Pastor Díaz desecha declarándola expresamente incompatible para las mentes nuestras (6), sino en cuanto son resultado de la conjunción de las fuerzas sociales y la sociedad es sujeto de la Historia (7). Su romanticismo no es, por tanto, el antihistórico grito roussonia-

no de rebelión que un día lanzó en el *Contrat social* aquel que nuestro autor califica de «el sofista de Ginebra» (8), sino el decir propio de los hombres de la verdadera generación romántica; habla no como Rousseau, antes cual un Müller, un Savigny o un Novalis. La oportunísima distinción que uno de los grandes pensadores del idealismo alemán, Schelling, establece entre el acontecer y el suceder histórico (9), pudiera aplicarse aquí para señalar la disparidad entre Rousseau y Pastor Díaz; lo que acaece en el tiempo es al primero errada sucesión de hechos, sin conexión inteligente; para el de Vivero trama coordinada de sólido engarce mutuo.

Esta puntualización del valor verdadero de lo histórico es rica en consecuencias. De las enseñanzas del pasado deduce, por ejemplo, la sinrazón de una nación italiana desde los Alpes a Sicilia, y el papel supranacional, cultural y espiritualmente universal que la península vecina jugó siempre a la sombra del Pontificado (10); pueblo nacido para ser cabeza y que no puede ser un cuerpo entero (11).

De la misma fuente, concluye, débese a la religión la conservación en Europa de los principios del poder y de la obediencia, así como la sabia estructura social que va de los reyes a los padres de familia (12); por donde va a levantar la voz de aler-

ta contra todos los utilitarismos, benthamistas o socialistas; señalando a la religión para fuente del sentimiento moral, que ha de ser regla salvadora de las sociedades modernas, procurando la armonía entre la propiedad y el trabajo, entre el capital y la ganancia, entre la producción y el consumo, entre la pobreza y la opulencia, entre todas las antinomias, en fin, que trajo consigo la gran mutación del año 1789 (13).

3.—Su desconocimiento de Galicia.

Este acierto de Díaz choca con su equivocación en vislumbrar lo español y, por ende, lo gallego. Fuera por errada enemiga a la causa carlista (14) o por otros motivos cualesquiera, al escapársele la visión de la España tradicional perdió de vista la esencia de Galicia.

La Tradición enseña variedad en la unidad, Galicia parte autónoma dentro de España. Nicomedes Pastor Díaz, olvidando la tesis carlista de los fueros, o quizá por aversión hacia ella, no supo sacar de la historia —aunque ésta hablaba paladinamente— la concepción de una Galicia aparte y unida. Infel a la marcha lógica que le llevó a las conclu-

siones que aplaudimos en el número anterior, la senda de una posición política le arrastró a la infidelidad hacia su pueblo. Y no se diga que en esta posición intervinieron amargas politiquiles, como la elección en que Vivero le negó sufragios para representante en Cortes; porque el mal era mucho más hondo y entrañaba la ruptura con todo el viejo sentido español de la existencia y de las cosas.

Veamos cómo tiene lugar el torcimiento que acabamos de apuntar. Primer momento: negación de lo tradicional. «Lejos de nosotros el retrógrado pensamiento de perpetuar los antagonismos interiores de los que aún se llaman *estos reinos*» (15). Segundo momento, consecuencia forzosa: defensa del centralismo liberal uniformista. «De la centralización hemos sido partidarios toda nuestra vida; en favor de su realización hemos empleado todas nuestras fuerzas: hemos contado su conquista entre los beneficios del sistema representativo» (16). Ya se ahogó, en el revuelto río de las ideologías revolucionarias, la esencia de Galicia; el romanticismo de Pastor Díaz no llegará siquiera a las conquistas iluminadas y casi intuitivas de Antolín Faraldo, porque se va a quedar en el menos arriesgado terreno de la literatura.

Pero, en el campo literario, ¿fué gallego o fué

romántico? Por gallego le han diputado Otero Pedrayo (17), Eladio Rodríguez González (18), Emilia Pardo Bazán (19), Eugenio Carré (20), hasta su último biógrafo Leal Insúa (21); el propio Menéndez y Pelayo le juzgaba, mejor que gallego, celta (22). Una cosa u otra, lo cierto es que todo su galleguismo se agotó en las producciones literarias, y que lo que tal vez alcanzó en poesía le fué negado en la meditación filosófica sobre la raíz de su pueblo, porque la ideología revolucionaria es por naturaleza abstracta y enemiga de las particularidades que la historia cría.

4.—Éxitos y fracasos de Antolín Faraldo.

Si la mente ordenada de Pastor Díaz se detuvo en una restauración de la importancia de lo histórico, es a Antolín Faraldo, el soñador de las rúas compostelanas, a quien compete el mérito de redescubrir la personalidad de Galicia, desconocida para tantos escritores contemporáneos.

Es el primero entre los románticos en expresar con recio vigor la tesis de una Galicia aparte, ente delimitado dentro del marco total de las Españas.

En el estilo hinchado y artificialmente pomposo que el tiempo exigía para unos escritos, mitad arenga y mitad declamación, Faraldo dice textualmente: «El que elevándose en alas del pensamiento a los siglos, mide el espacio que ha corrido este pueblo, donde el sol se duerme blandamente en los brazos del Océano como cantaba la lira del Tíber, radiante de gozo contempla un pasado heroico, rodeado de combates y de batallas, engrandecido con arranques de patriotismo y de virtud; un pasado de cultura y nacionalidad, en que las grandes palabras de patria e independencia se asociaban al nombre gallego» (23).

Patria e independencia dentro de las Españas. Antolín Faraldo jamás apuró sus tesis hasta el extremo de derivar en un torcido separatismo; está en las líneas de la verdad política, reclamando una justa variedad ligada a la de los demás pueblos hermanos. Niega la uniformidad, jamás la unidad española, que expresamente canta y ratifica. Si quiere hacer una historia gallega es para salvar al nombre patrio de calumnias injuriosas (24), pero una historia «enlazada con la de España, de la cual no podríamos separarla» (25).

Tradicional en el intento, no lo es en los medios que propugna para el logro. Hijo de su siglo, llega a

la Tradición en brazos del romántico goce de la historia, de la observación desmedida del pasado y de la ensoñación ideal que busca actualizarlo al socaire de una revolucionaria libertad. Libertad, no libertades; lo tradicional quiebra en Faraldo sacrificado en provecho del romanticismo de su tiempo.

Ama la personalidad de Galicia por sentirse hijo del siglo XIX y, por ende, opuesto a la uniformidad del XVIII (26), no por incitaciones directas y positivas de lo viejo. De ahí el canto que entona a la libertad por conquista moderna, desconocida para los antiguos (27), que le hace concluir propugnando una Galicia basada en la libertad revolucionaria y no en las libertades tradicionales, la que prevé ha de ser implantada algún día por una juventud capaz de romper «la cadena de la tradición» (28). La Galicia que Faraldo sueña es hija del romanticismo, no restauración de la Tradición gallega, por más que llegara a atisbarla desde lo hondo de sus abismos ideológicos.

Por eso los medios responden a este enfoque moderno y décimonónico, utilitarista y «práctico». Viendo que la causa principal de la decadencia de Galicia está en la dispersión rural de los dos millones de habitantes que hace un siglo la poblaban, pues el mayor núcleo urbano, La Coruña, apenas pasaba

de los veintinueve mil, reclama un gran centro al estilo de Barcelona o de Lisboa, que sea apto para coordinar la vida gallega entera (29). De ahí también que busque el porvenir por los caminos de la economía (30), con algunas notas —que personalmente quisiera añadir de propia cosecha— de florecimiento cultural (31).

5.—Faraldo y los sucesos de 1846.

A la obra de Antolín Faraldo se ha querido dar por añadido el movimiento revolucionario de 1846, que algunos historiadores intentan presentar a la manera de liberador de un pueblo oprimido (32). Nada más falso, sin embargo. La serie de contiendas iniciada en la plaza mayor de Lugo y concluidas en Cacheiras son un episodio más de la subversión político-militar que caracterizó al reinado de Isabel II. No es lícito elevar a acción separatista uno de tantos pronunciamientos. Los que murieron en Carral se levantaron en nombre de la Libertad abstracta, sin enarbolar para nada la bandera de una libertad específicamente gallega. Es una «revuelta», como gráficamente la juzgó Florencio Vaamon-

de (33), sin mayor transcendencia que otras muchas que por aquellos años ensangrentaban los campos ibéricos. No podía ser ni aun galleguista una sublevación cuyo jefe, el coronel Solís, era natural y procedente de San Fernando, en las risueñas y soleadas tierras gaditanas (34); y así se la juzgó, pues el aprecio o menosprecio de los hombres que allá tomaran parte va ligado a las mutaciones de los partidos: elevados al heroísmo por los progresistas en la ley de 12 de diciembre de 1855, que les declara «beneméritos de la patria» y ordena arbitrar un crédito de ciento veinte mil reales destinados a la erección de un monumento, amén de crear la «cruz del valor y de la constancia» en mérito de aquel suceso y otorgar la laureada de San Fernando a los veinticinco nacionales que lucharon en Cacheiras (35); supresión de esa ley por Real orden de 27 de enero de 1856 (36) y vuelta a reimplantarla por la de 21 de mayo de 1869, que instituyó en cada una de las cuatro capitales juntas otorgantes de recompensas (37). De donde se deduce que la naturaleza de aquella sedición no fué en modo alguno de matiz escisionista, sino un momento más de las contiendas armadas que los españoles consagramos en el vocabulario internacional bajo el nombre de pronunciamientos.

Con Faraldo pasó igual. A partir de 1846, abandonó Galicia y, transcurridos ya los años de juveniles ardores románticos, no volvió por los patrios lares, uncido al encanto meridional y alegre de Sevilla; más todavía, por decirlo en frase prestada de la poco sospechosa pluma de Murguía, «se puso al servicio de otras gentes y de otros pensamientos» (38). Señal, apuntamos nosotros, de que las páginas de *El recreo compostelano* recogen sólo una pasión romántica propia de la paciente e irreflexiva juventud. Hecho que en nada obsta a la gloria que indiscutiblemente le corresponde por redescubridor de la personalidad histórica de Galicia.

6.—Benito Vicetto.

A la vera de Faraldo, y con precisión aun mayor, Benito Vicetto, afanado en los estudios históricos, perfila el sentido de esa misma personalidad histórica. Caso curioso, además, este de Vicetto, porque nos brinda una perfecta interpretación tradicional de lo gallego, él, representante indiscutible del romanticismo en el noroeste peninsular, polemista acusado de ingenuas herejías y carácter desmelenado y rebelde como pocos.

Difícil hallar palabras tan medidas y cabales como aquellas en que puntualiza la consideración romántica de la historia y el equilibrio adecuado entre Tradición y progreso, amén de sacar las discretas consecuencias pertinentes al caso particular de Galicia. Vicetto proclama, antes que nadie y con limpieza conceptual insuperable, la necesidad de guardar las tradiciones patrias, porque la civilización no consiste en destruir, sino en perfeccionar lo antiguo; se desprende la fórmula de «procurar reunir la variedad en la unidad; *ser españoles* —subraya él mismo— *sin dejar de ser gallegos*» (39). No hay palabras que expresen con igual pureza la recta apreciación de Galicia, desde el punto de vista tradicional; y si hay algo de que admirarse a lo largo del presente estudio es de que semejantes juicios fueran estampados por la pluma de Benito Vicetto.

Deduce las consecuencias en los terrenos en que podían interesar a un literato y a un historiador: en el de la lengua y los usos regionales. Admirando «la preciosa lengua española», que tan excelentemente cultivara en la prensa y en el libro, y proclamando su condición de idioma oficial común, reclama con simpático tesón el cultivo del gallego en la Universidad de Santiago y en los Institutos de Segunda Enseñanza, al menos con una conferencia semanal:

y en función de aquel apasionamiento por los resultados del quehacer popular que caracterizó al romanticismo, la cuidadosa conservación de las costumbres viejas en que cristalizaran las aportaciones de los gallegos en otros tiempos (40).

Tal es el caso curioso de Benito Vicetto, tanto más inesperado para quien conozca los detalles de su biografía. Mas la verdad es que, romántico, rebelde y exaltado, llegó a darnos, como hasta entonces nadie supo hacerlo, la definición tradicional de la admirable y amada gente de Galicia.

7.—El hallazgo del «folklore» gallego.

Las secuelas que apura Benito Vicetto enlazan los descubrimientos de Faraldo, en funciones de intérprete de la historia, con la mayor de las conclusiones en que acaba el romanticismo: el logro de la intelección sentimental de lo gallego en el aprecio del costumbrismo menudo, de los detalles típicos y vulgares, de toda la complicada gama de pequeñas sutilezas consuetudinarias que son aureola y salsa de las características de un pueblo.

Benito Vicetto exigía en líneas generales, de va-

lor programático amplísimo, ir a las entrañas del alma popular, buscar en lo más profundo de ellas las esencias íntimas; pero son otras dos figuras las que forman un arco tendido temporalmente sobre pilares de fechas anteriores y posteriores a su exigencia, las que realizan la empresa reclamada: Manuel Freire Castrillón y Rosalía de Castro.

5.—Manuel Freire Castrillón.

La primera figura, anterior a la baraunda romántica española, es D. Manuel Freire Castrillón, cuyo escrito en romance gallego *El nuevo corsario de las Candelas. La Piligrina*, se imprimió en Santiago por Ignacio Aguayo en dos partes; la primera hacia 1787 y la segunda por octubre de 1803 (41).

Nada hay en estas curiosas piezas de alusiones a doctrinas políticas o de acto de fe en las peculiaridades patrias; y en este sentido no tendría objeto ocuparse de ellas en obras de la condición de la presente. Pero rezuman sus letras un galleguismo hondo, que bien vale por el que abiertamente no se proclama; abundan en joyas de expresiones felices, las orea un aire tan popular y típico, que son todo lo contrario de la frialdad clásica de las rimas del cura

de Fruime, pongamos por ejemplo de escritor de aquel siglo. Hay allí un mucho, llevado al campo literario, de aquel *Volkgeist* que las escuelas románticas escribieron en sus pendones de combate intelectual, servido por una precisión lingüística, tan llana y ligera que solamente podrá compararse con los trenos suaves y blandos de Rosalía. Júzguese por el siguiente ejemplo:

«No quiero que a los Praceres
vengan como los Navarros,
cantando las oraciones
descubiertos y ojos bajos.
Mostre el tamboril y gaita,
chifano y aturugos altos,
lo pracer, humor y broma,
y rebuldo hastra cansancio» (42).

O este otro, todavía más expresivo:

«¡Oh! ¡Qué gusto será ver
dos largas hilas de bancos
con rosquillas y muñuelos,
pasteles y empapelados!» (43).

Detalle popular, alma pintoresca de su pueblo. Presentimientos de una nueva edad romántica, que ya venía pisándole los talones en los caminos de andadura del alma gallega. Por eso, por prerrománti-

co y precedente de Rosalía, Freire Castrillón bien merece el título de precursor.

9.—Rosalía de Castro.

Rosalía de Castro, cronológicamente posterior al momento cenital del romanticismo, es, sin embargo, el mejor y más sazonado de los frutos que éste produjo en Galicia. Era aquella una tendencia que implicaba la supremacía del sentimiento sobre el discurso, de la observación histórica plasmada en las menudencias populares que elaboraron los siglos idos sobre los fríos arquetipos que divinizó la razón iluminista y dieciochesca. Y precisamente el mérito genial de Rosalía estuvo en ver la poesía callada de esas cosas cotidianas y vulgares, en olvidar las grandes elevaciones líricas para poner su bien templada lira al servicio de esa inmensa poesía de las pequeñeces.

En los versos que dejó vibra toda la historia de Galicia, sin ser versos narrativos ni buscar la pintura de cuadros de colorido ancestral; porque lo hace sin decirlo, sin que nos demos cuenta estruja como un limón el precipitado de los tiempos idos para brindarnos el jugo sabroso de los resultados popula-

res. No busquéis en ellos grandes héroes, geniales hazañas o luminosas elucubraciones; no es esa la historia de Galicia en que Rosalía cree, sino en la obra callada de las gentes anónimas, en el afanoso y mudo trajinar de una vida sin alharacas, en la verdad silenciosa cuyo autor es un héroe anónimo y múltiple: el pueblo. El espíritu del pueblo creó para los románticos un derecho, una literatura o un arte propios de cada parcela de la especie humana; y Rosalía es el gran taumaturgo que nos descubre lo que en detalles nimios, pero expresivos, forjó la faena secular de la gente gallega. Por eso es romántica: porque en la coyuntura de la evolución literaria, más que creadora fué inventora, halladora de la raíz esencial de los suyos (44).

Y esta es también la causa de la popularidad extraordinaria que alcanzaron los versos de Rosalía; porque al leerlos no se asiste a una pasión individual, a un proceso ajeno y separado, sino a las palpitaciones mismas del corazón de Galicia; y el labriego, y el campesino, y el pescador, y el estudiante santiagués ven en aquellas rimas ingravidas y parleras un espejo en que leer las propias preocupaciones y las personales alegrías. «Pobre aldeana gallega» la llamó Unamuno con frase exactísima (45), pues lo que nos dice no son problemas ni

temas personales, sino que dimanar de la esencia de Galicia.

Unánimemente se ha reconocido así. Presentando el primero de sus libros decía el cronista de la revista *Galicia* que «preciso le fué, sin duda, a la autora haber sentido mucho y llorado mucho más para desentrañar de los misterios del corazón de las tradiciones del sufrido pueblo rural gallego destellos tan puros de dolor y de esperanza» (46). «Sus versos no son rudos —escribe certeramente años después Prudencio Canitrot—, como no lo es Galicia; son dulces, armoniosos, sentidos; en ellos palpita la razón, el dócil sentimiento que la personifica» (47). Desde el otro lado del Atlántico sus paisanos repetirán a la letra que Rosalía de Castro debe ser disputada por «personificadora de los sentimientos y aspiraciones de Galicia» (48). Y Emilio Castelar, una de las más vituperadas y sólidas cabezas de nuestro siglo XIX, condensará estas apreciaciones al aseverar que «los dolores de Galicia hablan por boca de Rosalía» (49).

Por eso Saralegui y Medina la presenta como creadora de la poesía popular gallega (50); porque nadie hasta ella se transformó en lírico canal por donde viniera hasta nosotros la callada poesía de una serie infinita de detalles, ensueños, quimeras, fan-

tasías, visiones, usos y facetas populares. Rosalía de Castro, efectivamente, no es una poetisa vestida de aldeana, sino una aldeana que hace versos a su manera rural y simplicísima.

Pues ¡cuántos encantos tenía Galicia para ella! A la fina sensibilidad romántica sumaba la propia de su carne de mujer para ver en aquella tierra la más hermosa del mundo (51), para emborracharse en la alada caricia de sus aires (52) o para dolerse en las ausencias.

Esta apreciación del «chan» gallego trae dos consecuencias diversas. La primera, un sentirse cerca de la Naturaleza, tal como gozaba proximidades la raza de que era un eco Rosalía. La segunda, un odio concentrado, todo el odio de que son capaces las almas débiles de las mujeres ofendidas, contra la seca y dura mano de un paisaje que atenazaba sin asomos de abandono.

¡Cómo siente el paisaje gallego Rosalía! Cuando nos lo describe:

«Grilos e ralos, rans albariñas,
sapos e bichos de todas crás,
mentras ô lonxe cantan os carros,
¡qué serenatas tan amorosas
n-os nosos campos sempre nos dan!»

se adivina el grito amargo de quien muere de ausencias :

«Tan sô acordarme d'elas
non sei o que me fai:
nin sei se é ben,
nin sei se é mal» (53).

Dolor y amargura, de tintes ossiánicos —entendiendo por tales los propios del alma celta y dejando a un lado la cuestión de la realidad mística o histórica de las canciones que publicara en 1847 James MacPherson— mejor que románticos. Aquí es difícil precisar dónde empiezan y dónde acaban ambas influencias, pues que la huella del romanticismo en Rosalía está, más que en los atisbos poéticos, en descubrir la poesía que es capaz de alumbrar el alma callada de un pueblo a lo largo de los tranquilos y vulgares quehaceres cotidianos.

Lo que se confirma, además, señalando la manera e intensidad en que Rosalía vibra al recuerdo de lo celta. Sin la intuición actualizadora de Pondal, de una manera inconsciente a fuerza de honda y activa, Rosalía tocó, al decir de un poeta :

«todas as notas
d'a celteca lira» (54).

Basta abrir cualquiera de sus libros para observar el genuino impulso con que la sangre le llamaba a postrarse ante la luna descolorida con tintes de oro pálido (55), a embeberse en la apacible religiosidad de los cementerios, casi hogares de fantasmas espirituales (56), con quienes trabar charlas mudas (57); a convivir con hadas de nombres extraños, uno de los mayores encantos de Galicia... (58). Incluso en la prosa nunca deja a un lado esta tendencia auténticamente drúidica de poblar de espíritus mágicos los lugares sagrados que la Naturaleza aureoló de majestad. En *El primer loco*, Luis siente al llegar al Monasterio de Conjo que le hablan los espíritus de la selva (59), los mismos en cuyo nombre la poetisa, sacerdotisa inconsciente, incita a retornar a los emigrantes, espíritus que suspiran en el viento de las noches invernales, sollozan medrosamente en las eras y murmuran en el río (60).

Tan sólo en una ocasión alude de lleno a la sacra encina (61) donde el celta colgaba sus anhelos con aparato de religiosidad; pero todos los árboles de Galicia hablan para ella, loca evocadora de los misterios de la vieja religión de los druidas. Son voces que ella, entre todos, es capaz de interpretar, porque las palabras se hacen cadencia de susurros, rumores de ondas, brillar de astros, piar de pájaros y

murmurios de fontanas (62); pero en un idioma sibilino y mágico, que dice cosas de mayor enjundia que cuanto hayan podido escribir todos los filósofos, moralistas y sabios de la tierra (63).

Lo que en nada obsta a su acendrado catolicismo, ya puntualizado por Vales Failde (64); es que en Rosalía anidaba el sexto sentido racial y ossiánico de la Naturaleza, y al rimar versificaba en alas de esta ilusionada tensión de ensueños interpretativos.

Con lo que sale un mucho del romanticismo internacional para adentrarse en el ritmo de una lírica, madre de la romántica y a menudo confundida con ella, pero que en nuestra autora es posible discernir como una premisa del alma, independiente de la coyuntura literaria en que nació: la visión bárdica y gaélica de la Naturaleza. En sus últimas consecuencias, romanticismo equivale a resurgir de coloridos históricos, preferentemente medievales; lo que en la escuela hubo de concepción directa y sentida de la naturaleza, provenía de influencias centenariamente agarradas a una intuición inmediata y semirreligiosa de lo natural, hecha poesía de lagos y de brumas en las estrofas de unos hombres legendarios y borrosos. Rosalía de Castro entronca en estos últimos de una manera que no consiente intermediarios ni puede ser hija de las circunstan-

cias. Si el romanticismo la llevó a traducir en poesías los precipitados menudos en que plasma el obrar milenario de su pueblo, era lo céltico la razón de aquella manera sencilla y rústica de acercarse a los bosques y a las fuentes. Romántica en el terreno de la historia, céltica en el de la naturaleza: tal pudiera ser la verdadera definición de Rosalía de Castro, considerada desde el ángulo visual propio del presente estudio.

10. Castilla y Galicia en Rosalía.

Su idea de Galicia es inconexa y negativa. Inconexa, a fuer de no meditado producto de la inteligencia sino brote incontinido del corazón; negativa, porque emana de la oposición frente a Castilla.

Nace del corazón y por ausencia, comparando la desierta estepa de la meseta con el perenne verdor del suelo patrio. Es amargura de saudades, nunca mejor descrita que por su pluma:

«Unha tarde alá en Castilla
brilaba o sol col decote
n-aquelos desertos brila:
craro, ardoroso, insolente,
con perdón de él, pois n'é modo
aquel de queima'l a xente» (65).

Anhelando brumas, los ojos se bruman en el llanto :

«E non parei de chorar
nunca, hastra que de Castilla
houbéronme de, levar» (66).

Una «morriña» tan grande, tan clavada en el pecho, que fuera capaz de acarrearle la misma muerte :

«Leváronme para n-ela
non me teren que enterrar» (67).

Ya tenemos aquí la explicación de todo el anticastellanismo de Rosalía de Castro, fundamentado en la impresión sentimental e hiriente de un paisaje extraño. Todas las veces que toque la cuestión lo hará con esta aversión primaria y previa, con el despego que nace de la antipatía. No razona; se queja en alas del malestar físico que producen las cosas extrañas y dispares.

La castellana es fiera y dura por el nacimiento y la casta (68); la gaita gallega sólo modula notas de agónico lloro (69); la «triste patria» gallega lamenta por su boca agravios y sufrimientos, «sin gloria ni esperanza» (70); no sabe más cantar que uno muy triste (71), y el paso de los gallegos por la estepa calcinada es caminar de servidumbre, entre fanfarrones

hijos del infierno... (72). Las quejas de Rosalía son femeninas, implorantes, sumisas. No exige; se lamenta. Por eso Unamuno, con brío y gesto castellанизados, comentaba un verso de los más quejumbrosos, el de:

«Premita Dios, castellanos,
castellanos que aborreço,
qu'antes os gallegos morran
quir a pediros sustento»,

con una imprecación animadora, retadora y varonil a un tiempo: «¡A pedir, no! A tomarlo, y a tomarlo como cosa propia.» (73).

Rosalía nunca hubiera escrito eso. Su aversión es negativa y pasiva; no un aborrecimiento que la impulse a la acción. Es cariño, compasión y amargura, amasadas en un amor inmenso, en el cariño por aquella Galicia que amparó sus años mejores y que habló por su boca en la única forma en que es capaz de hacerlo un pueblo difuminado en tristes ambientes nubosos, carente de personalidad: con gritos ululantes de quejas y de llantos. Quejas y llantos que son una nueva muestra del romanticismo que hizo de Rosalía la poetisa, mejor el poeta, genial e inconfundible, gracias a esa misma falta de consciencia en la propia obra, paralela a la incons-

ciente inquietud del alma gallega, atesoradora eterna de «saudades».

(1) «Tan romántica como la Suiza y la Escocia —dice Leopoldo Martínez de Padín—, tan risueña y hermosa como la bella Italia, tan imponente como los desiertos apenas conocidos de la América, tan fértil como la Andalucía, y tan variada ella sola en clima y producciones como toda la península ibérica, hay una comarca allí donde tiene fin la tierra del antiguo mundo y en donde se reúne el mar de los cántabros con el Occidente: esa es Galicia; ese es el pueblo de España en donde halla el viajero la sencillez de las costumbres de los escoceses y reminiscencias de las de Irlanda» (op. cit. I, 9).

(2) No coincidencia. Lo celta es algo racial, lo romántico un suceso temporal. No cabe confundir las cosas que se miden con las que se pesan.

(3) *Letrilla de los labradores gallegos a los regios desposorios de S. M. Santiago*, 1829, publicada en el *Boletín Academia Gallega*, XX, 1931, 239-243.

(4) *Letrilla gallega* publicada en *El centinela de Galicia. Periódico político, literario e industrial* de La Coruña, 16 de diciembre de 1843.

(5) Don Juan Varela le llamó «el más romántico de todos nuestros modernos poetas». (Citado por J. García Mercadal a la página 258 de su *Historia del romanticismo en España*. Barcelona, Labor, 1943.)

(6) Nicomedes-Pastor Díaz: *Condiciones del gobierno constitucional en España*. En *Obras*, Madrid, Tello, VI (1868), 23.

(7) N. P. Díaz: *Roma sin Papa*. En *Obras*, I, 80.

(8) N. P. Díaz: *De Villahermosa a la China. Coloquios de la vida íntima*, Madrid, Rivadeneyra, 1888. Tomo II, pág. 173.

(9) *Schellings Werke* (edición Schröters, München, Beck und Oldenbourg, 1927), tomo II, págs. 589-590, referido a la diferenciación entre «Geschichte» e «Historie» del *System des transgen-dentales Idealismus* de 1800 y de acuerdo con la teoría general

schellingiana de ser condición *sine qua non* para que haya historia la presencia de un ideal progresivo, no mecánico ni *a priori* (*Über die Frage, ob eine Philosophie der Erfahrung, insbesondere ob eine Philosophie der Geschichte möglich sei.* 1798. En S's. W. I, 393-397).

(10) N. P. Díaz: *Roma sin Papa*, 83 y ss.

(11) N. P. Díaz: *Italia y Roma. Roma sin el Papa*. En *Obras*, I, 37.

(12) N. P. Díaz: *Necesidad de un principio incontrovertible de gobierno* publicado en el número 23 de *El conservador* y recogido en *Obras*, V, 136-147. Cita a la pág. 138.

(13) N. P. Díaz: *Los problemas del socialismo. Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid en el curso de 1848 a 1849*. En *Obras*, IV, 405-406.

(14) Reléanse sus juicios en las *Condiciones del gobierno constitucional en España*, en *Obras*, VI, 16-17.

(15) N. P. Díaz: *Condiciones*, pág. 106.

(16) N. P. Díaz: *Condiciones*, pág. 105.

(17) Ramón Otero Pedrayo: *Romanticismo, saudade, sentimento de raza e da terra en Pastor Díaz, Rosalía Castro e Pondal*.

Discurso de ingreso na Academia Gallega. Santiago, Nós, 1931, página 50.

(18) Eladio Rodríguez González: *Pastor Díaz en la poesía y en la literatura gallega*. En el *Boletín* de la Real Academia Gallega de 1.º de octubre de 1923, págs. 379-384, recogiendo el discurso pronunciado en Vivero al traslado a esta ciudad de los restos de Díaz el 13 de septiembre de 1923. Vide especialmente la página 382.

(19) Carta de doña Emilia Pardo Bazán a don Jesús Noya, fechada en Mondariz a 20 de septiembre de 1891 y transcrita por Francisco Leal Insúa a la pág. 78 de su libro *Pastor Díaz, príncipe del romanticismo*. Lugo, Gerardo Castro, 1943.

(20) Eugenio Carré Aldao: *Literatura gallega*, 32.

(21) Francisco Leal Insúa: Op. cit. 16 y 162.

(22) M. Menéndez y Pelayo: *Historia poesía castellana en la Edad Media*, I, 262.

(23) Antolín Faraldo: *Estudios de Galicia*. En *El recreo compostelano de Santiago*, 26 de septiembre de 1842, pág. 276.

(24) A. Faraldo: *Historia de Galicia*. En *El recreo compostelano*, 11 de enero de 1842, pág. 6.

(25) A. Faraldo: *Historia de Galicia* citada, 6-7.

(26) A. Faraldo: *Observaciones históricas*. En *El recreo compostelano*, 11 de febrero de 1842, pág. 41.

(27) A. Faraldo: *El legado de los filósofos*. En *El recreo*, 26 de septiembre de 1842, pág. 286.

(28) A. Faraldo: *Nuestras convicciones*. En *El recreo*, 11 de diciembre de 1842, pág. 356.

(29) A. Faraldo: *Últimas consideraciones sobre Galicia*. En *El recreo*, 26 de diciembre de 1842, págs. 277-278.

A este respecto ha de agregarse lo que A. Villar Ponte apunta en su artículo *A fontenla viva da nosa cultura*, publicado en *Nos*, 15 de febrero de 1927, detallando que para esta fecha de los dos millones y medio de habitantes de Galicia, sólo cuatrocientos mil viven en núcleos urbanos.

(30) A. Faraldo: *Estudios de Galicia*. En *El recreo*, 26 de septiembre de 1842, págs. 277-278.

(31) A. Faraldo: *Estudios de Galicia*, 279.

(32) Ramón Villar Ponte: *Historia sintética de Galicia*, 278 y siguientes.

(33) Florencio Vaamonde: *Resume*, 49.

(34) Francisco Tettamancy Gastón: *La revolución gallega de 1846*. Coruña, Carré, 1908, pág. 397.

(35) F. Tettamancy: *Op. cit.*, 381. Son los artículos 1.º, 2.º y 3.º de la ley de 12 de diciembre de 1855.

(36) Comenta Tettamancy, mismo, tan poco sospechoso a estos efectos, que la supresión se debió a que «los enemigos de la Libertad volvieron a imperar en España», pág. 383.

(37) F. Tettamancy: *Op. cit.*, 383.

(38) Manuel Murguía: *Los precursores*. La Coruña, imprenta de «La voz de Galicia», 1885, pág. 35.

(39) Benito Vicetto: *Historia de Galicia*, VII, 519-520.

(40) B. Vicetto: *Historia*, VII, 519.

(41) Citamos según la reimpresión hecha por M. Murguía en las págs. 215-222 de su *Antología gallega*.

(42) M. Freire Castrillón: Op. cit. 220 a.

(43) M. Freire Castrillón: Op. cit. ibidem.

(44) No lo está, por tanto, en las afinidades meramente literarias que entre ella y Gustavo Adolfo Bécquer detalla José María Cossío en las páginas 316-317 de su libro *Notas y estudios de crítica literaria. Poesía española. Notas de asedio*. Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

(45) Miguel de Unamuno: *Santiago de Compostela*. En *Andanzas y visiones españolas* (ed. «Colección Austral»). Madrid, 1940, pág. 64.

(46) José López de la Vega: *Bibliografía. «Cantares gallegos» por Rosalía de Castro de Murguía*. En *Galicia*, 15 de agosto de 1863, pág. 179 b.

(47) Prudencio Canitrot: *Epílogo sentimental*, págs. 348-349 de *El caballero de las botas azules* (cuento extraño). Madrid, Hernando, 1911.

(48) M. Castro López: *Homenajes a Rosalía de Castro*. En *Almanaque gallego para 1901*. Buenos Aires, F. Ortega y Millán, 1901, pág. 81.

(49) Emilio Castelar: *Prólogo*, pág. 25, en Rosalía de Castro: *Follas novas*. Madrid, 1933.

(50) Leandro de Saralegui: *Galicia y sus poetas*, 82.

(51) Rosalía de Castro de Murguía: *Cantares gallegos*. Santiago de Compostela, Galí, 1941, pág. 20.

(52) *Cantares gallegos*, 95.

(53) *Follas novas*, 59.

(54) Alberto García Ferreiro: ¡*Rosalía de Castro!* En Javier Vales Failde: *Rosalía de Castro*. Madrid, Revista de Archivos, 1906, pág. 142.

(55) *Follas novas*, 98.

(56) En la descripción del cementerio de Adina (*Follas novas*, 104) o en general (pág. 197).

(57) *Follas novas*, 176.

(58) *Follas novas*, 198.

(59) Rosalía de Costro de Murguía: *El primer beso. Cuento extraño*. Madrid, Moya y Plaza, 1881, pág. 32.

(60) ¡Volved!, págs. 61-63 de *En las orillas del Sar. Poesías*. Madrid, Ricardo Fe, 1884.

(61) *En las orillas del Sar*, 38.

(62) *En las orillas del Sar*, 109-112. Especialmente:

«Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros, ni el onda (sic) con sus rumores, ni con su brillo los astros. lo dicen; pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso de mí murmuran y dicen:

Ahí va la loca soñando» (pág. 109).

(63) *El primer loco*, 134.

(64) Javier Vales Failde: Op. cit., 42 y ss. Asimismo apunta que el pesimismo de Rosalía es un pesimismo cristiano, nunca un pesimismo a lo Leopardi (pág. 94).

(65) «Tristes recordos», en *Follas novas*, 158.

(66) *Follas novas*, 162.

(67) Ibidem.

(68) *Cantares gallegos*, 127.

(69) *Cantares gallegos*, 173-175, respondiendo a *La gaita gallega* de Ventura Ruíz Aguilera.

(70) *En las orillas del Sar*, 51-52.

(71) *Follas novas*, 76:

«Triste é o cantar que cantamós,

¿mais qué facer si outro mellor non hai?

(72) *Cantares gallegos*, 163 ss.

(73) Miguel de Unamuno: *Por tierras de Portugal y de España* (ed. «Colección Austral»). Buenos Aires, 1941, pág. 168.



CAPITULO V

EL DESCUBRIMIENTO DEL PAISAJE GALLEGO

1. *El diálogo con el paisaje, exigencia del alma celta*
2. *La añoranza romántica del paisaje: Añón*
3. *La ausencia cercana: Lamas Carvajal*
4. *El poeta druida: Pondal*
5. *La crítica del paisaje gallego: García Martí*

1.—El diálogo con el paisaje, exigencia del alma celta.

Vive el celta en perenne comunión espiritual con la naturaleza, vibrando al compás de las cosas y los seres. De todas las posturas humanas es la celta la que más se funde con el contorno y se hace parte de su geografía. No es dado concebirlle desasido de la envoltura de accidentes naturales, como no sería posible entender al marinero sin el mar; de igual modo que en la ruda brega diaria el marino sabe hacerse dueño de las fuerzas de las aguas, en su cercanía íntima con la naturaleza el gallego funde el esfuerzo suyo con el mapa de los factores del paisaje. Más que ninguno, el gallego es yo y lo que le rodea; un hombre que siempre ha de mirarse en función de la circunstancia geográfica. Por eso en un bosquejo histórico del pensamiento político gallego el conocimiento del paisaje es uno de los capítulos de mayor importancia.

Porque lo notable es que el valor del paisaje hubo de ser objeto de un descubrimiento, paralelo al ha-

llazgo de la historia en las formas del «folklore» actual. En razón de esa fusión e inseparabilidad de la naturaleza, al encontrarse a sí mismo tenía el gallego que encontrarse también con el contorno. Otras gentes se hubieran conformado con el primer hallazgo, encerrándose en la torre de marfil de una inquietud interna, labrando sus moradas del alma en el castillo interior que desprecia la llanura quieta y esteparia; ese sentir céltico, en cambio, necesitaba el colofón de este descubrimiento, porque la conciencia de Galicia es también un poco de conciencia del mar y de la montaña, del paisaje y de la geografía.

El impulso viene del romanticismo; pero únicamente el impulso. Es posible establecer una línea que partiendo de la ola romántica concluya en el secreto goce del alma celta, que topa consigo misma al entender el misterio de la naturaleza que la rodea, con un fervor místico donde hay mucho de la lejana religiosidad de los druidas.

Añón, Lamas Carvajal, Pondal sintetizan el proceso. Añón es romántico; Lamas Carvajal, gallego de su hora, y Pondal el bardo redivivo, que, como en las edades muertas del pasado, habla en rítmicas notas de poesía. Años después, en nuestro siglo, Victoriano García Martí, desprovisto ya de todo

sabor romántico y de todo misticismo celta, da la teoría completa, fría y desapasionada del paisaje gallego; por eso, desligado de los demás, viene a cerrar, con pujos de filosofía, la lista de los conquistadores que arrancaron al suelo del noroeste peninsular su secreto guardado y decisivo.

2.—La añoranza romántica del paisaje: Añón.

Francisco Añón enlaza con el despertar romántico. Su vida misma, relampagueante de aventuras, es la de un romántico comido por el fuego de todas las exaltaciones. No había cumplido aún los treinta años cuando se veía obligado a buscar el camino portugués del exilio por espacio de siete inviernos a consecuencia de los sucesos de 1846. Expulsado incluso de Portugal por su famoso *Himno dos povos* en 1850, lo es otra vez de España en el de 1866, tornando con los cañonazos de Alcolea. Enfermo, viejo y pobre, los últimos años le están marchitos por el frío negro de la desventura.

La vida de Añón es transcurrir del tiempo lejos del solar patrio. Galicia fué para él nubosa lejanía, entrevista más con el corazón que con la cabeza, des-

de los sucesivos destierros de Portugal y de Madrid.

La desventura propia y la tristeza de los días de Añón se centran por eso en la suprema amargura del desasimiento del suelo que le vió nacer y al que amara con férvidos cariños de lejanía amorosa. Todo el mal que le asediaba se aumenta visto a través de la lupa de la separación forzosa. Galicia, verde y gentil, es la amada encerrada en castillo que guardan fosos de leguas y cruces de caminos.

Esta es la causa de que Añón nos venga a descubrir el paisaje gallego, cabalmente por verlo a distancia y entre el montón apasionante de los recuerdos más queridos y entrañables. Las romerías, los montes, las rías, los maizales y las fragas cobran luz viva en la obsesión con que Añón las rememora sin descanso. Morir de «saudades» es vivir con redoblada intensidad; y la «morriña» transparentaba todo lo que sus ojos físicos tal vez no hubieran llegado nunca a ver.

«De teus recordos vivo ¡Galicia encantadora!
Por teus anacos morro, idolatrado chan,
onde voou sorrindo d'a minha infancia a aurora,
onde as mais caras prendas que o corazón adora
o derradeiro sono en paz dormindo están...»

gritaba con suspiros del alma desde Madrid, un año antes de su muerte, en octubre de 1877 (1).

Morir por los pedazos de Galicia palpitante, sonriendo a los recuerdos jamás dormidos de la edad primera, en la ansia febril del terruño idolatrado, el mismo en que descansan las cosas más queridas...; tal fué su vida espiritual, roída por los avatares de una pasión nunca saciada.

Puro romanticismo. Lo romántico fué forja y yunque donde Añón cinceló a golpes de sufrimientos el bronce galaico de una bronca y rebelde personalidad. Cuando se le lee es posible concretar en una frase el juicio que merece: la de que vió románticamente el «chan» gallego, con los ojos del colorido que dan las llamas del corazón. Esta aspiración constante y malograda hacen de Añón el poeta de los amores tristes, el paladín de una quimera verde y perdida, perpetuo Amadís de altivos y malogrados ideales.

Por lo demás, ni siquiera le preocupa el renacimiento político de la Galicia antigua. Salvo los momentos de 1846, en que actuó más por romántico que por gallego, vino a las tiendas del centralismo de una manera inconsecuente quizá porque no había otro camino en la rosa de vientos de su existencia. Ridiculiza a los portugueses por fanfarrones en uno de los trozos de mayor galanura, el cuento de *El portugués en Sevilla* (2), y se exalta por la gran Espa-

ña en las composiciones escritas con motivo de la guerra de Africa (3). Y es que Añón no era sinuoso, sino ardiente, con esas razones irrazonadas que del pecho suben a la boca.

El romanticismo le abrió las puertas de Galicia, en razón del forzoso apartamiento. Por eso se nos antoja un descubridor inconsciente del paisaje familiar, arder luminoso de llamaradas que ni siquiera sabe que dan luz.

3.—La ausencia cercana:

Lamas Carvajal.

La mejor manera de ver es tener cegados los ojos a la luz. Nunca como cuando la pupila padece sed inapagable de colores se advierten tanto los detalles múltiples que crean los efectos de luz sobre las cosas; parece que la intuición suple los fallos de la lejanía y que el alma palpa visualmente unos objetos idealizados a fuerza de la misma carencia de contactos directos.

Esta verdad, comprobada ya en la visión especial que Añón tenía del «chan» patrio, por razones de ausencia nostálgica, es nueva concepción del paisaje gallego en la obra del ciego Homero orensano

Valentín Lamas Carvajal. La Galicia campesina y agraria se hace lírica, en la forma variada de unas rimas que saben a montaraces esgravías y camperas. Lamas Carvajal es la sierra frente a la mariña que Pondal cantara. Menos tocado de la intuición ancestral y celta que caracteriza al de Ponteceso, sus versos son también apasionados, pero de una pasión más real y comprensiva: la del suelo que le vió nacer y palpó en el giro oscilante de sus manos equivocadas (4).

Por eso estamos ante versos llamativos y cercanos; por eso también asoma allí la tragedia de la Galicia contemporánea, que Pondal, errático soñador de remotas lejanías temporales, no llegó a conocer nunca de veras. Toda la gama posible de melancolías que Lamas sintió cercanas en el tiempo y en el espacio y apartadas en la postergación de su ceguera, brota de la introducción, verdadero programa de sus versos todos:

«Vouvos falar n-o prácido linguaxe
d'as afeucióis docésimas e tenras,
n'ese linguaxe brando e melosiño
cal son os fillos d'esta nobre terra;
n'ese linguaxe, singular concerto
de sospiros, d'arrollos e de queixas» (5).

Ese es el centro de su pensamiento: la amargura

de un pueblo atrasado, cuya personalidad histórica se agostaba a manos de caciques, usureros de la sangre patria. La cuerda celta es incidental en su lira, porque ésta era instrumento apto para canciones agrestes y modernas, no repercuror de notas preteridas. Lamas Carvajal no descubre lo celta como eje del alma gallega, porque semejante hallazgo estaba reservado a la musa paganizante del hombre que supiera interpretar el paisaje a la luz de perdidas resonancias druídicas. El paisaje que Lamas contempla a través de la veladura carnal de sus ojos de poeta no es otra cosa que el que cantan los ríos en medio de la sierra, canción de melancolías actuales. Cuando habla de lo celta es en función de subrayar la personalidad actual de Galicia, como instrumento al servicio de sus proclamaciones de independencia. Lo celta es secundario, factor accesorio ante la Galicia presente, nota que ayuda a concretarla; pero nada más, ni jamás, cual acontece en Pondal, intelección exclusiva de lo gallego y prisma determinante de una nueva concepción gallega del mundo y de la vida. En *Galicia* nos habla de que

«a raza d'o celta indómito
vai de nós[®] desaparecendo».

para que comprendamos bien la tragedia amarga de la Galicia décimonónica, la de

«que pouco nos vai quedando
d'a grandeza d'outros tempos,
e como esmaya e vacila
o espírito d'os gallegos» (6).

Lamas Carvajal actualiza así lo celta, con intentos distintos; pero no llega a ver el paisaje que le rodeaba impregnado del sentido celta de la vida, precisamente lo que ha de constituir el mérito imperecedero y único de Eduardo Pondal.

Esta tesis se perfila con mayor claridad todavía cuando se observa su obsesionada exigencia galleguista, casi separatista, a juzgar por el brío y tenacidad con que lo pide. El tránsito de un tema a otro, de la tristeza contemporánea de Galicia a las aspiraciones de independencia, lo constituye la certeza de que en la modorra espiritual del ambiente se iban agostando los mejores recuerdos y grandezas. En sus meditaciones cabe al cementerio de Orense un trecho harto expresivo, que muestra el pasar de una idea a la siguiente:

«Pobre Galicia, nai sin ventura,
as tuas grandezas, a noite escura
d'o negro olvido, sumindo vai» (7).

Después, las motivaciones separatistas no faltan; pero arrancando de un momento negativo, la repulsa al centralismo, no de una afirmación positiva de premisas celtas. Ya no le mueve sino la visión del paisaje, que hemos dado en definir como actual. Las sugerencias con que le incitan los recuerdos históricos de una María Pita (8) o de la lucha de los «irmandiños» (9), se dan, al igual que las memoraciones celtas, con intentos de repudiar la bajeza presente, preocupación perenne de su musa agreste y palpitante, al unísono con el corazón de los labriegos orensanos.

Pero todo a través de las preocupaciones de un hombre de su hora, todo muy siglo XIX. El remedio está en el proceso, en los ateneos, exposiciones, bibliotecas populares y demás factores de cultura a la usanza de la centuria última. En las *Cartas ós gallegos*, posiblemente el escrito único en que abordó de manera consciente y ordenada la cuestión de lo gallego, todos los remedios para la amargura patria se buscan en esas bambalinas inconexas y llamativas (10). Una vez más, lo mismo que al sentir líricamente, Lamas Carvajal es hijo de su tiempo.

Su Galicia es la del gaitero de Rianxo, la de los sacristanes de Vilela o San Miguel, la picaresca parva de «os graxos de Burga», o el también orensano

y borracho Xan Brencellao. Nada de historias antiguas ni líricos trasplantes ancestrales. Paisaje; pero paisaje actual, el que se palpa al día. La fe de Lamas Carvajal en Galicia es una fe campesina y sencilla, que se alimenta de las frondosas riberas, que se presiente en la luz de aquellos cielos, en los seculares castaños, hasta en los poéticos cruceros pétreos que se alzan en las encrucijadas de los caminos rurales para recordar al caminante «a morte ou a desgracia d'algún d'os fillos d'esta terra d'a poesía, d'amor, d'o sentimento e d'o arte» (II). Siempre tristeza y dolor despiértale el paisaje, nunca recuerdos idos; tristeza y dolor que diluyen su poesía en la circunstancia amarga del triste otoño ochocentista.

4.—El poeta druida: Pondal.

Si Rosalía nos enseñó la tristeza que cala el alma celta de Galicia, Eduardo Pondal va a descubrirnos cómo esa tristeza se hace realidad saudosa en el paisaje gallego de bosques y aguas, castaños y regatos, pinos y gándaras. En ninguno de los escritores de hasta entonces palpita el espíritu de los campos y de las tierras, pronto a llegar hasta nosotros a través del numen divinal del bardo en virtud del hondo

secreto por el que los poetas son adivinos en faena de perennes intuiciones. Es la pluma de Pondal la que capta el colorido blanco y verde de los horizontes, y nos conmueve con el sereno temblor de unas emociones que alumbran el conocimiento de lo gallego, cabalmente por su mismo estilo, ornado de la oscura claridad de las evocaciones druídicas. Cuando el Padre García le acusa de oscuridad y ve sus escritos arrojados «en densa bruma» (12), apunta una verdad de la que no es preciso defenderle a la manera que Carré lo hace (13); porque en esa bruma radica justamente el secreto airón de sus gentilezas poéticas y la causa por que sus versos marcan el hallazgo de uno de los aspectos del alma gallega: el del contorno.

Pondal nos va a decir el misterio de la geografía galaica. Lo externo se torna íntimo en sus manos. Después de él, cada una de las voces calladas a lo largo de los siglos vendrán a contarnos verdades sonoras y campestres. El espíritu de una Tradición no consiste en la tierra ni en la raza, pero se halla apegado a la raza y a la tierra; ni más ni menos que el alma se une al cuerpo sin hipotecarle nada de su independiente superioridad. Y Pondal es el definidor de esas complejas relaciones, el que levanta la pátina del tiempo, hecha musgo en los árboles y

liquen en las piedras, para saber la hondura emocional de otros instantes. El dolmen de Dombate le llena el pecho de alegría, porque le habla con una voz que es el primero en oír desde hace siglos: la de

«nos nosos já pasados, nos celtas memorabres,
nas suas antigas glorias, nos seus duros combates,
nos nosos vellos dólmens, e castros verderantes» (14).

Pero un espíritu que queda en la geografía sin ahondar hasta la historia. Es más intuición que razonada evocación. Mueve el corazón en lugar de escribir con la cabeza. El ritmo de sus versos dice cosas que muchas veces se sienten sin necesidad de previa comprensión.

Las preside, desde luego, una constante referencia a la Celtia antigua, como motivo particularizador de Galicia dentro del marco total de las Españas. Murguía dijo de él que era bardo en razón de celta (15), y no creo estuviera muy lejos de lo cierto. Las tonalidades célticas, un tanto poéticas y un mucho misteriosas, aparecen en todas las estrofas, impregnándolas de un perfume desconocido y milenario. Las estampas del bergantiñán que anda caminos de Puente-Ceso en noches de «luar» (16); los recuerdos que trae el salvaje valle de Brántoa, amado de los celtas

y ornado de pinos, donde se labra para personajes ossiánicos, cual Gondar, hijo de Ouco, un

«sepulcro a modo dos celtas
tan só de tí conocido» (17);

los giros de idéntico matiz con que rememora en verso castellano el encuentro de Gundáriz Cairbar, bajo los altos robles de Lourido, en fría noche invernal, donde rebrama el viento agitando las ramas del viejo pinar de Froxán (18); la memoria de la tumba de Bradomil, ejemplar perfecto entre los tipos de su raza (19), o de los castaños de Dormeá, semejantes a los hombres que ampararon (20), o del garrido castro de Nemenzo, sugeridor de idénticos sentimientos (21); el hada que andaba por los campos, verdes como los de Erín, derramando fragancia en sus pasos infantiles, virgen céltica habitadora de los castros donde moraran los abuelos... (22). Sería nunca acabar hacer completa relación de cómo en Pondal las musas visten trajes ancestrales, danzando a la sombra de sagradas encinas la eterna canción de lo poético.

Mas estas rememoranzas son saltos geniales con que el alma del poeta tiende un puente sobre los siglos, haciendo pilares de las cosas cotidianas y co-

nocidas; en modo alguno elaboración ordenada de un proceso espiritual que centre las sugerencias que las cosas despiertan en un ordenado sistema de categorías y de conexiones, o sea: en una historia. La inquietud con que hacen temblar al alma no se aquieta en una trabazón conceptual; se limita a valoraciones detalladas de un paisaje antes muerto y callado, y ahora vivo y decidor; los pinos, la bruma, las piedras y las aguas no cuentan su historia, sino que transmiten la vibración con que el tiempo sella los objetos.

Lo cual no quiere decir que no sienta la pasión de Galicia en función de una Tradición que de la historia ha ido resultando. Como Rosalía, Pondal se queja de las maneras en que se lesionaba desde Madrid el estilo peculiar de su pueblo. La servidumbre económica de los gallegos da al bardo tonos de melancolías (23), ni más ni menos que en la poetisa de Padrón; e igual en la tristeza que le invade al ver que las mocitas coruñesas prefieren las férreas palabras castellanas a las graciosas falas patrias (24).

Con visión tan alta que aquella pasión de patriota, ceñida a la agorería del poeta, concluye por la tesis de que es desde Galicia de donde ha de partir la salvación para la caduca España de nuestros días. Los «gloriosos destinos» de los hijos de Breogán (25)

están en dar luces de porvenir «a caduca Iberia» (26), tendiendo los brazos a la hermana Portugal, tan artificioosamente separada (27). Los pigmeos políticos que en Madrid se encaraman por el árbol del presupuesto no serán capaces de cerrar el paso a la ola regeneradora que de Galicia ha de partir.

A veces, la melancolía aumenta en la atonía con que no responden los ecos patrios a los gritos exaltados del bardo. El vate vaticina sonrosados futuros; pero sus sueños caen rotos ante la realidad del silencio hostil con que le envuelve una Galicia pululante de caciques vendidos a la plebeyez política de Madrid. Y entonces, dolorido, todavía tiene fuerzas para no renegar de la raza ingrata, antes para arrojarle al rostro su desvío:

«Ay de tí, dura raza
de proceder esquivo,
ay de tí, que así tratas
teus profetas divinos...!
A quen tí, necia, debes
sair de oscuro olvido,
dura raza, senon a estos videntes
nobres e peregrinos?».

Los años posteriores no fueron tan injustos con el poeta que descubrió la geografía viva y oculta de Galicia. En ocasión solemne, Lugris Freire le

señalará como guía (28), y la voz maestra de Otero Pedrayo dirá que por sus labios «Galiza dixo seu esprito pra sempre» (29).

Y es verdad. Eduardo Pondal fué el primero que caló la entraña de su pueblo en alucinada evocación de fantásticos antepasados, cuya huella quedó sellando palmo a palmo la tierra patria de Galicia. A partir de él, la función del captador del alma gallega habrá de reducirse a ordenar la gama de apasionados e intensos sentimientos; pero quien los encontró, tesoro soterrado de alhajas ancestrales, fué el poeta de Ponteceso, el que oyó las canciones del pinar de Tella, escuchó los decires de la campana de Anllons y supo de los antiguos celtas, leyendo las no labradas inscripciones que ornan las rocas de la tierra solar de Bergantiños.

Todo ello sea dicho como el máximo galardón de su obra, sin olvidar la unidad apetecible de los pueblos nuestros, ni la raíz religiosa de lo hispánico. Sobre el suelo celta, sembrado de dólmenes y árboles centenarios, la capilla de la Virgen que corona el alto de Ferreira es el mejor punto de mira para divisar los trigales y pinaredas:

«Ben te vexo, Bergantiños,
desde o alto de Ferreira,
cos teus trigos e os teus pinos» (30).

Tal fué su obra. Ver a Galicia desde las atalayas de su corazón, de un corazón tan grande, que desbordaba la tierra para llegar al cielo. Por eso aquellos trenos hacen época en la historia del alma gallega, porque nos prestan la pauta para averiguar las razones históricas que dan vida a la realidad geográfica del país que riega el Miño.

5.- La crítica del paisaje gallego: García Martí.

Tras de la poesía, la crítica; tras de Pondal, la reflexión fría. A llevarla a cabo ha consagrado Victoriano García Martí lo mejor de las horas que a pensar en Galicia ha ofrendado. Lo más logrado de la novela costumbrista *Don Severo Carballo* son las pinceladas descriptivas de la playa marinera (31); a los escondidos encantos de aquel terruño dedicó la colección de apuntes *Lugares de devoción y de belleza* (32), y es quien con decidida intención ha querido llegar a una teoría de lo gallego en motivo de su geografía, lugar el más interesante de su libro *Una punta de Europa* (33).

A su entender, lo típico del gallego está en cierta mescolanza de opuestas condiciones, en una curio-

sa coincidencia por las que el hijo de esa raza atesora a la par contradictorias cualidades con tan rara habilidad que en realidad parecen una sola. Juntan la timidez y el gusto por la aventura, la rudeza y la dulzura, la humildad externa con el desdén interior, la seriedad y el humorismo...; tienen una flexibilidad que les permite atar cabos de tan distinto origen, que les hace ser a un tiempo apóstoles de la soledad y afanosos hambrientos de infinito.

Semejante multiplicidad de posibilidades son hijas del paisaje. En Castilla todo es unilateral, porque la llanura ofrece perspectivas constantemente monorrítmicas: en Galicia están abiertos senderos innúmeros, porque el mar y la montaña dan la tónica de una geografía sin limitación de aspectos (34.)

Tiene en gran parte razón Victoriano García Martí; pero le falta subrayar el papel típico del alma celta en ese intercambio de sensaciones. No basta con mirar al hombre frente a la Naturaleza, sino que es preciso señalar cuánto vale en este caso posponer al sustantivo hombre el adjetivo celta. La vida gallega palpita todavía, pese a las mezclas de razas y a la inmigración, con matices de celtismo puro; y es precisamente aquí en esta comunicación con la Naturaleza, donde se muestra la fibra verdadera del alma de las gentes de Galicia.

Por eso la visión de Victoriano García Martí peca de abstracta, sin dejar de ser verdadera.

(1) Francisco Añón: *Poesías* citadas. Rimas gallegas en páginas 27-148 y castellanas en 149-329.

(2) F. Añón: Op. cit. 253-258.

(3) F. Añón: Op. cit. 215-218 y 219-222, ambas bajo el título de *A la guerra de Africa*.

(4) Doña Emilia Pardo Bazán habla del olor de la tierra que he respirado con deleite en alguno de sus versos» (*De mi tierra*, citada, pág. 65).

(5) Valentín Lamas Carvajal: *Espiños*, citada, pág. 11.

(6) Valentín Lamas Carvajal: *Saudades gallegas*. Orense, imp. de «La Región», 1927, pág. 89.

Asimismo en páginas 8 y 9.

(7) V. Lamas Carvajal: *Espiños*, 27.

(8) En su *María Pita*, incluída en *Espiños, follas e frores*, dice comentando la hazaña contra los ingleses que

«sepian cantos nos ven con indiferenza
que tamén hay mulleres en Galicia
que loitam pol-a nosa Independenza» (pág. 61).

(9) El soneto *Deus fratesque Gallaici*, también parte de *Espiños*, concluye:

«¡Loitade hirmaos! ¿E que val a morte
si logramos a nosa independenza?» (pág. 145).

En el mismo sentido las críticas al centralismo madrileño, a la manera de administrar justicia y a las opresiones caciquiles, que con tanta viveza resaltan en algunos trechos de otros escritos, cuales el *Arrenégote pecado*, págs. 91-93, de *A musa d'as aldeas. Versos gallegos*. Orense, imp. de «La Región», 1927.

(10) Valentín Lamas Carvajal: *Cartas ós gallegos*. Orense, imp. de «La Región», 1927. Escritas en ocasión de la exposición regional organizada en Santiago por la Sociedad económica de Amigos del País en 1875. Especialmente la novena, pág. 21-22.

(11) Vide. a este respecto, el prólogo O leutor que encabeza Gallegada. *Tradicións, costumes, tipos e contos d'a terraña*. Orense, imp. de «La Región», 1927. Especialmente págs. 5-6.

(12) Francisco Blanco García O. S. A.: *La literatura española en el siglo XIX*. Madrid, Sáenz de Jubera, 1893, pág. 225.

(13) Eugenio Carré Aldao: Op. cit. 64.

(14) Eduardo Pondal: *Queixumes dos pinos y poesías inéditas*. La Coruña, Zincke hermanos, 1935, pág. 202.

(15) Manuel Murguía: *Eduardo Pondal*. Estudio de Los precursores, pág. 127.

(16) *Queixumes*, 29. También en *Os pinos*, pág. 187, y en la célebre poesía a la campana de Anllons, 164-165.

(17) *Queixumes*, 50. También la tumba de Margaride en página 109.

(18) *Queixumes*, 83-84. También en *A fala*, 191.

(19) *Queixumes*, 92.

(20) *Queixumes*, 100.

(21) *Queixumes*, 111.

(22) *Queixumes*, 126-128.

(23) *Queixumes*, 219.

(24) *Falade galego*, 210-211.

(25) *Queixumes*, 115.

(26) *Queixumes*, 145.

(27) *Queixumes*, 118, 156 y 192.

(28) M. Lugris Freire: *Eduardo Pondal*. En *Queixumes*, 278.

(29) Ramón Otero Pedrayo: *Romantismo*, 109.

Asimismo Emilia Pardo Bazán: *La poesía regional gallega*, 25-26, y el propio Otero en el *Ensayo*, 218-219.

(30) *Queixumes*, 48.

(31) Victoriano García Martí: *Don Severo Carballo* (Del alma gallega). Madrid, imprenta de «Alrededor del Mundo», 1917.

(32) V. García Martí: *Lugares de devoción y belleza* (Impresiones de Galicia). Madrid, editorial Mundo Latino, s. a.

(33) V. García Martí: *Una punta de Europa* (Ritmo y matices de la vida gallega). Madrid, editorial Mundo Latino, 1927.

(34) V. García Martí: *Una punta de Europa*, 126-127.

CAPITULO VI

LA VISION MADURA DE LA GALICIA HISTORICA.

1. *La visión madura de la Galicia
histórica*
2. *Florencio Vaamonde, eco romántico*
3. *Martelo-Pauman, añoranza viva*
4. *Aurelio Ribalta, historia y paisaje*
5. *Una filosofía de la historia: Otero
Pedrayo*

1.—La visión madura de la Galicia histórica.

El despertar romántico fué un magno impulso; pero a la larga un impulso solamente. Era preciso que aquel vértigo de afanes por el pretérito se aquietase un poco para dar paso a la reflexión y cabida a la teoría. Este es el papel de una serie de escritores de distinta tendencia, condición y manera de opinar, que, poco a poco, en modo paulatino y gradual, van elaborando una teoría de la tradición gallega.

Dos son los grupos que estos hombres forman: el primero, los argumentadores parciales, los que hacen resaltar detalles y facetas con buen tino, mas sin el aliento sintetizador que es el sello de las inteligencias poderosas; el segundo, de un solo hombre, es el de quien forjó una teoría ordenada que, atando aquellas afirmaciones inconexas y en presencia de la centenaria realidad histórica, constituyese una interpretación completa —tal vez discutible, pero la única completa— de la historia de

Galicia. En el primer bando agrupamos a Florencio Vaamonde, el romántico que escribe a lo clásico en típico estilo de transición; a Evaristo Martelo-Paumán, lazo oportuno entre el pasado y el presente, y a Aurelio Ribalta, concertador de la evolución del hombre gallego con el paisaje, que en el capítulo anterior vimos tenía tanta trascendencia. El segundo se llena con la figura de Ramón Otero Pedrayo.

2.—Florencio Vaamonde, eco romántico.

Florencio Vaamonde, en contacto inmediato con la anterior generación romántica, abre la marcha. Su *Historia de Galicia*, pese a la aparente estrechez didáctica que aspira a tener por cometido, es una obra de pasión romántica, amparada en el manto de un estilo escolar.

Toda la producción de Florencio Vaamonde adolece de esta tónica; son páginas románticas encubiertas en ropaje clásico o erudito. *Os calaicos*, el único gran poema de la gente gallega, excepción hecha de *Os éoas*, de Pondal, es la canción épica de unos hombres cuya historia se nos cuenta con sabor

de gesta aventurera (1), en una supervaloración hiperbólica a todas luces (2).

En esta historia a lo heroico Galicia es núcleo aparte, la «patria», en el sentido que esta palabra gozaba en el vocabulario clásico español, cual nos declara en diversas ocasiones (3); pero parte de España, cuyos mejores ejemplares humanos son un don Fernando de Castro, con quien

«morreu a lealdá de Hespanha» (4),

o un Payo Gomes Charinho, un Jofre Tenorio, un Alfonso de Lugo, conquistador de Canarias «para a coroa de Castela» (5), o un Méndez Núñez, en quienes

«... a nación hispana se gloria» (6).

Concepto equilibrado de la ecuación Galicia-España, que el romanticismo descubrió sin saber que hallaba las fórmulas de la Tradición.

3.—Martelo-Pauman, año-ranza viva.

En Evaristo Martelo-Pauman, la Tradición se desliga de las veladuras románticas para lanzar su

verdad desnuda y clara. Madura ya la consciencia oportuna de aquella oscura movición que impregnó de verdades regionales y españolas a las plumas del romanticismo gallego, y la lumbre de la opinión certera brilla con claridades únicas y definitivas.

Basta cotejarle con un Antolín Faraldo para percatarse del cambio. En contraste con el escritor de *El recreo compostelano*, no solamente no se enorgullece de ser hijo de los tiempos nuevos, sino que ataca al siglo XIX

«de vergonzoso recuerdo» (7).

por ser

«... un siglo ridículo,
inmoral, farsante y necio» (8),

ya que la libertad es exclusivo patrimonio de los intitutados liberales (9), y soñando derrocarlo mediante el empuje de una nueva cruzada de las regiones contra el Madrid centralizador, en la que Galicia, Asturias, Vasconia, Navarra, Aragón y Cataluña actúen de salvadores, por ser tierras y razas donde a Dios, Patria y Rey se da imperecedero culto (10). Alusión que concluye por colocárnosle bajo las banderas augustas de la Causa (11).

Esta concepción clara y rotunda le ha de permitir enfocar el tema gallego dando con la sola posible solución, no ya hija del azar intelectual, empero producto de una cadena de lógicas verdades irrebatibles.

Lo de menos es que llame «patria» a Galicia, al uso de los escritores de la edad dorada (12); es que el amor a España no es incompatible, antes el complemento, de la afección a la tierra nativa, que quiere ser libre (13), mas al servicio y en funciones de poderosa guardiana de los comunes destinos españoles (14).

Porque no es ni puede ser Galicia la enemiga de los usos viejos, enamorada de Proudhon (15) y soñando federalismos estatutistas; la Galicia que postula Martelo-Paumán es la que nace del sufragio de las generaciones que pacientemente la fraguaron, no de la alegre decisión que suma votos metidos en una urna de cristal. La masa vulgar, tejida de oscuras apetencias, no sabe nada del alma profunda y secular de Galicia (16), la que, arrancando de cunas celtas (17), se fué elaborando lentamente en la segura fragua de los tiempos.

En ningún otro escritor gallego aparece quizá tan patente la oposición entre la Galicia tradicional y la liberal, entre el regionalismo monárquico y el de-

mocrático, entre la estampa antigua que enamora y la realidad presente que sonroja, entre la poesía elevada de la vida antigua y la mezquina tanda de caciques de los tiempos nuevos.

Si los clásicos alzarán la cabeza habrían de ver tachados sus ensueños de locas fantasías:

«Hoxe en Tirteo, en Ossián,
¿qué viren? Dous probes tolos,
¡mortos os bós ben están!» (18).

Los contemporáneos son tales que

«para estos homes menguados
solo é ben levar ó xugo
no carro dos deputados;
lamber d' un cacique a man,
facendo a figa ao castelo
á que deben honra e pan» (19)

Nadie aventaja a Martelo-Pauman en montar la guardia de los clásicos valores permanentes. En el terreno de la filología (20), como en el de la defensa del meollo histórico de Galicia, no hay escritor que sobrepuje sus bríos, ni brazo que se agite con más ansia. Impregnan sus palabras un sentido de hidalguías, que en nuestra edad pasa por pieza de museo; pero aun así, bien pueden perdonársele alguno que otro enfoque unilateral, en gracias a brin-

darnos una interpretación auténtica, equilibrada y justa de la españolísima tradición gallega.

4.—Aurelio Ribalta, historia y paisaje.

Aurelio Ribalta profundiza todavía más en el camino de la comprensión, porque nos da la adecuación exacta entre el alma de Galicia y su paisaje. Lo que en Pondal fué salto atávico hacia remotos orígenes, más hallados con la pasión del adivino que con el sentimiento del poeta, es en Ribalta averiguación de los misterios modernos de la naturaleza. En Pondal habla lo antiguo; en Ribalta, la actualidad. Por eso en aquél las cosas se expresan en lenguaje traspasado de celtismo; en éste, de la condición específica de la Galicia contemporánea.

En ambos hay poesía. Pero Pondal sólo sabía escribir pintando versos maravillosos, y Ribalta quiere incluso una poesía en prosa (21). Una prosa que se hace leyenda en las narraciones menudas, como *O pastor de Doña Silvia* (22), arquetipo del cuento corto, con sabor mitad arcaico, mitad nuevo.

La Naturaleza viene a ser arca misteriosa que resuena en los ecos callados y armoniosos de la Patria

y de Dios. La mejor poesía de Ribalta, *Regato montaños*, se reduce a esta interpretación gallega del paisaje nativo (23), del mismo modo que la más sentida de todas, la dedicada a sus votos religiosos, busca al Creador, y topa con él a través de la maraña de las cosas creadas (24).

En esta interpretación consiste precisamente la originalidad de Aurelio Ribalta. Lo que Martelo-Pauman encontró en el bucear de la Historia, con relumbrar de espadas hidalgas y caracoleo de caballos en trote de pelea, nuestro poeta lo va a hallar en una Naturaleza no interpretada con ojos arqueológicos para resucitar trenos célticos a lo Pondal, sino mirada con ojos gallegos, que enfoquen la armonía verde del paisaje de «gándaras» y regatos en perspectiva de una patria recuperada (25). Ribalta pasa del paisaje gallego a la realidad total gallega; y la originalidad de su contemplación de la Naturaleza está en procurarnos una apreciación gallega, en lugar de una visión a secas celta de Galicia.

Galicia dentro de España. Como Marcelo-Pauman, aunque por caminos y sendas diferentes, la ecuación tradicional está enarbolada por bandera. Pero con una ventaja por parte de Ribalta: la de que hace doctrina lo que en aquél era aseveración

poética, regla ordenada lo que en Martelo quimera de intuiciones.

Ribalta sitúa al regionalismo por término medio entre separatismo y centralismo, protestando contra el absurdo centralista que equipara los otros dos. El separatismo es un mal y el regionalismo un bien. El separatismo es simplemente la «desviación viciosa de una idea fecunda» (26), desviación nacida en el fragor exacerbado de la lucha y que, cuando la lucha acabe, desaparecerá para siempre por la vía por donde se hunden todos los excesos (27).

La terminología región = patria es la de nuestros clásicos (28). Es el patriotismo del amor a lo nativo lo que salvará a España, acabando con el centralismo uniformador (29), que antes que a nadie ahoga la esencia de Castilla, la más esclava y la más incomprendida de todas las tierras españolas. Las palabras con que Aurelio Ribalta hace justicia a la tragedia psicológica y política de la vida castellana coronan un escrito que bien pudiera ser, *servata distantia*, texto manual para todos los que buscaran comprender claramente en qué consiste la idea de los fueros dentro del ideario tradicional español (30).

De este modo Ribalta cierra el proceso de la adquisición de una perspectiva histórica, que ha de lle-

var a la práctica, aplicándola a la idea de Galicia, la pluma señera de Ramón Otero Pedrayo.

5.—Una filosofía de la historia: Otero Pedrayo.

En trabajos de la índole del presente ha de ser norma del buen estudioso prescindir de las personas vivas, porque toda vida que sigue ofreciendo posibilidades de labor es un no cerrado coto, donde aún pueden nacer y morir generaciones enteras de ideas, y la mínima prudencia aconseja esperar hasta el fin para formar juicio completo. Mas es tanta la relevancia de Ramón Otero Pedrayo para la cultura gallega, céntranse en su obra tantas corrientes y es su pensamiento cruce de tantos caminos del espíritu, que, quiérase o no, y a menos de olvidar aquella norma mínima que requiere la prudencia científica, no es posible dejar de apuntar aquí la personalidad señera que es.

No nos importa, con ser mucha, su valía del mejor prosista gallego, de una prosa que ha acuñado en personal e inconfundible estilo, y en la que se transparentan los paisajes y las circunstancias históricas con una plenitud de colorido y una tal fuerza de

vida, que en el retablo de sus creaciones literarias parece haber puesto la mano el genio inmortal de la literatura. Las figuras de la Catuxa, del Xepe, de Fra Vernerero, de Johan de Isorna, de Don Adrián, de Misia Chinta, de Don Xosé María de Puga y su hija, serán siempre modelo de rotundidad lograda, por más que el mérito del logro esté, a fuer de ser su autor un escritor gallego, en la «brétema» de encajes complicados, cendal con que envuelve unos personajes, hijos de la bruma y que entre bruman viven, matan, mueren y cumplen su destino.

Es, en su comprensión total de Galicia como personalidad histórica dotada de propio desenvolvimiento en el marco de los pueblos españoles, y en haber subrayado el matiz celta de semejante diferenciación, donde radica el mérito que ha de reconocérsele y la lejana magnitud de su perspectiva histórica. Lo que hará imperecedero el nombre de Otero Pedrayo en la historia del pensamiento gallego es que ha sido el primero en lanzarse a la gran empresa de construir una filosofía de la historia de Galicia.

Los demás se limitaron a subrayar hechos y pergeñar matices, cuando no a la faena del acarreo de materiales y noticias; Otero supera a los faquines del suceso y busca la trama profunda que en-

hebra los hechos con el hilo oculto de la recóndita unidad que ata las almas.

El comienzo de la empresa es una interpretación cabal de la tierra en que viven las gentes de Galicia. Bien es verdad que, a fuer de gran artista, Otero ve el paisaje con ojos encandilados de fulgor estético, y la parte primera de su *Estética del paisaje gallego* (31) es una profunda disertación sobre los elementos de él: las formas, colores, sonidos y perfumes que funden la geografía con la historia; mas buscando la historia en las huellas que el tiempo puso, con pátina de siglos y marca de aconteceres, sobre las montañas y las costas. Otero Pedrayo va desde la estética a la historia, engarzándolas en el paisaje vivo y bello, para deducir finalmente la tesis central de la perspectiva histórica de su pueblo: una personalidad a lo largo de los años. «Una profunda unidad —dice en el prólogo— de belleza, alguna ley de armonía; unen bajo la apariencia de las múltiples matizaciones de la hora y del lugar a las arcadas de la Rua Nova de Santiago de Compostela, con el romper del Atlántico en los bajos de la costa de Touriñán, con la siesta de cobres y aromas de los maizales de las vegas pontevedresas. El inmenso rumor de la historia pasa, y no sólo metafóricamente, en el huir del arroyo de la sierra hacia

el descanso del lento río. El canto de la lluvia, esculpiendo en siglos la roca y el manto de musgos que reviste las superficies, no son del todo desemejantes al espumoso con que el artista dominó a la piedra de la fachada del Obradoiro.»

Busca, pues, reducir los hechos a explicación, los datos a teoría, y sacar las premisas que cimentan en la geografía a la filosofía de la historia patria. «La historia está escrita en el paisaje —dice al capítulo XIV—, archivo vivo y evocador de los trabajos y afanes, de los ensueños y recuerdo de los hombres.» Es decir: mira al paisaje con ojos de Tradición, de *substratum* de historia. Y verle así es ya comenzar a hacer una filosofía de la historia misma.

Sobre el cañamazo de la sustancia celta, primordialmente aborígen, va bordando los aconteceres con clara visión de entendimiento. Es el origen céltico (32); pero la circunstancia en que Galicia nace puramente medieval. El latín es el idioma primero de Galicia (33), un bajo latín en que los celtas condensan sus pensamientos. Y al sucederse de los siglos se irá formando un apartado dentro del cuerpo peninsular, cuya característica tipificadora estará en la ausencia de lo árabe, en lo radicalmente europeo sin mezcla alguna de semitismos. Ni ibérica, ni arábiga, ni mudéjar; celta a secas, con orlas de cultura

nórdica; casi como una isla en tierra firme, ínsula cultural de sello propio: así ve Otero Pedrayo la individualidad de Galicia (34).

Mas ¿por qué no cuajó esa individualidad popular en una ordenación política, trocando al pueblo amorfo en Estado organizado? ¿Por qué no cabe hablar de un Estado gallego en tantos siglos de apartamiento original? ¿Por qué la individualidad no plasmó en personalidad histórica?

La respuesta de Otero es bien sencilla, y está corroborada por el juicio de historiadores especializados en el caso: Galicia no fué Estado porque su meollo celta es reactio a una organización así (35). Falta el Estado en Galicia porque solamente en nuestros días, y en un contado caso, Irlanda, se ha logrado un Estado celta. En los pueblos de esta raza el Estado queda con un papel rudimentario, casi indiferenciado, desapareciendo en el complejo social. Allí «el rey —dice un hombre de autoridad indiscutible, Henri Hubert— no fué jamás otra cosa que el jefe directo de una pequeña unidad con poderes definidos, limitados y personales sobre los demás elementos de su reino... Las células de las sociedades celtas son de orden políticodoméstico, y sus funciones políticas de la misma índole que las familiares. No hay un Estado que intervenga en su admi-

nistración, ni en las transacciones entre ellas, ni un Ministerio público para castigar las faltas. Las sociedades celtas no pasaron del sistema tribal ni conocieron más que el derecho privado» (36).

Galicia, por ser celta, no conoció el Estado. La tesis de Otero Pedrayo de buscar en la carencia del ordenamiento estatal el enigma mayor de la historia de Galicia y la causa de sus antinomias seculares vese corroborada por una explicación más amplia, que señala este fenómeno como característica de todos los pueblos celtas. Así enlaza sus tres puntos de vista en una cadena que es hasta ahora la única filosofía de la historia de Galicia: el *substratum* celta y el aislamiento cultural, que no plasma en Estado a causa de la incapacidad de los pueblos de aquella estirpe para realizar esta fórmula de ordenación política. Con lo que quedan explicados los problemas capitales de un análisis de la Tradición gallega; sobre todo, la llave de ellos: el porqué esa Tradición no dió un Estado con poderes impulsores, sino un pueblo que se durmió blandamente al brazo amparador de Castilla.

La manera de ver de Otero Pedrayo no agota su labor de hombre de letras. Pero es ya una conquista —y decisiva— en el caminar del pensamiento gallego; por lo cual, y aun dejando abierto el paso

a otros escritores de saber y valía fundamentales, rompemos el silencio que cierra a los vivientes las puertas de la historia, para consignarle como el máximo pensador entre los suyos y el primero que forjó una filosofía de la historia, que es casi una teoría de la Tradición gallega.

-
- (1) Florencio Vaamonde: *Os calaicos*, 6.
 - (2) Llega a decir, en la octava III,
«que as galegas insólitas fazañas
son maiores que as gregas e romañas» (pág. 6).
 - (3) Llama «patria» a Galicia en el canto III, octava 21 y 23;
IV, 31, 32 y 33, etc.
 - (4) Canto III, oct. 19.
 - (5) IV, 25.
 - (6) IV, 21.
 - (7) Evaristo Martelo-Pauman: *El siglo XIX. Cuatro verdades*.
La Coruña, tip. «La Constancia», 1902, pág. 5.
 - (8) E. Martelo-Pauman: Op. cit., 7.
 - (9) E. Martelo-Pauman: Op. cit., 18.
 - (10) E. Martelo-Pauman: Op. cit., 20.
 - (11) E. Martelo-Pauman: Op. cit., 24.
 - (12) Por ejemplo en *A misión dos bardos*, pág. 19, y en la
primera parte de *Os afilados do demo*, págs. 122-123, poesías
incluídas en las *Líricas gallegas*. La Coruña, Ferrer e hijo, 1894.
 - (13) En *Lembranza*, también de las *Líricas*, escribe:
«¡Quén püdera hoxe cantarte
ceiba de tirans alleos
de Galicia a libertál» (pág. 35).
 - (14) En *A Coruña, defensa* dice:
«¡Hey tí! Coruña querida
posta por Dios frente ô mar,
para, podente, velar
po-l-? España, q'hoxe olvida
o que non debe olvidar». (*Líricas gallegas*, pág. 80)

(15) Vide la *Introducción*, pág. 7 de las *Líricas* citadas.

(16) *Líricas*, 7.

(17) En las *Líricas* llama a lo gallego «o fillo dos celtas» (página 10), lo que se transparenta hasta en los motivos poéticos. Rentar de Castromil, en el monólogo a que da nombre, dice topó un hombre de mirar de «brétoma e lume» (pág. 42) y que su padre tenía «os cabelos blancos cal luar» (pág. 45).

(18) Evaristo Martelo-Pauman: *Landras e bayas. Versos*. A Cruña. Tip. d'el Noroeste, agosto, 1919, pág. 15.

(19) E. Martelo-Pauman: *Ibidem*.

(20) Tal, por ejemplo, al burlarse de los poetas de la nueva generación, ignorantes de la propiedad de los vocablos.

«Os que en vez de «arresder»
din po-l-as flores «cheirar»
que á pouco mais hé «feder»,
he, que n'entenden d'oler
ou n'entenden do falar» (pág. 16).

O las censuras en *Resposta à «Lenda traxica» do meu amigo Heracleio P. Placer*, que éste le dedicara (pág. 68) y la segunda parte de *Os afillados do demo* (pág. 137).

(21) Aurelio Ribalta: *Ferruxe*. A. Cruña, Andrés Martínez, editor, 1894, págs. 12, 15 y 16.

(22) Aurelio Ribalta: *O pastor de doña Silvia. Novela orixinal e inédita*. A. Cruña, imprenta Moret, 1925, 30 páginas.

(23) Aurelio Ribalta: *Libro de Konsagrazión*. Madrid, Hernando, 1910. Especialmente pág. 13.

(24) Aurelio Ribalta: *Os meus votos*. Santiago, na casa de José M. Paredes, 1903. Sobre todo en el pasaje de la página 22, cuando asegura que en el campo

«n'ista lanzal grandeza
tamen o Rey dos reises ten un tempro,
e n'il a Natureza canta salmos
nos laúdes bruadores dos piñeiros».

(25) A. Ribalta: *Libro de Konsagrazión*. 117, 119, 121, 122, 123, etc.

(26) Aurelio Ribalta: *Catalanismo militante*. Madrid, Romero, 1901. Cita pág. 43.

(27) A. Ribalta: *Cat. mil.*, 46.

(28) A. Ribalta: *Cat. mil.*, VI.

(29) A. Ribalta: *Cat. mil.*, 127.

(30) «¡Pobre Castilla, tendida sobre el terrón mal labrado; medio muerta de tabardillo y de hambre, bajo el rigor de tu implacable clima; imposibilitada, no ya para tiranizar a nadie, ni siquiera para vivir ella misma! (*Cat. mil.*, 69).

(31) Ramón Otero Pedrayo: *Estética del paisaje gallego*. Manuscrito inédito cuya lectura debemos a la inagotable bondad del autor.

(32) Ramón Otero Pedrayo: *Ensayo*, 27.

(33) R. Otero Pedrayo: *Ensayo*, 64.

(34) R. Otero Pedrayo: *Ensayo*, 12.

(35) R. Otero Pedrayo: *Ensayo*, 44.

(36) Henri Hubert: *Les celtes depuis l'époque de la Tène et la civilisation celtique*. París, La Renaissance du livre, 1932. Tomo XXI de la colección «L'évolution de l'humanité». Vide páginas 238 y 266.

CAPITULO VII

LOS TRES ESTILOS DEL PENSAMIENTO POLITICO GALLEGO

1. *Las tres maneras de ver Galicia*
2. *El punto de mira liberal*
3. *La perspectiva teórica de Alfredo Brañas*
4. *La tesis tradicional*

1.—Las tres maneras de ver Galicia.

El renacimiento cultural del alma gallega fué realidad en los comienzos de este siglo; la sementera dió fruto, y las mieses doradas de soles de ideas, esperaban la concepción política que segara las espigas y aventara el grano de una doctrina en sazón de madurez.

¿Se produjo ésta en Galicia? ¿Hubo teóricos que trasladaran a la doctrina política esta concepción de una Galicia real? Tres son las corrientes principales: la primera, una basada en premisas liberales y democráticas, que reniega de los tiempos idos y sustituye el *semper* por el *nunc*; la segunda, reducida a una escueta deducción histórica, y la tercera, esquema tradicional en que Galicia cobra carne de realidad y exactitud de credo.

Veámoslas.

2.—El punto de mira liberal.

En la senda liberal, la recta final sería la solución nacionalista. La nación es el motivo que ayunta a

un grupo de hombres en un momento concreto y la manera sola de expresar la voluntad de esos hombres es el sufragio, igual que la democracia propugna. Cuando se rompen las amarras del pasado y no quedan otras ligaduras que el presente los hombres están unidos por su mera decisión, pues que únicamente a ella obedecen. Eliminada la carga con fuerza de mandato que nos impusieran los muertos, es nuestro albedrío la sola palanca política; por eso dentro de la ideología democrática no se puede ser tradicionalista, sino nacionalista.

Y nacionalista es una línea de la vida gallega, la que piensa en Galicia a espaldas de la Historia, la que quiere aunar lo gallego con lo revolucionario. No lo era Antolín Faraldo, pese a la errada interpretación de Vicente Risco (1), según mostramos en el capítulo IV; ni lo era ninguno de los que a lo largo del siglo XIX escribieron en *El clamor de Galicia*, apoyaron a *Patria gallega* o comprendieron la obra de Alfredo Brañas. En la última centuria no se apuraban las consecuencias; fué al sacarlas en nuestro tiempo cuando el nacionalismo dió sus frutos, se echó a un lado la gloriosa carga de la Tradición gallega y se fundamentó la tesis de un pueblo cunero, que miraba con ojos de futuro, ciego para las enseñanzas de los que fueron antes.

Dos son, principalmente, los teóricos políticos que completan este proceso, que en el nacionalismo concluye las premisas liberales: Luis Peña Novo y Vicente Risco.

Luis Peña Novo separa claramente tradicionalismo y nacionalismo, tomando, lógicamente, partido por el segundo. Lo nacionalista viene a ornarse de una aureola revolucionaria; el dualismo teórico se trasmuta así en una pareja de tesis prácticas, en la que lo tradicional se equipara a lo conservador y lo revolucionario con lo nacionalista. La contraposición derecha-izquierda, tan del gusto de los escritores liberales, da pie a una serie de antítesis: pasado-presente, orden - libertad, conservadores - liberales, moderados-progresistas, tradicionalismo-nacionalismo... (2). A Luis Peña Novo correspondió señalar, por cierto con agudeza y aunque sin la plena conciencia teórica que apuntamos, cómo la piedra de toque de la unidad política, propia de los sistemas viejos, producía una contraposición, que en el campo de las realidades políticas se traducirá en posturas escisionistas.

Vicente Risco lleva las cosas al mundo de las exigencias planteadas por los problemas específicamente gallegos. La cuestión gallega es un asunto cuya solución pende de la política, porque sólo a través de

ésta será factible reconstruir «la personalidad gallega en su estructuración y en su producción cultural», o sea: con la autonomía en todos los campos de la vida. El problema gallego, transformado en problema político a secas, se ramifica en otros cuatro: económico, o fomento de la riqueza colectiva regional; social, con sus complicados anejos de foros, minifundismo, emigración, etc; de gobierno, desde el caciquismo a la individualización legislativa, y cultural, especialmente en lo que toca al idioma. Problemas todos que, juntos, dan de sí la gran cuestión gallega, solamente resoluble cuando lo sea el tema central: el de la autonomía política, que, a su vez, únicamente podrá alcanzarse mediante una «acción defensiva y continuada» (3). Vicente Risco lleva a la Galicia apasionada que pedía realidades concretas lo que Peña Novo apuntó cuando arrojó por la borda de su nao teórica la Tradición, que es alma de Galicia.

3.—La perspectiva teórica de Alfredo Brañas.

Más exacta, por no haber llevado hasta el final las premisas demoliberales, resultó una larga serie

de perspectivas ideológicas en que plasman esfuerzos varios del pasado siglo. Tales eran, por ejemplo, aquella revista *Galicia*, nacida para recoger «las galicianas tradiciones» (4), y todas las voces lanzadas desde el otro lado del Atlántico por un Evaristo Novoa, en completo programa, que va desde la autonomía municipal hasta unas Cortes orgánicas de antigua estampa (5); entre todos los cuales resalta la figura de Alfredo Brañas, cuyo libro *El regionalismo* (6) es modelo que simboliza toda esta orientación del pensamiento.

Brañas no es federalista, ni cree en Confederaciones de pueblos hispánicos. En este sentido es mucho menos extremado que la tesis carlista, por ejemplo; el punto de partida de su conjunto de opiniones está en la diferenciación entre regionalismo y federalismo, quedando del lado del primero.

Federalismo es una cosa y regionalismo otra. En el federalismo cada centro político o «cantón», por utilizar el término usual en la España del siglo XIX, es un Estado aparte; para el criterio regionalista sólo hay un Estado común. De cuya idea capital dimanar amplias consecuencias, por lo que toca a la realización práctica en una organización; así, en el federalismo, el Poder central posee una lista de muy menguadas atribuciones, cada «cantón» dis-

fruta de gobierno propio a tenor de su categoría estatal, y la representación en el organismo central se regula por el número de Estados y no según el censo de la población (7).

No estaban en semejante cuadro muy claras las diferencias entre la federación y el sistema regionalista, pues vienen, como puede colegirse de la concepción apuntada, a coincidir respectivamente con lo que suele denominarse, en la corriente terminología de la filosofía política, Confederación y Estado federal. Alfredo Brañas quiere, aunque le pese, darnos la teoría del Estado federal, amparándola bajo el nombre de federalismo; con lo que reserva la de Confederación y el regionalismo para las dos categorías superior e inferior.

Bien es verdad que no centra el derecho político en el Estado. Lejos de elevarle a la condición de sujeto único elabora una tabla que va desde la familia al Municipio, región, Estado y Humanidad, y en la que el organismo estatal es uno entre tanto tipos de agrupación humana (8).

Destronado así del solio de la teoría, el Estado baja a la vulgaridad de los productos políticos que el hombre crea. Y la región es un centro de integración humana capaz de competir con el Estado mismo. Lo que en el terreno doctrinal construye Bra-

ñas con mayor esmero es esta puntualización de las jerarquías sociales y esta equivaloración entre región y Estado.

Mas *El regionalismo* no es un mero estudio de fría elucubración, sino un escrito compuesto con miras prácticas. Más que el tratadista a secas habla el tratadista gallego. Donde ponía Estado basta decir Poder central de Madrid, y en lugar de región hablar de Galicia, para dar con el verdadero sentido de la obra. La coronación está en la maestría con que traza un cuadro del regionalismo gallego dentro de la comunidad española, en los tres aspectos: lingüístico y racial-celta (9), histórico (10) y cultural (11), concluyendo con un proyecto de propaganda regionalista, en que postula crear Juntas de propaganda, editar folletos, etc. (12).

La consecuencia está en brindarnos una concepción trabada, donde se mantiene la unidad del Estado español, a la par que se amparan, bajo el manto de lo regional, todas las particularidades que a lo largo de la Historia dió de sí la esencia de Galicia. En esta trama, de armónica contextura, está el mérito de este libro y su importancia excepcional para la marcha del pensamiento gallego.

4.—La tesis tradicional.

En la lista de los que entendieron el alma de Galicia no puede faltar, cerrando este caminar que hemos seguido a lo largo de los siglos, la de los leales de toda hora, la de los incomprensidos de siempre, la de los que supieron entre burlas y hostilidades mantener enhiesta, limpia y alta la enseña de la verdad ideal.

La huella de los carlistas en Galicia es bien precaria. Asunto de novelas antiguas y modernas, desde Angel Gálvez (13) hasta Curros Enríquez (14), Ramón de Valle-Inclán, la Pardo Bazán (15) y Otero Pedrayo (16); tratados unas veces con odio, otras con desdén, algunas con simpatía y en todas con incomprensivo desconocimiento, poca es su huella en la vida gallega. Y, sin embargo, en ellos alentó siempre el meollo de la Tradición, que es alma de Galicia.

Ya gallegos de nacimiento como Necedal o por adopción espiritual cual Vázquez Mella, fueron los más firmes paladines de la Causa. Y en estos gallegos magnos está la tesis central de la variedad en la unidad, de la región en la nación, de Galicia en las Españas.

Para el pensamiento carlista, en efecto, España, mejor las Españas, era un conjunto de pueblos dotados de particularidades étnicas, geográficas, lingüísticas, jurídicas e históricas diferentes, pero unidos por dos lazos: un sentido misionero de la vida al servicio de la concepción cristiana del mundo, atadura interna de ideales, y la fidelidad a una corona, símbolo externo de la unidad interior. Lo primero daba la federación; lo segundo, la Universidad; lo tercero, la Monarquía; y el todo, la fórmula que Vázquez Mella, gallego al fin y al cabo, acuñó definitivamente como la de una Monarquía federativa y misionera.

El papel propio de Galicia venía a ser el de uno de esos pueblos españoles al servicio de la fe y a las órdenes del rey; y así la variedad nativa y peculiar, lejos de agostarse en esfuerzos inútiles que el centralismo ahogase, o de desviarse por los cauces estrechos de la pequeñez separatista, se injertaba en el cuerpo místico político de las Españas, al servicio de la empresa genial que un día nos hizo grandes.

Por eso, frente a la teorización liberal de un Peña Novo o de un Vicente Risco, y al lado de la perspectiva historicista de Alfredo Brañas, he querido cerrar estas páginas evocando la que juzgo verdade-

ra interpretación del alma de Galicia: la tradicional, la que se deduce de los hechos y la razón abona, la que expresa el concepto de la Tradición gallega.

(1) Vicente Risco: *El problema político de Galicia*. Madrid, Ciap, 1930, págs. 49 y 214.

(2) L. Peña Novo: *Nacionalismo e democracia (Ensayos políticos)*. En *Nos*, 31 janeiro 1921, págs. 12-15.

(3) Vicente Risco: Op. cit. 41 y ss.

(4) Se dice en el *Prospecto* anunciador. La Coruña, 1861.

(5) Evaristo Novoa: *Aspiraciones del regionalismo en España*. En *Almanaque gallego para el año 1901*, por Manuel Castro López. Buenos Aires, Ortega y Millán, 1901, págs. 8-11.

(6) Escribió Curros Enríquez que «D. Alfredo Brañas ha formulado el credo de la descentralización política y administrativa de Galicia». (*Obras*, IV, 259).

(7) A. Brañas: Op. cit. 48.

(8) A. Brañas: Op. cit. 32-39.

(9) A. Brañas: Op. cit. 200-222, cap. XI.

(10) A. Brañas: Op. cit. 223-247, cap. XII.

(11) A. Brañas: Op. cit. 248-352, capítulos XIII y XIV.

(12) A. Brañas: Op. cit. 353-359, cap. XVI.

(13) Angel Gálvez: *Leyendas poéticas*. Santiago, Juan Rey Romero, 1850. «Leyenda III. El voto de Dios y el voto del diablo», págs. 23-31.

(14) Francamente repulsiva la novela *Paniagua y compañía (agencia de sangre)*, en el tomo IV de las *Obras completas*. Madrid, Hernando, 1911.

(15) Entre otras estampas, recuérdese la del general carlista emigrado en París Martín Gurrea, en *Un drama*, segunda de las *Novelas ejemplares*. Madrid, s. a., tomo XIII de las *Obras completas*, págs. 75-198.

(16) Véanse las incidencias descritas en *Os señores da terra*, primera parte de *Os caminos da vida*. A Cruña, Nós, 1928.

INDICE

Páginas

PRELIMINAR	15
------------------	----

PRIMERA PARTE

LA HISTORIA EXTERNA

CAPÍTULO I.—*Los caminos de la historia.*

1. Los pueblos de Occidente.—2. Los elementos del alma gallega.—3. Cuándo nace Galicia.—4. Los orígenes.—5. La baja Edad Media.—6. Edad Moderna.—7. Nuestros días.—8. El nombre de Galicia.....	25
---	----

SEGUNDA PARTE

LA TRADICIÓN GALLEGA

CAPÍTULO II.—*El día medieval.*

1. La cultura galaico-portuguesa medieval.—2. Los cancioneros.—3. El galleguismo en los cancioneros.—4. Lo no gallego de Juan Rodríguez del Padrón.—5. La idea de Galicia en Juan Rodríguez del Padrón.—6. El crepúsculo vespertino	57
---	----

CAPÍTULO III.—*Una noche de cuatrocientos años.*

1. El Guadiana gallego.—2. Fray Jerónimo Bermúdez.
3. Trillo y Figueroa.—4. El siglo XVII.—5. Un teórico de Galicia: el conde de Lemos.—6. Un erudito europeo: Feijóo.—7. Un erudito gallego: Sarmiento.—8. Un gallego: Cernadas.—9. La Galicia de los historiadores dieciochescos

79

CAPÍTULO IV.—*El despertar romántico.*

1. El romanticismo en Galicia.—2. El valor de la historia en Nicomedes-Pastor Díaz.—3. Su desconocimiento de Galicia.—4. Exitos y fracasos de Antolín Faraldo.—5. Faraldo y los sucesos de 1846.—6. Benito Vicetto.—7. El hallazgo del folklore gallego.—8. Manuel Freire Castrillon.—9. Rosalía de Castro.—10. Castilla y Galicia en Rosalía.....

III

CAPÍTULO V.—*El descubrimiento del paisaje gallego.*

1. El diálogo con el paisaje, exigencia del alma celta.
2. La añoranza romántica del paisaje: Añón.—3. La ausencia cercana: Lamas Carvajal.—4. El poeta-druida: Pondal.—5. La crítica del paisaje gallego: García Martí.

145

CAPÍTULO VI.—*La visión madura de la Galicia histórica.*

1. La visión madura de la Galicia histórica.—2. Florencio Vaamonde, eco romántico.—3. Martelo-Pauman,

Pesetas.

- añoranza viva.—4. Aurelio Ribalta, historia y paisaje.—
5. Una filosofía de la historia: Otero Pedrayo..... 169

CAPÍTULO VII.—*Los tres estilos del pensamiento político gallego.*

1. Las tres maneras de ver Galicia.—2. El punto de
mira liberal.—3. La perspectiva teórica de Alfredo Bra-
ñas.—4. La tesis tradicional..... 189
-

DEL MISMO AUTOR

PUBLICACIONES

- Notas para una teoría del Estado según nuestros autores clásicos* (siglos XVI y XVII). Sevilla, 1937. 181 págs.
- Sobre derecho social*. En las «Notas al Fuero del Trabajo», de Luis J. Pedregal. Cádiz, Cerón, 1938. Páginas 233-249.
- Jerónimo Castillo de Bovadilla*. Madrid, 1939. 145 págs.
- Ideas políticas de Angel Ganivet*. Madrid, 1939. 245 págs.
- Para interpretar a Angel Ganivet*. Separata de «Ensayos y Estudios». Berlín, 1940. 15 págs.
- Acerca de una posible historia del pensamiento político español*. En la «Revista general de legislación y jurisprudencia». Madrid, 1941. Páginas 421-448.
- Monarquía y caudillaje. En torno a dos textos olvidados*. Separata de la «Revista de la Facultad de Derecho de Madrid». 1941. 20 páginas.
- Programa de un curso de Filosofía del Derecho*. Salamanca, 1942.
- Introducción al estudio de la ontología jurídica*. Madrid, Suárez, 1942. 131 págs.
- En torno al erasmismo de Gil Vicente*. Separata de «Misión». Madrid, 1942. 16 págs.
- La causa diferenciadora de las comunidades políticas (tradición, nación e imperio)*. Separata de la «Revista general de legislación y jurisprudencia». Madrid, Reus, 1943. 47 págs.
- Las doctrinas políticas en Portugal (Edad Media)*. Madrid, Escelicer, 1943. 233 págs.

La sátira política en Portugal durante el siglo XV. Separata de la «Revista de la Universidad de Madrid». 1943. 33 págs.

EN PRENSA

Las doctrinas políticas de Jerónimo Osorio («Revista portuguesa de historia»).

As doutrinas políticas em Portugal (Idade Média). (Traducción).

Para una nueva perspectiva del pensamiento político de Donoso Cortés. («Revista de la Facultad de Derecho de Madrid»).

Breve historia de las doctrinas racistas. (Editorial Pace).

INEDITOS

El Estado nacional-sindicalista. Antecedentes y teoría. 1939.

El pensamiento político de Falange Española de las J. O. N. S. 1940.

Aparisi y Guijarro y su puesto en la historia de las doctrinas del carlismo. 1942.

Puntos de vista para una filosofía de la historia del derecho. 1941-1942.

La idea de la cristiandad hispánica en Antomio Sardinha. 1942.

Derivaciones políticas de la filosofía existencialista. Un golpe de timón al «snobismo» de algunos escritores españoles actuales.

1943.

Cuatro estudios sobre el hegelismo jurídico español. 1943.

Galicie 1

M. C4

DISTRIBUCIÓN Y VENTA:

LIBRERÍA GENERAL

Independencia, 8. - Zaragoza.

10 ptas.

paña la curiosidad simpatizante, no le desampara el noble ambicionar. Imagino el vuelo de sus pensamientos cuando después de explicar su lección en la hermosa Universidad plateresca va cruzando la calle de Libreros, la plaza de los Bandos, se asoma al paisaje del Tormes, dialoga con las sombras inmortales de los claustros y ambiente de Salamanca. En estos paseos matinales en que los jóvenes maestros retornan con redoblado gusto a su condición de estudiantes, Francisco Elías de Tejada va concretando los temas de sus libros. Le atrae la huella sutil y cranescente de la Poesía de las chantres de Provenza, medita el origen y vida de las Instituciones políticas de Portugal, busca la palpitación de nostalgias y rumbos cifrada en la bruma de las lenguas célticas de Irlanda, de Gales y Armórica, comenta el fulgor orlado de sombras del pensamiento de Angel Ganivet, discute las formas atrayentes del erasmismo de Gil Vicente, y en estos y otros derroteros se confirma en la esencial unidad de probado representante de la escuela y doctrina de hidalga y leal dedicación del Tradicionalismo Español. Dueño de la fuerza del ideal, caballero jamás distraído del anhelo de la alta empresa, no es, en ningún momento, Francisco Elías de Tejada un voluptuoso de las ideas y las formas. Su fina sensibili-

dad intelectual no se rinde a las decantadas maneras y hedonistas complacencias de una Ensayística atrayente y aplaudida. Sus páginas son todas de libro, con toda la meditación y deberes que el libro exige para ser perenne, y contribuye a la eficacia de aquéllas el estilo firme, rápido, seguro, que el autor, naturalmente, emplea, sin insistir en los logros expresivos, sin diluir la fuerza y novedad de los conceptos. ¿No son caracteres de auténtica juventud esta especie de entusiasta gravedad, este austero y nativo brío?

Como a lector privilegiado y un poco egoísta, no me toca juzgar, pero sí reclamo la satisfacción de decir algo sobre los apartados para mí predilectos de este libro sustancial, denso, de alto tono sostenido desde las primeras páginas en que el autor declara su intención de dilucidar cómo se forma y crece el concepto de Galicia, ateniéndose a la «exactitud casi matemática con que hablan los libros y los hechos». El problema entra de lleno en el ámbito de sus preocupaciones esenciales: la historia de las doctrinas filosófico-políticas. Tal vez nunca se han señalado con semejantes acierto y claridad las notas peculiares del lirismo gallego, la gustosa angustia del inicial romanticismo de los Precursores y la íntima lección de matices variados y concordes conte-